

ARTHUR CATHERALL

EL JOVEN BADEN-POWELL ○

No es fácil que los espíritus mezquinos o mediocres se conviertan de pronto en almas grandes, intrépidas, generosas. El valor de casi todos los hombres que constituyen un ejemplo para las generaciones que les siguen, sale ya a la luz desde su juventud, una juventud en la que han sabido aprender, en la que se han esforzado por ser valientemente los primeros.

Esta época de la vida de "Sir" Baden-Powell, radiante de amor a la aventura y de avidez por todas las maravillas de la naturaleza, lleva el sello de las virtudes humanas que le caracterizarían hasta su muerte. El lector puede estar seguro de que jamás olvidará la apasionante acción explicada en este libro por el fundador de los SCOUTS.

- NOVELA
- BIOGRAFIA
- ESPIRITUALIDAD
- ◐ DIVULGACION



El joven BADEN-POWELL ○ A. CATHERALL

El joven

BADEN-POWELL



Arthur
Catherall

11

BIBLIOTECA JUVENIL

La Forja
santillana

Título original:
THE YOUNG BADEN-POWELL

Publicado por
HOPE LERESCHE & STEELE, LONDON

Autor:
ARTHUR CATHERALL

Versión castellana de
SALUSTIANO MASO



PRINTED IN SPAIN

© 1961 ARTHUR CATHERALL

© de los derechos en lengua castellana y de esta edición

SANTILLANA, S. A. DE EDICIONES

Monte Esquinza, 24, MADRID-4

Impreso en España, en

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 83

Depósito Legal: M. 5689-1965

N.º Registro: M. 3266-65

Un chiquillo descubre la aventura

Hyde Park Gate, número 1. El amplio dormitorio se hallaba en silencio. Aunque la casa estaba situada junto a una avenida principal y no lejos del centro de Londres, ningún ruido de tráfico turbaba la calma de la noche. Era el año 1861 y no existían los automóviles. Ni siquiera los tranvías eléctricos habían llegado aún a alborotar la paz de las calles londinenses.

Acostado en la cama, Robert Stephenson Smyth Baden-Powell daba vueltas, inquieto, a un lado y a otro. Había algo que no le dejaba coger el sueño. Cuando descansaba sobre su costado derecho, podía ver una débil rendija de luz bajo la puerta de la alcoba. Aquello le indicaba que la lámpara de gas lucía aún en el rellano de la escalera.

Desde la planta baja llegaba de cuando en cuando a sus oídos un murmullo de voces. En dos ocasiones oyó un batir de cascos de caballo y el cascabeleo de un coche al detenerse frente a la puerta principal de la casa. Por último, incapaz de seguir acostado un solo momento más, el chiquillo de cuatro años —“Ste” para su familia, pero destinado a ser conocido un día en todo el mundo por “B-P”— se deslizó del lecho.

Muy calladamente, cruzó de puntillas la habitación hasta la ventana y con sumo cuidado levantó la pesada cortina. Se asomó y distinguió abajo un hombre que estaba pagando al cochero. Unos momentos después oyó al auriga chistar a su caballo y vocear:

—¡Arre, Rosie, vámonos!

Un vacilante sonido de cascos le indicó que el caballo hacía dar la vuelta lentamente al coche. En algún lugar de la casa tintineó una campanilla, seguida por el ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse para dar paso al visitante. Luego, el sonido de los cascos aceleró su ritmo a medida que el coche se alejaba calle abajo.

Por un instante, Ste divisó las dos lámparas de aceite colgadas en el pescante a ambos lados del cochero. El solitario farol de la esquina iluminó el vehículo al pasar. El sombrero de copa del cochero y el látigo enhiesto en el pescante se destacaron en la leve claridad. Luego el coche se perdió de vista y el sonido de los cascos se desvaneció en la distancia.

A punto ya de dejar caer de nuevo la cortina, Ste se detuvo al ver brillar un haz de luz, por un momento, al ras de un sótano. Luego la luz se extinguió. El policía había echado la cubierta a su linterna de aceite. Ste observó los movimientos del policía; le vio pasear lentamente hasta más allá del farol, bajar a la entrada de un sótano y comprobar si estaba bien cerrada la puerta. La luz de su linterna se reflejó un instante en las molduras de madera. Después se extinguió de nuevo.

Ste dejó caer ahora la cortina y a tientas volvió hasta la cama. Allí se detuvo. Era algo desacostumbrado en él aquella dificultad para quedarse dormido; pero lo cierto es que se sentía completamente despierto. Ahora,

el son de una risa lejana le llevó a pensar en lo que estaba sucediendo abajo.

Su madre tenía invitados a cenar. Ste no se acordaba ya apenas de su padre, que había muerto hacía tiempo. Se preguntaba quiénes serían los invitados, y qué harían en una "cena". Por último se acercó a la puerta y muy suavemente hizo girar el picaporte.

El pálido resplandor de la pequeña lámpara de gas parecía tremendamente vivo después de las tinieblas del dormitorio, y Ste titubeó. No llevaba puesto más que el camisón de dormir, que le llegaba más abajo de las rodillas. A punto ya de volverse atrás, se detuvo al oír una fuerte carcajada.

Reconoció la voz inmediatamente. ¡Era el abuelo Smyth, el Almirante! Como el resto de la familia Baden-Powell, Ste quería mucho a su abuelo, y una visita a Langton House, cerca de Tunbridge Wells, la consideraba una de las mayores glorias de esta vida.

"Si el abuelo está ahí abajo, no creo que yo le vaya a molestar", decidió Ste, y sin más vacilaciones salió al descansillo. Desde allí veía perfectamente la escalera y el piso inferior. Un rayo de luz procedente del salón iluminaba parcialmente el pasillo que conducía a la cocina y aclaraba de paso la penumbra de la escalera.

De nuevo titubeó Ste. Nunca en su vida había hecho cosa semejante. Mas con todo sentíase incitado por un extraño aguijón ante la idea de escurrirse escalera abajo y asomarse un poquito, nada más que asomarse y ver lo que hacían los mayores cuando mandaban acostarse a los niños.

De la cocina se escapaba un tufillo delicioso.

Se oía un murmullo de voces, pero no se veía absolutamente a nadie. Ste bajaba escalón tras escalón, muy

pegado a la balaustrada, a fin de poder agacharse, y tal vez esconderse o escabullirse, si alguien aparecía a la vista. Seis escalones antes de llegar abajo, se detuvo. Ahora sentía latirle un poco más fuerte el corazón. No tenía miedo. Era tan sólo que su corazón empezaba normalmente a latir con más fuerza cuando jugaba con otros chicos al escondite y presentía que alguien estaba cerca.

Sin embargo, no había alma viviente.

Bajó otros tres escalones, y luego uno más... Se agazapó demasiado tarde cuando, en aquel preciso momento, salió un hombre del salón. El hombre miró hacia la escalera, pues el camisón azul claro de Ste le había llamado inmediatamente la atención.

Una de las celebridades del mundo literario en aquella época era Makepeace Thackeray, y él fue quien "cogió" al pequeño B-P a tiempo de impedirle entrar en el salón, donde una respetable concurrencia de hombres ilustres y de mujeres sostenían animada charla mientras esperaban a que fuese servida la cena.

—Bueno —dijo el señor Thackeray con mucha calma, subiendo y tomando una mano de Ste entre las suyas—, ¿se puede saber qué haces aquí? ¿No era tu obligación estar dormido?

—Sí, señor Thackeray —dijo Ste muy serio, mirando al gran hombre cara a cara—; pero no podía dormir; por eso se me ocurrió bajar a ver lo que pasa cuando mamá da una cena.

—De manera que tú me conoces —dijo Thackeray, a quien no dejaba de complacer esta idea—. ¿Y cuál de los hijos de Powell eres tú?

—¡Yo soy Ste!

—¡Ste! ¡Hum! Ah, sí... el... vamos a ver... Ste...

Ste... Sí, ya sé. Tú eres Robert Stephenson Baden-Powell... Robert Stephenson por tu célebre padrino, el conocido ingeniero y constructor de puentes.

—Sí, señor Thackeray. Los ojos de Ste se iluminaron, pues Robert Stephenson era su ídolo por entonces, y había ya decidido que cuando se hiciese mayor también él sería un famoso ingeniero.

Thackeray le puso un chelín en la palma de la mano.

—Aquí tienes este pequeño regalo, Ste, y quiero que te vuelvas tranquilamente a la cama, pues estoy seguro de que a tu madre no le haría ninguna gracia verte ahora. No llevas una ropa muy adecuada para presentarte a los invitados, ¿no te parece?

Ste dio las gracias en un murmullo y subió rápidamente de puntillas hasta el rellano de la escalera. Miró hacia abajo por un momento y el novelista le dijo adiós con la mano antes de entrar de nuevo en el salón.

Sentado en la cama, con el chelín apretado entre las manos, Ste pensó por un instante lo que iba a hacer con aquel dinero. No era corriente que en la familia se prodigasen monedas a los niños, y cada cual llevaba sus cuentas al penique. Varias cosas le hubiera gustado comprar, pero una de las que más deseaba era un cortaplumas.

Luego, acordándose de Thackeray, con su oscuro cabello y su sonrisa, decidió conservar el chelín. De modo un tanto impreciso, Ste sabía que Mr. Thackeray era un hombre célebre. No podía gastarse un chelín obsequio de un personaje de tal categoría. La moneda fue a parar bajo la almohada, y así cumplió en lo sucesivo su doble misión de tesoro y de recordatorio hasta que unos meses después se extravió. Entonces se trocó

en una llave que iba a abrir al pequeño B-P las puertas de un mágico mundo de aventura.

Transcurría el invierno con bastante felicidad. Aunque había perdido tan recientemente a su esposo y tenía que sacar adelante a una numerosa familia con humildes recursos, Henrietta Powell era una mujer de gran presencia de ánimo. Poseía un carácter de lo más alegre, y había heredado muy buenas dotes naturales de su padre, el culto e inteligente Almirante William H. Smyth.

Tenía Henrietta sus propias ideas acerca del modo de enseñar a los niños, y con ayuda de un aya estaba educando en casa a los miembros más jóvenes de su familia. Parte de esa educación consistía en paseos por Hyde Park y las interesantísimas calles y avenidas de la vecindad.

Cuando acababa el paseo cotidiano, preguntaba a los niños qué habían visto. ¿Se habían fijado que el hombre de los bollos tenía una campanilla nueva? ¿O que a la chiquita que vendía violetas, de la que se habían hecho tan buenos amigos, se le había caído por fin el diente que se le movía?

A veces los niños salían al parque solos, y al volver la rodeaban alborotados para decirle lo que habían visto. Quizá unos patos distintos en el estanque; gente a caballo a quien reconocían; tal vez el primer asomo de la primavera en los brotes de crocus que empezaban a surgir de la parda tierra.

Todo ello formaba parte de un entrenamiento que iba a hacer al futuro B-P un agudo observador, un hom-

bre dotado de una asombrosa memoria para los detalles; y no solamente a él, sino también a su hermana y hermanos.

Lo que ocurrió el verano siguiente, sin embargo, fue para el pequeño B-P como si el sol se hubiera borrado repentinamente del cielo. La familia se había trasladado a la residencia de sus abuelos en Langton House, cosa que siempre hacía felices a los niños, y la primera mañana se había pasado como de costumbre explorando los jardines.

Fue entonces, poco antes de la hora del almuerzo, cuando el rostro de B-P súbitamente se ensombreció. Había metido la mano en el bolsillo donde guardaba el precioso chelín regalo de Thackeray y la moneda ya no estaba allí. Agnes, su hermana menor, volvió a ver lo que hacía retrasarse a su hermano. Llevaba de la mano al miembro más joven de la familia, Baden Fletcher, que protestaba porque no quería volver atrás.

—¿Qué te pasa, Ste? ¿Te encuentras mal? Te has puesto muy pálido. ¿Voy a decírselo a mamá?

—No, no, si no estoy malo—. Por un momento B-P titubeó, preguntándose si debería confesar la enorme tontería que había hecho al llevar consigo su más preciada moneda. Pero en la familia Powell los muchachos guardaban pocos secretos entre sí, y el afligido B-P contó su desdicha.

—¡Oh, pobre Ste! —Agnes parecía a punto de echarse a llorar, y aquello fue lo que devolvió al muchacho su entereza.

—No te preocupes, Agnes —dijo—. Me parece que sé dónde está. Tiene que estar en el "Alcázar de Popa". Estoy seguro de que estará allí.

—Bueno, Ste, pero ahora no puedes ir —protestó

Agnes—. Mamá ha dicho que no nos acerquemos al "Alcázar de Popa" hasta después de comer. El abuelo está allí ocupado.

—Sí —admitió B-P.

El "Alcázar de Popa" era una terraza desde la que se dominaba la parte baja del jardín, y allí era donde el almirante solía pasear de un lado a otro cuando trataba de dilucidar algún problema relacionado con los libros que escribía.

—Después de comer irás a mirar —propuso Agnes—. No la encontrará nadie. Si la cogiera el jardinero...

—Tengo que ir *ahora* —dijo B-P con firmeza—; yo sé que el abuelo comprenderá. Después de todo... es muy importante, importantísimo. — Se volvió y comenzó a andar hacia la terraza. Agnes y el pequeño Baden Fletcher le miraban en silencio. El abuelo Smyth era un hombre encantador, pero la muchacha había oído que se enfurecía cuando sus órdenes eran desobedecidas.

B-P siguió andando hasta situarse detrás de un gro-sellero en flor. Desde allí dominaba el "Alcázar de Popa". El almirante estaba paseando a un lado y a otro, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza muy erguida, cual si estuviera estudiando el cielo de verano. El aspecto de intensa concentración de su rostro le hacía parecer casi enfurruñado, y B-P lo miraba y no se atrevía a seguir adelante. El recuerdo de su precioso chelín acabó por infundirle ánimos y le obligó a salir a campo descubierto.

Silbando para sostener su valor, avanzó lenta pero firmemente a través de la terraza, con la esperanza de que su abuelo oyera el silbido y tornase la vista; pero los pensamientos del anciano estaban en otras cosas muy ajenas a los nietos. Vueltas y más vueltas... El

hombre estaba muy atareado poniendo en orden sus ideas cuando inesperadamente notó un tirón de uno de los faldones de su levita. Aquello le devolvió al presente con un leve sobresalto; se detuvo y quedóse mirando fijamente a Ste, acaso su nieto favorito.

—¡Eh!, pero... ¿tú aquí? Yo creí que ibas para casa con Agnes y el pequeño...

—Sí que iba... sí que íbamos; pero yo tuve que volver. He perdido una cosa, una cosa muy importante —y el chico miraba a su abuelo anhelosamente. Estaba muy turbado para notar aquel súbito centelleo que cruzó por los ojos del anciano, y continuó...: Estoy seguro de que lo tenía cuando estábamos aquí con usted... y ahora no lo encuentro. Abuelo, ¿usted ha visto...? ¿No habrá visto usted un chelín, verdad?

—¡Un chelín! ¡Hum! —Y el almirante Smyth se acarició la barbilla—. Vamos a ver si nos entendemos. Primero dices: "¿Usted ha visto...?"; y luego: "¿No habrá visto usted" un chelín?

A Ste se le hizo un nudo en la garganta, y su abuelo, compadecido de él, metió una mano en el bolsillo de su pantalón, sacó un puñado de monedas, y tomando entre ellas un chelín se lo dio al muchacho.

—Sí, encontré tu chelín, Ste. Aquí está. Debes tener más cuidado con el dinero que llevas en el bolsillo, porque un día... Vamos, ¿qué te pasa ahora? —y volvió a tomar la moneda que el muchacho le tendía.

—Este no es mi chelín, abuelo.

—Pero es un chelín, ¿no? Por vida mía, ¿dónde está la diferencia?

—El mío era un chelín especial —dijo Ste muy serio—. Me lo dio... fijese usted, me lo dio el señor Thackeray... el gran Thackeray.

—El escritor Thackeray... ¡Hum! De nuevo se acarició el almirante la barbilla; a continuación volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó en ella todas las monedas fraccionarias que tenía. Movi6 la cabeza un tanto dubitativo y razon6: Bueno, Ste, no sé cómo nos vamos a arreglar. Hay otros cuatro chelines. Aquí están. Cualquiera de ellos podría ser.

Guardó las otras monedas, dejando a Ste mirar los cuatro chelines que conservó en la mano. En cosa de un momento desapareció la zozobra del rostro del muchacho y cogió la moneda que deseaba.

—¿Ese es? —preguntó su abuelo—. ¿Y cómo lo sabes? Ven, vamos a sentarnos. ¿Cómo puedes estar seguro de haber tomado el que te interesa? Entendámonos, ya sé que lo has hecho; pero quiero saber cómo puedes tener esa seguridad.

El pequeño Ste puso la moneda en la mano de su abuelo y luego volvió la cabeza.

—Dos de los piquitos del borde del chelín están mellados —dijo—; como si le hubieran dado con algo cortante.

El almirante estudió el chelín unos instante; luego afirmó con la cabeza:

—¡Hum! Sí, cabalmente. Pero raro es el chelín que no tiene alguna mella —indicó.

—También está la fecha —y Ste dijo a su abuelo la fecha de acuñación de la moneda—. Y tiene un arañcito en la cabeza... en la nariz.

Otra vez observó la moneda el almirante. El chico decía verdad, estaba totalmente en lo cierto. Al devolverle la moneda, dijo con aire jocosó:

—Veo que eres muy observador, Ste. Dime ahora, ¿en cuál de mis dedos hay una cicatriz?

—¿Una cicatriz? Pero si no hay cicatrices en sus dedos. Por lo menos yo no he visto ninguna.

La respuesta surgió sin vacilaciones, para mayor asombro del anciano.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¡Oh, es muy fácil! —dijo Ste riendo—. ¿No me ha llevado usted de la mano muchas veces en nuestros paseos por el jardín? Si hubiese habido alguna cicatriz, la habría visto.

Al oír esto, las pobladas cejas del almirante Smyth se arquearon un poco.

—Dime —propuso al cabo de un momento—, ¿dio el señor Thackeray un chelín a los demás? Debía de sentirse muy generoso.

Ste se echó a reír.

—No; estaba yo solo allí, cuando me dio éste. Mire... y es un secreto. —Hizo una pausa y miró a su abuelo a la expectativa.

El anciano movió la cabeza en señal de asentimiento:

—Sé guardar secretos, Ste. Cuéntame.

—Pues bien, una noche en que madre tenía invitados a cenar, no podía quedarme dormido. Oía los coches y berlinas que llegaban a la puerta. Y oía hablar a la gente. Yo me preguntaba qué es lo que hacían cuando nosotros dormimos. Agnes y Baden estaban como troncos, de modo que me levanté y abrí la puerta. Oía crepitar la lámpara de gas en el rellano de la escalera. Parecía como si silbara: ¡Ssssssh! ¡Ssssssh! —y la voz de Ste se redujo a una especie de susurro conspirador—. Esto daba a la aventura cierto misterio.

—Ya me lo figuro —musitó su abuelo—: ¡como si hubieras sido un espía!

—Eso es lo que yo pensaba —convino Ste—. Bajé de puntillas las escaleras. Oía las voces más claramente, y me pareció que oía el ruido de los platos en la cocina. No había nadie por allí, pero a través de la puerta del salón que estaba entornada podía ver las piernas de un hombre. Tenía las manos cruzadas a la espalda.

Abuelo... ese hombre era usted.

—¿Era yo? ¿Yo, dices que era? ¿Estás seguro?

—Sí. Fíjese usted: cuando tiene usted las manos cruzadas a la espalda, siempre se sostiene con los pies separados, pero su pie izquierdo suele tenerlo un poco levantado y da golpecitos en el suelo con el tacón.

El almirante Smyth contrajo los labios en una contenida sonrisa. El chico tenía razón. Más de una vez le había hecho notar su mujer ese pequeño hábito.

—Continúa, Ste, ¿qué hiciste cuando llegaste abajo?

—Cuando ya casi llegaba al último escalón, apareció de improviso el señor Thackeray. No sé de donde salía. Se me quedó mirando, y yo mirándole a él. Me preguntó si le conocía, y cuando le dije que sí, metió la mano en su bolsillo y me dio este chelín. Dijo: "Aquí tienes este chelín. Vuélvete a la cama antes de que te vea tu mamá. Vuélvete y no diré una palabra".

—¿Y te volviste?

—Sí —confesó Ste, con una sombra de sentimiento en su voz—. No es muy divertido ser espía cuando le cogen a uno, ¿no cree?

—No, no lo es —reconoció su abuelo—. Pero no hay que preocuparse. Los espías no comienzan su carrera tan jóvenes como tú. Y también a los espías adultos los cogen. No sé si sabrás, Ste, que uno de tus tatarabuelos fue espía o algo parecido. Era un hombre

asombroso, pero le cogieron, y nada menos que los pies rojas, auténticos pies rojas.

—¡Espía! ¡Mi tatarabuelo! —el pequeño Ste se quedó mirando a su abuelo con unos ojos redondos como platos. Ni por un momento puso en duda las palabras del anciano. Una cosa tenía el abuelo Smyth, y era que siempre hablaba a sus nietos como si fueran sus iguales.

—Sí, y... oh, querido, nos llaman a comer —el almirante Smyth cogió al chico por el brazo y se encaminó con él hacia la casa—. Mira, Ste, esta tarde volveremos aquí y te contaré cosas del capitán John Smith.

Aquella tarde Ste oyó por primera vez la historia del capitán John Smith, uno de los grandes aventureros isabelinos; un hombre que tomó parte en la colonización de Virginia.

Totalmente fascinado, escuchó la historia de aquel aventurero —soldado, marino y explorador— que capturó barcos franceses, y combatiendo contra los turcos retó en singular combate a tres bravos y diestros enemigos y los derrotó uno tras otro.

Pero lo que más hechizó al futuro B-P fueron las aventuras del capitán John Smith entre los indios. Una y otra vez pedía a su abuelo le repitiera el relato de aquella hazaña, cuando el capitán John Smith, que exploraba la salvaje región del Chickahominy, fue capturado por los indios y llevado cautivo ante Powhatan, su jefe.

Trabado de manera que no podía mover pies ni manos, el aventurero isabelino se plantó ante el pie rojo

con la misma serena valentía con que había hecho frente a otros enemigos. No dio la menor muestra de temor cuando Powhatan le sentenció a muerte. Sería apaleado hasta morir por los jóvenes guerreros de la tribu.

Fue entonces cuando Pocahontas, la hija de Powhatan, que había querido salvar la vida del hombre blanco mas cuya intercesión no había sido escuchada, tomó entre sus brazos la cabeza de John Smith. Reposando su cabeza en la del prisionero, dijo a su padre tranquilamente que diera la orden a los guerreros que esperaban. El almirante hizo una pausa, y por unos momentos los ojos del viejo y los del muchacho se encontraron en una firme y escrutadora mirada. El pequeño Ste, no obstante, no veía a su abuelo. Llevado por su imaginación, estaba en aquel corro de pieles rojas. Horriblemente embadurnados de pintura, los indios esperaban una orden que significaría no sólo la muerte del hombre blanco, sino también la de Pocahontas.

A los ojos de Ste, el hombre blanco que se erguía allá, bajo el sol de Virginia, era exactamente como el abuelo Smyth. Permanecía en pie con la cabeza alta, los ojos serenos y los labios apretados. Ni una muestra de temor había en él, amenazado como estaba de una muerte espantosa. Nuestro pecoso rapazuelo estaba tan ensimismado con la imagen mental que se había hecho de la escena, que se sobresaltó cuando dijo su abuelo:

—Pocahontas ganó, y al capitán John Smith se le perdonó la vida. Dos años después la muchacha india le salvó por segunda vez cuando su padre tramaba una emboscada que hubiera supuesto una matanza de colonos entre los que hubiera perecido el capitán.

—Pero podía haberse ido, ¿no? —sugirió Ste—. Tenía su barco.

—Oh, pero el capitán John Smith no era hombre que huyera tan fácilmente —dijo el anciano almirante con mucho calor—. Se había propuesto que Virginia quedara libre y a salvo para los colonos, y alguien tenía que explorar el territorio. Sabía que había peligro, pero él se había enfrentado antes con el peligro, muchas veces. Cuando empezaba una cosa, tenía que llevarla a su fin. Era un hombre de ese temple.

Y Ste, antes de dormirse por las noches, dio en soñar despierto con “un hombre de ese temple”. Antes su ambición había sido hacerse un gran ingeniero como su padrino Robert Stephenson, pero ahora deseaba ser otro John Smith. Le emocionaba pensar cómo el aventurero isabelino había adquirido por sí mismo el conocimiento de los bosques, llegando a ser tan hábil y sagaz que hasta podía sobrepasar a los mismos indios. Había aprendido a interpretar rastros y pisadas, a distinguir entre los silbos de pájaros auténticos y las imitaciones que de ellos hacían los indios como señal para avisarse unos a otros.

El abuelo Smyth había puesto de manifiesto en sus narraciones acerca del capitán John Smith que el gran hombre salvó la vida muchas veces gracias a la circunstancia de que siempre aventajaba un paso a sus enemigos. Se enseñó a pensar al tiempo que ellos actuaban, de modo que podía imaginar cuál sería su acción inmediata.

El interés por las plantas, los animales y los pájaros formaban parte del plan de educación de Baden-Powell; la madre de Ste solía sacar de paseo a su prole, con la mayor frecuencia posible, al vecino Hyde Park, para que allí pudieran estudiar la naturaleza.

La historia del capitán John Smith estimuló a Ste más todavía. En el parque solía fingir que se hallaba en tierra de pieles rojas, y concentraba toda su atención en aprender a distinguir los cantos de los pájaros y en notar las distintas clases de ladridos que las diferentes razas de perros proferían.

Todo esto era entrenamiento para los días que más adelante habían de venir, cuando su vida dependiera de la agilidad de pensamiento, la memoria de los detalles —que tan poca gente sabía ver y apreciar— y la capacidad de “aventajar un paso” a los del bando contrario. Un día, estaba seguro, sería él otro capitán John Smith.

★ ★ ★

Reinaba la calma en la casa de Hyde Park Gate cuando el coche de Mr. John Ruskin se detuvo ante la puerta, y el gran hombre se asombró cuando Mrs. Henrietta Baden-Powell sonrió y movió afirmativamente la cabeza al preguntarle si no estaban los niños en casa.

—No hubiera usted preguntado tal cosa, señor Ruskin —dijo—, si hubiera estado aquí hace media hora. Una de las cosas que siempre me encantan es su regreso de un paseo. Si no fueran tan afables y respetuosos entre sí, casi imagino que se pelearían por contarme cada cual el primero lo que han hecho y lo que han visto.

—Pero ¿dónde están ahora? —preguntó Mr. Ruskin—. No es corriente entrar en una casa donde hay niños sin oír algo.

—Venga arriba —y la señora Baden-Powell condujo a su visitante a la habitación donde sus hijos jugaban y trabajaban. Muy silenciosamente abrió la puerta y le invitó a entrar.

Llevando aún en la mano su chistera, el gran crítico de arte paseó su mirada sobre el grupo que formaban los niños. El menor, Baden Fletcher Powell, no tenía más que tres años, y como era costumbre en aquellos tiempos, todavía llevaba un vestidito con falda, por lo que era difícil decidir si era niño o niña. Agnes, de cinco años, estaba sentada con su hermanito pequeño enseñándole a hacer pacientemente un collar de margaritas. John, que tenía once años, estaba inmerso en un libro de astronomía.

El interés de Ruskin fue inmediatamente captado por el otro muchacho, Ste, de siete años. Sentado a una mesita estaba muy atareado pintando. Acompañado por la señora Baden Powell, Ruskin se acercó de puntillas, y se detuvieron ambos detrás del pintor, permaneciendo así unos momentos antes de que se diera cuenta.

Ruskin, con una señal de la mano y un alzamiento de cejas, indicó que el muchacho estaba pintando con el pincel en la mano izquierda. Sin embargo, apenas acababa de indicar que Ste era zurdo, cuando el pincel fue traspasado a la mano derecha y el trabajo continuó exactamente con la misma soltura y suavidad que antes.

Fue en este momento cuando Ste advirtió la presencia de los dos observadores, y se levantó inmediatamente, haciendo a Mr. Ruskin una ligera reverencia, cortesía que le valió una sonrisa y un gesto de aprobación del gran hombre.

—¿Cree usted que promete algo el chico, señor Ruskin? —preguntó la madre de Ste, señalando lo que éste había pintado—. Aprendería mucho cualquier indicación que usted pudiera hacerme. —Sabía bastante bien que su visitante era acaso el mejor crítico de arte de la época y que cualquier consejo suyo sería inestimable.

—Creo que por lo menos es digno de una lección, señora —dijo Ruskin, y dejando su sombrero de copa en la mesa se inclinó a tomar una hoja de papel de dibujo del cuaderno que estaba junto a las pinturas del muchacho—. ¿Cómo se llama?

—Le llamamos Ste —fue la rápida respuesta, y con una sonrisa añadió—: En honor de su padrino, el célebre Mr. Robert Stephenson. Usted le conocerá, por supuesto.

—Sí, claro —dijo Ruskin, tomando un pincel limpio y comenzando a pintar en el papel con agua clara—. Así que tú eres Robert Stephenson Baden-Powell, ¿eh? ¿Y tú quieres aprender a pintar?

—Sí, señor —admitió Ste—; pero mi nombre completo es Robert Stephenson Smyth Baden-Powell.

—Ah, sí, naturalmente —convino Ruskin, sonriendo—. Smyth es el apellido de tu famoso abuelo, ¿no?

—Y el del abuelo de mi bis... tátara... tátara... —aquí Ste titubeó, sin saber a ciencia cierta el grado genealógico que correspondía a su antepasado el capitán John Smith. Su madre acudió en su ayuda, con un pícaro guiño en los ojos.

—Señor Ruskin, me parece que en realidad no sabemos cuantos "tátaras" habría que anteponer al nombre del capitán John Smith, pero nos preciamos de tener al gran aventurero isabelino en nuestro árbol genealógico. Es a él a quien se refiere Ste. Mucho me temo que las historias de su abuelo acerca del gran capitán John Smith han hecho a Ste decidirse a ser algún día un aventurero igual que él.

Ruskin movió la cabeza y continuó lavando el papel de dibujo con más agua limpia.

—Me parece que la vida de aventuras que tú lleves

tendrá que ser de otra clase distinta, Ste —dijo—. En la época en que a ti te toque actuar en el mundo, todos los pieles rojas habrán sido civilizados. Se acerca el día en que los ferrocarriles cruzarán en todas direcciones el continente americano, y donde llega el ferrocarril, la civilización descarta todo lo demás.

Ruskin se sentó y permaneció unos momentos en silencio, mojó su pincel limpio en una de las pinturas y en cosa de pocos minutos perfiló un jarrón y lo coloreó.

—Ya ves cómo la pintura se extiende por igual —dijo—. Es porque el papel está húmedo. Cuando el papel está seco absorbe inmediatamente la acuarela, y conseguimos pocas manchas de color de una tonalidad uniforme.

Continuó matizando el dibujo, y cuando al cabo se levantó había reproducido la imagen bellísima de un jarrón. Dejando el pincel, tomó su sombrero de copa, y tendiéndoselo al muchacho, de modo que pudiese coger la hoja de papel que había colocado encima, dijo:

—Tal vez puedas pintar unas flores en el jarrón. Y si recuerdas que el papel hay que humedecerlo antes para pintar a la acuarela, encontrarás la pintura mucho más fácil.

—Gracias, señor —y Ste permaneció fascinado ante la obra de Mr. Ruskin hasta que éste hubo salido de la habitación. Entonces se acercó Agnes, y hasta su hermano mayor, John. El pequeño Baden Fletcher, sentado en una alfombra, estaba demasiado absorto en la confección del collar de margaritas para molestarse en ver lo que el famoso Mr. Ruskin había estado haciendo.

Abajo, la madre de Ste confesaba a su visitante una pequeña preocupación que tenía acerca del muchacho.

—Observó usted que pintaba primero con la mano izquierda y luego con la derecha. No sé qué hacer. Cuando vivía su padre intentó quitarle ese hábito. Parece tan poco natural que se empeñe en utilizar la mano izquierda cuando puede emplear la derecha con la misma habilidad que cualquier otra persona... Me gustaría saber qué opina usted sobre el caso.

—Yo no me preocuparía de ello, señora —arguyó Ruskin—. No veo en ello el menor daño o peligro. En realidad, todo lo contrario. Al menos puede llegar a ser un divertidísimo motivo de exhibición. Cuántos de nosotros, por ejemplo, preferiríamos ver el espectáculo de un artista ambidextro, dibujando con ambas manos a la vez, antes que oír a cualquiera de esos jovencitos que ahuecan el pecho y se las dan de barítonos... cuando en realidad no tienen el menor asomo de voz.

Ambos se echaron a reír, y allí mismo quedó decidido que el hábito de Ste de dibujar con ambas manos no habría de ser impugnado. Fue una "habilidad" que conservó hasta el fin de sus días y que transmitió a su hijo Peter.

Cocinero mayor y lavaplatos

—Bueno, tendréis cuidado de Ste, ¿verdad? —dijo la señora Baden-Powell, indicando con la mirada al más pequeño de los cuatro hermanos, que se disponían a emprender la primera excursión fin de semana de las vacaciones—. Ha vivido pensando en este día... y ya sabes que él cree que no hay nadie como tú, Warington.

Diez años mayor que Ste, Warington era ya un joven curtido, con apreciable experiencia marinera adquirida a bordo del buque escuela *Conway*. También él había heredado una gran afición al aire libre, y además de buen marinero, era experto conocedor de los bosques. Había llevado consigo a su hermano George y Frank a bastantes excursiones, pero hasta ahora Ste había sido considerado demasiado pequeño.

Con sus mochilas a la espalda, en las que llevaban impermeables, pan y mantequilla, unos pocos utensilios de cocina sencillos y cepos que ellos mismos habían construido en casa, iban preparados para pasar un fin de semana al aire libre.

Durante todo el día Ste procuró comportarse como si se tratara de algo a lo que estaba bien acostumbrado. Cuando se detuvieron en un apartado y solitario bosque, apenas pudo contener su excitación al ver que sus tres

hermanos mayores se preparaban a capturar algo para cenar. Habían tomado una ligera pitanza a base de pan y mantequilla, regada con agua de una fuente, pero ahora había llegado el momento de la comida básica del día, y Ste se desvivía de entusiasmo y ansiedad.

—Tú vete con George y coged algún pez —ordenó Warington, como si coger peces fuera tan fácil como decir a Hawksworth, el tendero, que pusiera una libra de azúcar—. Frank y yo vamos a ver si podemos meter en el saco algún conejo o algún faisán.

Había iniciado ya el sol su descenso hacia poniente cuando Ste y George encontraron un lugar que les pareció adecuado en la orilla de un río de mansa corriente. Los alisos daban su sombra al agua. Danzaban los mosquitos en densas columnas que semejaban humaredas, y en algún punto del bosque daba su nota un cuco remoto como un ánima en pena.

George cebó dos anzuelos y los lanzaron al agua. Los corchos flotaban tranquilamente, vigilados por Ste con ojos ávidos. Tenía hambre, y allá en sus adentros le inquietaba el recelo de que a lo mejor no pescaban nada. Esto sería una doble desdicha, pues entonces no habría cena, y si la había, sería una cena provista por Warington y Frank. Ste se moría de ganas de demostrar a su hermano mayor que él era una persona apta para participar en una excursión de fin de semana.

De improviso, un corcho cabeceó.

—Tira, Ste —dijo George rápidamente, pero la orden no era necesaria. El primer movimiento del menudo flotador pintado de blanco y rojo había hecho el mismo efecto que el gatillo de una escopeta. Centelleantes los ojos de entusiasmo, el pequeño "tiró", y en cosa

de medio minuto el primero de casi una docena de peces estaba en la orilla.

Cuando por último enrollaron los sedales, tenían once peces sobre la hierba, y Ste reventaba de impaciencia por regresar al punto donde habían acampado. Había decidido que no diría nada, sino que dejaría que su hermano mayor George refiriera el hecho de que, de once peces, él, Ste, ¡había pescado siete!

De vuelta en el pequeño calvero del bosque, cuando los rayos del sol poniente proyectaban larguísimas sombras, George se descargó su mochila y volviéndose a Ste, dijo:

—Podías limpiar el pescado. Entierra las cabezas y lo demás... no nos gusta quemarlo porque hace demasiado humo. Yo encenderé una hoguera. Después... bueno, ¿qué esperas?

—Nada —dijo Ste, y deslizando la mano en el bolsillo sacó la magnífica navaja que le había regalado Warington. Era tan bonita que Ste torció el gesto ante la idea de cortar con ella el pescado.

Mientras George se internaba en la maleza para recoger palitos secos y ramas más gruesas derribadas por el viento el invierno pasado, Ste se arrodilló y con mucho escrúpulo cogió el primer pez. En años anteriores escuchaba embelesado cuando sus tres hermanos regresaban de una excursión como aquella y relataban a su madre y al resto de la familia cómo habían atrapado peces, o pájaros, o conejos, y después los habían asado en las brasas de una hoguera.

Para Ste lo más interesante había sido el hecho de capturarlos, y también el de cocinarlos. Nunca había dado mucha importancia a la preparación del pescado, aves u otros animales para el asador.

Echó hacia atrás la cabeza, y la arrebolada luz del sol iluminó su rostro pecoso y ligeramente quemado. Podía oír a George canturrear entre dientes mientras recogía leña. En cosa de pocos minutos su hermano estaría de vuelta para empezar a disponer el fuego. Que nunca pensara que su nuevo recluta no era capaz de hacer una cosa tan sencilla como preparar el pescado para la cena.

La preciosa y reluciente hoja de la navaja se clavó en el vientre del pez, y Ste, en aquel momento, cerró los ojos. Por un instante temió que iba a ponerse malo. El pescado que había visto tantas veces en la tabla de su cocina estaba siempre limpio y listo para la sartén.

Cuando George volvió unos minutos después a echar un vistazo a su hermano menor, no pudo adivinar de ninguna manera cuánto valor había necesitado para empezar a preparar los once peces. Por lo que pudo ver, Ste estaba haciendo justamente lo que cualquier campero experimentado hubiera hecho en su lugar: limpiando metódicamente el pescado, depositando las cabezas y las entrañas en una hoja vieja de periódico con el fin de no ensuciar la hierba.

Al tiempo en que ya Ste tenía limpio el pescado, y lo había lavado con el agua de un pequeño venero que manaba entre los musgos de un ribazo, George había encendido una espléndida fogatita. Según estimación de Ste, aquel fuego era hartito mezquino. Había tanta leña seca por allí que podían haber hecho una señora hoguera. De la manera más indiferente posible, insinuó que tal vez la cena se hiciera antes en una fogata mayor, pero George movió la cabeza:

—Hay que hacer un fuego pequeño, Ste. Un fuego pequeño y vivo, que dé muchas calorías y no haga

humo. No querrás estropear el sabor del pescado con el humo, ¿verdad?

—No —convino Ste, y se quedó allí en pie contemplando cómo ensartaba George los peces uno a uno en sendos palitroques de aguzada punta. Un extremo de estas varitas se hincaba en el césped, y quedaban inclinadas, formando un ángulo, sobre el fuego, de manera que el pez pudiese asarse sin miedo de que el “asador” saliese ardiendo y dejara caer a la lumbre una parte de su cena.

—¿Para qué has arrancado todo ese césped, George? —preguntó Ste, indicando una pieza de césped de unos cuarenta y cinco centímetros en cuadro. El fuego se había encendido sobre la tierra que quedó al descubierto al ser extraído el césped.

George hizo una mueca burlona y se quedó mirando a su hermano.

—¡Oh, Ste, vamos, tienes que saber estas cosas! ¡Piensa un poco!

Pero esta era la primera incursión de Ste en los dominios del explorador montañero, y por más vueltas que le dio no pudo hallar la respuesta. George le dio tres razones fundamentales:

—Lo primero de todo, Ste, el terreno está seco. Si dispusiéramos nuestra lumbre sobre la hierba, podríamos causar un incendio que se extendería y destruiría el bosque. No tenías ni idea de eso, ¿eh? Tienes que pensar en estas cosas. La segunda razón es: cuando nos vayamos mañana, no tenemos por qué dejar tras de nosotros un feo montón de ceniza. Al fin y al cabo, este clarito del bosque era bien bonito y estaba totalmente virgen cuando Warrington nos trajo aquí.

—Sí, ya lo creo —afirmó Ste.

—Y tenemos que dejarlo como lo encontramos —indicó George—. De modo que cuando hayamos terminado, sencillamente echaremos agua en los restos del fuego, y cuando las brasas estén completamente apagadas, extenderemos la ceniza, colocaremos de nuevo el césped en su sitio y dentro de unos días nadie sabrá que aquí ha habido una lumbre. Excepto, claro está, que con el tiempo la hierba crecerá aún más verde en este lugar. Crecerá más verde porque la ceniza de la leña contiene nitrógeno, o algo así, y el nitrógeno es fertilizante.

El menor de ambos muchachos no pestañeaba de puro asombro al hacerse cargo de todas aquellas cosas. Luego, mientras George se aplicaba a dar la vuelta al pescado, que ya comenzaba a despedir un agradable olor, dijo Ste:

—Dijiste que había tres razones, George, por las que debemos arrancar el césped antes de encender un fuego.

—Sí; hay tres —asintió George, chupándose la yema del dedo pulgar, que se había quemado un poco al mover uno de los peces—. Figúrate que estuvieras en campo enemigo. No querías dejar huellas por las que vinieran a saber que había una partida explorando detrás de sus líneas, ¿verdad?

A Ste le brillaron los ojos ante esta idea, y su mente retrocedió al “Alcázar de Popa” de su abuelo. Le parecía oír de nuevo al viejo almirante Smyth contando historias del capitán John Smith cuando exploraba el territorio indio.

Ajeno a lo que su hermano menor estaba pensando, George prosiguió:

—Siempre que puedas tapar el sitio en que hayas hecho el fuego y no dejar ni rastro de él, nadie sabrá

dónde has estado. Te levantas al clarear, te vas por la mañana temprano, y sólo los merodeadores nocturnos sabrán dónde has dormido.

—¡Los merodeadores nocturnos! —El pequeño Ste todavía tenía que ser iniciado en el conocimiento de los habitantes del bosque: los conejos; el zorro; tejones con su aire desgarrado; a veces, si tenían mucha suerte, alguna comadreja de ojos de grana, deslizándose con el mayor sigilo tras la pista de algún infortunado conejo, o tal vez trepando por el tronco de un árbol en persecución de una chillona ardilla.

—Espera que vuelvan Warington y Frank —prometió George—. Cuando salgas con nosotros, tienes que ser capaz de hacer frente tú sólo a lo que sea, sin arredrarte por nada..., así es que Warington va a ponerte a prueba esta noche —en esto se echó a reír, y con una mueca burlona añadió—: No es nada de particular, no hay que asustarse. Queremos enseñarte algunas de las cosas que puedes ver en el bosque después de la puesta del sol.

—No estaba asustado —insistió Ste, y decía la verdad. Hacía un año o cosa así, había descubierto casualmente un ratón de agua junto al estanquillo de los berros en casa de su abuelo Smyth, en Langton House, y había pasado muchas horas durante aquellas vacaciones sentado muy quietamente junto al lugar de marrras con la esperanza de volver a ver al ratón. En una ocasión había acudido Agnes, y aquella vez el ratón no se dejó ver; pero allí sentados tan quietecitos como había insistido Ste que debían estar, habían visto muchas cosas menudas.

Una de ellas fue un grillo sobre un recio tallo de hierba. Mirando muy atentamente habían podido ver

cómo producía su "canto", frotando una pata con otra, o acaso un ala, exactamente como un violinista.

La idea de que ahora acaso iba a poder pasar las horas de la noche observando bichos salvajes aún mayores le produjo un estremecimiento de placer, y sus ojos brillaban por anticipado cuando regresaron Warington y Frank, con las manos vacías. Habían puesto varios cepos, pero los conejos no saldrían hasta el anocheecer.

Para Ste fue una desilusión que ni Warington ni Frank preguntasen quién había pescado los peces. Tampoco a George se le ocurrió decirles que fue Ste quien pescó el primero y que había sido el más afortunado pescador. Ste admiraba a Warington muchísimo, y le hubiera emocionado enormemente que su hermano mayor, informado del suceso de la pesca, hubiese hecho un gesto de aprobación.

Cuando terminaron de cenar, echaron más leña al fuego. No hacía frío, pero el día tocaba a su fin, y el resplandor de una hoguera viva hacía el pequeño calvero del bosque mucho más acogedor.

Habían tomado té, y estaban reposando placenteramente cuando Warington echó una mirada al miembro más joven de la partida, y señalando las tazas y platos esmaltados dijo:

—Misión tuya, Ste. El más joven hace siempre de "menegilda": cocinero mayor y lavaplatos. La grasa de los cacharros sale frotándolos con un poco de tierra, o de arena, si la hay en el río. Hala, que es para hoy.

Una hora después fueron a instalarse en los lugares que Warington y Frank habían escogido para pasar la noche. Ste tenía que acomodarse con Warington, y ambos se introdujeron a gatas bajo las ramas muy bajas y tupidas de un alerce que deparaban un refugio ideal.

El piso estaba bastante mullido por la acumulación de años y años de pinocha, y muy cálido al tacto.

Desde su guarida dominaban un espacio abierto, tras del cual dijo Warington que había unos cuantos vivares de conejos. A la izquierda se deslizaba el río apaciblemente, y hasta la orilla se extendía una alfombra de hierba casi tan suave como el césped de un jardín.

El cielo aparecía muy claro por el norte, pues estaban casi a medidados de verano y la oscuridad duraría pocas horas. Warington insistió en que Ste se acomodara lo mejor posible, pues una vez acoplados tendrían que permanecer absolutamente quietos y callados si querían ver algo.

Nunca se había quedado Ste en el campo hasta una hora tan avanzada, y le asombró la cantidad de ruidos y rumores que empezaron a oír en cuanto estuvieron convenientemente situados. El incesante mugir de una vaca dominaba a todos los demás.

—O está enferma —murmuró Warington— o es que va a tener un ternero.

Ladró un perro, y luego se hizo el silencio. Al cabo de unos minutos oyeron el característico "chirr-irring" de un chotacabras que surcó el aire cálido a la caza de los alados insectos nocturnos que le servían de cena.

Warington puso una mano en el brazo de Ste, como para prevenir cualquier movimiento, y susurró:

—¡El explorador! Viene a ver si está el campo libre de peligros.

Ste no acertaba a ver nada de momento. Tardó un rato en distinguir la silueta del conejo. Había surgido de un brinco de una de las madrigueras y se había detenido a un metro del ribazo, mirando a un lado y a otro. Permaneció inmóvil unos dos minutos y luego

golpeó el suelo con sus patas traseras. En cosa de un minuto se le unieron lo menos otros veinte conejos. Había conejos y conejas, y todos brincaban acá y allá, mordisqueando la espesa hierba, mientras los gaza-pillos triscaban alrededor igual que niños a la salida de la escuela.

Era una escena de paz, hasta que justamente en mitad de los conejos cayó una piedra de plano. Apenas oyó Ste el apagado ruido de la piedra al dar en el césped, pero el efecto en los conejos fue inmediato. Fue como si todos se hubieran quedado de pronto petrificados. Y Ste tuvo apenas tiempo para percibir que las orejas de cada uno de los conejos se enderezaron y se volvieron hacia donde había caído la piedra.

El primer conejo, un macho grandón, al que Warington había denominado "el explorador", golpeó dos veces con sus patas traseras. Aquella señal sin duda significaba: "Al refugio", pues acto seguido se organizó una desbandada de pánico hacia las madrigueras. Algunos, en su precipitación por perderse de vista, parecían saltar de agujero en agujero, y en un minuto todos habían desaparecido.

—¿Quién tiró la piedra? —musitó Ste.

—George o Frank —respondió Warington—. El mismo efecto hubiera tenido si uno de ellos hubiera dado una palmada. De todos modos, veo que hemos cogido una pareja... oh, no, tres conejos. ¿Los ves? —y señaló tres agujeros en el ribazo, sobre los cuales tres conejos pendían por el pescuezo.

—¿Cepos? —preguntó Ste, y por un momento sintió un poco de pena que los conejos que habían estado jugando tan inocentemente un rato antes no fueran ahora sino carne para la cazuela.

—Anda, anda —dijo Warington sonriendo—. ¿No me preguntas por qué no cayeron los conejos en los cepos antes, al salir de las madrigueras?

—Sí, eso mismo me estaba preguntando —admitió.

—Bueno, mañana te lo enseñaré. En un ribazo como éste hay siempre lo que llamamos agujeros o entradas de seguridad. Especie de puertas supletorias para guarecerse en caso de alarma. Conducen abajo, a las madrigueras, pero los conejos normalmente no las utilizan. George y yo pusimos nuestros cepos en la entrada de estos agujeros. Los tres conejos que hemos cogido se abalanzaron ciegamente a su refugio, tensaron el hilo de la trampa, funcionó el resorte, y ahí los tienes.

—¡Oh! —el pequeño Ste se frotó la barbilla pensativamente, y luego dijo—: ¿Pero cómo sabéis cuáles son esas entradas de seguridad? Vistos desde aquí, todos los agujeros parecen iguales.

Warington rió plácidamente.

—Tienes que aprender a distinguir las pequeñas señales —explicó—. El rastro de un conejo por la hierba se nota perfectamente, pues parece que ponen siempre las patas en el mismo sitio exacto, y la hierba aparece marchita y deteriorada. Frente a sus vivares también se distingue alguna señal. Casi siempre verás la tierra arañada y removida, mientras que las entradas de seguridad son simplemente agujeros, sin muchas trazas de que sean usados alguna que otra vez. Mira, ya vienen. Supongo que puesto que ya tenemos el avío para el desayuno podíamos echarnos a dormir un poco. ¿Estás cansado, Ste?

—No mucho —dijo Ste, esperando que habría algo más de interés que ver.

—Bueno —Warington se arrastró fuera del refugio que les había brindado el bajo ramaje del alerce en tanto que George y Frank cogieron los tres conejos, retirándolos de los cepos, y borrando luego toda señal de que allí había habido tales cepos—, está bien, puesto que no estás cansado, y en vista de que eres jefe de cocina, Ste, lo mejor es que desuelles esos conejos y los asaremos para mañana por la mañana.

De regreso en su campamento, Warington mostró a su hermano menor la manera de desollar y limpiar uno de los conejos, y cuando Ste, tratando de no dejar traslucir que la tarea le daba un poco de asco, hubo desollado y limpiado los otros dos, recibió instrucciones para asarlos al estilo de los gitanos.

Mientras George y Frank preparaban la hoguera con material seco recogido bajo los árboles, Ste bajó al río con Warington, quien le enseñó a hacer envolturas de arcilla para los conejos. Completamente empaquetados en arcilla húmeda, los tres conejos fueron colocados sobre la fogata, que ardía lentamente, luego amontonaron encima más leña seca, y a continuación, siguiendo las instrucciones de Warington, Ste arrancó parches de hierba de la orilla del río y los extendió cuidadosamente encima de la hoguera, hasta que todas las llamas, incluso las más tenues, quedaron oscurecidas.

Distinguíase apenas un rojo resplandor entre las junturas de las piezas de hierba. A Ste le parecía todo muy raro. No podía siquiera imaginar el aspecto que presentarían los tres conejos al día siguiente; desde luego el desayuno no prometía ser apetitoso. Tenía la vaga impresión de que el fuego pronto se apagaría, y de no ser así, los tres conejos con toda seguridad quedarían reducidos a cenizas.

Se tendió bajo un alerce, y la gruesa capa de pinocha, acumulada años y más años, era casi tan cómoda como la cama de su casa. Warington le enseñó a envolverse bien firme en su impermeable para protegerse del relente. Poco después se acercó para asegurarse de que el “bisoño” se encontraba bien. ¡Ya lo creo que se encontraba! Ste estaba profundamente dormido y su respiración era tan suave como la de un niño de pecho.

Les despertó el coro matutino de los pájaros, y aunque Ste había disfrutado más de una merienda familiar en el campo, ya que su madre era muy dada a la vida al aire libre, era la primera vez que se veía en un bosque a hora tan temprana, y nunca había conocido una mañana como aquella.

Salía el sol y, a causa de una nubecilla que se extendía por levante, sus rayos de color limón al despuntar en el horizonte parecían sesgar el firmamento como banderas maravillosas. En unos minutos todo cambió de aspecto. El sol salió, su color se hizo más intenso y los cuatro hermanos se desnudaron y se zambulleron en el río.

Warington fue el último en bajar al agua. Se había rezagado para quitar el montoncillo de parches de hierba que tapaba su fuego y los tres conejos embutidos en arcilla.

Cuando el muchacho removió la primera pieza de césped se proyectó en el aire una ligera vaharada de polvo gris, y luego un tenue hilillo de humo. Su “refrenada” hoguera aún estaba viva, y cuando Warington se metió por fin en el río, el hilillo de humo se había convertido en una delgada columna pálidamente azul, y lo que parecía un montón de cenizas y tueros apa-

gados en torno a los tres conejos envueltos en arcilla, había empezado a fulgir y encandilarse.

Diez minutos de ejercicio dando carreras acá y allá con el fin de secarse y avivar la circulación de la sangre, y a continuación otra vez al lado de la lumbre para vestirse. Entonces fue cuando Ste se dio cuenta de lo mucho que podía hacerse con el mínimo de herramientas. Con cuerda fina habían construido lazos para los conejos. Habían utilizado arcilla para envolverlos y asarlos, y cuando Warington les dijo que rompieran con una piedra el barro cocido y endurecido, aparecieron tres estupendos conejos asados.

—No hay necesidad de pasar hambre, ni siquiera en un paraje como éste —dijo Warington, poniendo los conejos en tres platos, en el suyo y en los de George y Frank—. Dios nos ha provisto de leña, carne, agua... ¿Qué más podemos pedir?

Suavemente trinchó una pata y se puso a hincarle el diente y a masticar. Lo mismo hicieron George y Frank. Ste los observaba.

—Al cocinero le tocan las sobras —dijo Frank, y luego, obedeciendo a una indicación de Warington, separó un muslo de su conejo y se lo pasó a Ste. George hizo lo mismo, y Warington contribuyó con su parte correspondiente.

—No vamos a dejar que te quedes con hambre —añadió George con una risita, sin dejar de masticar—. Al fin y al cabo necesitamos a alguien que haga de perrito. Lo cierto, Ste, es que si alguna vez vas a la escuela de marina nos agradecerás el haberte acostumbrado a hacer todo este trabajo sucio, ¿verdad, Warington?

Warington asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, en la escuela empiezas abajo, en la bodega; si logras sobrevivir, llega un día maravilloso en que obtienes el grado de alumno de quinta o sexta categoría. Entonces tienes un galopín a tu disposición y puedes mandarle lo que quieras...

—O retorcerle el brazo por detrás de la espalda si te despierta tarde para la hora de clase —dijo George, con una sonrisa burlona.

—No te preocupes, Ste —dijo Warington, hurgando en su mochila y extrayendo un buen pedazo de pan—. Si *nosotros* logramos sobrevivir, lo mismo harás tú. ¿Quién quiere un trozo de pan? ¡Toma!

La barca plegable

La construcción de la barca plegable tuvo maravillada a la familia Baden-Powell. Warington había trazado los planos, y por correo había enviado instrucciones a George y Frank al Balliol College, de Oxford, acerca de las partes que tenían que hacer. El pequeño Ste, que ya tenía doce años y era alumno de la vieja escuela de su padre, Rose Hill, de Tunbridge Wells, había recibido simplemente consejo de aprender a preparar y tener a punto un bote de cola y a mantener las herramientas bien afiladas.

Cuando los cuatro hermanos se reunieron en su casa en Hyde Park Gate, al comienzo de las largas vacaciones, Warington, George y Frank traían consigo misteriosos fardos de formas extrañas. De aquellos fardos iba a salir la barca, si los planos de Warington habían sido bien interpretados.

A la mañana siguiente muy temprano Ste salió al jardín con la caja de las herramientas y el bote de cola. Hizo un fuego como los que suelen hacerse para cocinar en el campo, una hoguera pequeñita, con poco humo, pero que daba el máximo de calor. Pronto empezó el agua a hervir a borbotones, y la cola de pescado dejó de consistir en una masa sólida de color cas-

taño oscuro para transformarse en un líquido de olor no muy agradable.

Warington, George y Frank desarrollaron sus misteriosos paquetes, y Ste, sin atreverse a abandonar su puesto junto al fuego por si se salía la cola, contempló fascinado las ligeras piezas de madera que iban a formar el esqueleto de su barca plegable.

A sus ojos parecían demasiado delgadas para la tarea que tenían que cumplir, pero cuando las extrajeron del todo y las colocaron sobre la hierba, su entusiasmo subió de punto. Algunas de las tiras de madera tenían agujeros hechos a barrena; otras tenían los extremos entallados. Muy pronto, mientras el sol de verano iluminaba la escena, empezaron a tomar forma los perfiles de la barca. Era maravilloso. Era como si estuvieran contemplando un extraño y enorme rompecabezas a medida que iba progresando, al encajar cada pieza exactamente en la figura total, pese a que todo había sido hecho por tres pares de manos distintas, partiendo de unas meras instrucciones enviadas por correo.

La señora Baden-Powell salió a mirar un rato, y con ella salieron Agnes y el pequeño Baden Fletcher. Hicieron una mueca de desagrado por el olor de la cola, y B-P tuvo un rasgo de aquel ingenio que iba a acompañarle hasta el fin de sus días.

—Podéis poner la mala cara que queráis —dijo—, pero el tío que cuida el bote de la cola tiene que estar aquí *pegado*, porque si no...

—Más valdría que estuviese bien hecha la cola, chaval —dijo Warington, empezando a separar piezas de la armadura—. Nosotros hemos hecho bien nuestro trabajo, pero si la cola es floja acabaremos nadando en vez de navegar.

—Bueno, ¿y vamos a llevar a Ste con nosotros? —preguntó George, haciendo un guiño a su hermano mayor—. Luego, si la cola no va bien, saldrá el niño de todo este negocio con la ropa mojada.

—Oh, pero no pensabais llevar a Ste, ¿no? —preguntó su madre.

Al oír esto, el pequeño B-P, que estaba en cuclillas junto al bote de la cola, se levantó con la alarma pintada en su cara pecosa.

—Pero yo *voy*, mamá —protestó—. Me lo ha prometido Warington.

Miró a Warington suplicante, y George, que gozaba tomando el pelo a su hermano, dijo:

—Creo que sería mejor que fuese contigo a Llandogo en tren. Le gusta mirar por la ventanilla, ¿a que sí, Ste?

—Warington es el capitán —dijo Ste con firmeza—. Y me lo ha prometido.

—Ste se portará como un hombre, mamá —dijo Warington, y luego con viveza—: Vamos, chaval, trae aquí el bote de la cola. Mejor estaría yo tomando el sol Támesis arriba que aquí. Cuanto antes botemos la barca y naveguemos, tanto mejor lo pasaré.

A lo largo del día, las secciones de la barca plegable fueron pegadas y clavadas. Los accesorios metálicos que mantenían unidas algunas de las partes fueron atornillados en su lugar correspondiente, comprobando una y otra vez si estaban bien tensos y ajustados. Por último, la armadura quedó lista.

Ste habría pasado sin tomar el té de la tarde si Warington hubiera dado la orden, a fin de poder acoplar la cubierta exterior de lona impermeable que transformaría la armadura en una barca apta para navegar.

Extendieron la "chaqueta" de lona sobre la armazón y a continuación pusieron los pernos en su sitio. Acabada esta tarea, la lona quedó perfectamente tirante; pero en vez de coger su barca y correr a probarla en el agua como Ste estaba deseando con toda su alma, la desmontaron otra vez.

Hasta que no hubieron repetido varias veces esta operación de montaje, desmontaje y empaquetamiento de la barca no estuvo Warington satisfecho y seguro de su buen resultado. Pesaron cada uno de los fardos que contenían las diversas piezas, pues en el trayecto desde Londres a la casa de Llandogo on the Wya que había tomado su madre para pasar las vacacones, habría que acarrearlo todo a brazo unas cuantas veces, y aun Ste, con ser el más pequeño, tendría que transportar algún bulto.

Al anoecer, cuando ya no podía verlos mucha gente, probaron la barca en un sosegado remanso de agua. Warington fue el primero que usó los remos; unos remos cortos y ligeros, contruidos especialmente para el caso. Cuando sacaron del agua su embarcación, apenas se había filtrado una "lagrimilla" que otra en el interior de la lona.

—En cuanto se moje bien y la lona se estire, quedará tan impermeable como la pluma de pato —advirtió Warington—. Mañana la probaremos otra vez, y si entonces va bien... pasado mañana la botamos en el Támesis y emprendemos inmediatamente el viaje inaugural.

La barca plegable había demostrado su perfecta impermeabilidad, y aunque la señora Baden-Powell estaba preocupada por sus cuatro hijos, disimuló sus temores y se entregó a la tarea de preparar las cuatro cosas que tenían que llevar consigo. Pocas eran, en realidad; un

par de utensilios de cocina, mantas ligeras, el té y el azúcar estrictamente indispensables y provisión de sandwiches para un día. Una vez fuera de Londres Warington planeaba comprar lo que no pudiesen procurarse en las granjas.

Ste se despertó muy temprano, apenas clareó el día, y su primer movimiento fue hacia la ventana para ver qué tiempo hacía. El cielo estaba claro; los estorninos se dedicaban con mucho afán a su tarea de escarbar entre el césped como una legión de basureros. Iba a hacer un día espléndido.

Cuando dejaron sus fardos en lo que parecía un lugar tranquilo del malecón del Támesis y empezaron a montar la armazón de su barca, se congregó un grupito de gente en un tiempo asombrosamente corto. Un guasón dio con el codo a un vecino y preguntó:

—¿Vas a limpiar las alcantarillas, jefe? No quisiera molestarle, pero me parece que los remos resultarán algo cortos, ¿no lo cree así? Con eso no llegarán ustedes muy lejos, ¿no es verdad?

—Nada más que hasta Oxford —contestó Ste haciendo un guiño malicioso—, y luego tendremos que empaquetarla de nuevo.

—Te digo que esos remos no sirven ni para navegar por una alcantarilla —respondió con viveza el mirón—. Con eso no remontaréis ni una simple alcantarilla.

—Con esto remontaremos el Támesis —replicó Ste—. Aguarde y se convencerá.

El grupo de gente aumentaba a medida que la barca iba tomando forma, pero cuando tendieron la lona sobre la armazón y la pusieron tirante por medio de los tensadores, un guardia que se había unido a los mirones se creyó en la obligación de decir:

—Supongo que no pensarán echarse al río con eso, señor. Me parece un poco arriesgado.

—¡Oh, sabemos todos nadar, señor agente! —le tranquilizó Warington, y volviéndose a sus hermanos prosiguió—: George, ¿vas a llevar el timón? Frank, tú y Ste coged los remos.

La gente contempló en silencio cómo acarreaban aquella embarcación, de tan frágil apariencia, y bajando los escalones del malecón la echaban al agua. George se quedó junto a la barca, sujetando la amarra, mientras los otros tres volvían al muelle a recoger sus avíos.

El gentío permaneció mudo hasta que la barca, una vez ocupada por sus pasajeros, avanzó en el agua y los cortos remos se hundieron de verdad en el agua por primera vez. Estaba bajando la marea, y por unos momentos la corriente amenazó arrastrar la barca río abajo. Luego la proa apuntó en dirección contraria al curso del río, y con un chapotear y relucir de remos al sol el viaje comenzó.

—Buena suerte, jefe —gritó el hombre que había bromeado antes, y esto encendió un coro de gritos alentadores entre el resto del pequeño gentío que se había congregado. La señora Baden-Powell que había estado observando a distancia, notó que una parte de sus preocupaciones se había desvanecido. Warington era sin duda un marino muy competente, mientras que George y Frank eran jóvenes de recia complexión atlética, perfectamente capaces de cuidar de sí mismos.

—Es el pequeño Ste —murmuró contemplando a lo lejos la barca, que se iba haciendo pequeña, más pequeña. Frunció el ceño al ver una gabarra de rojo velamen, de las que hacen el recorrido regular del Tá-

mesis, que avanzaba velozmente río abajo ayudada por el último refluir de la marea descendente. Mas cuando observó cómo desvió Warington la proa de su barca, haciendo frente al oleaje, ella se encogió de hombros y se tranquilizó. Warington cuidaría del “chaval”, como llamaba a Ste.

Lo que la señora Baden-Powell no podía saber entonces era que el don de imitación que el pequeño Ste estaba desarrollando, iba a servirle de mucho antes de que sus cuatro hijos transportaran finalmente su barca de fabricación casera hasta la casa de Llandogo. Llegarían unos cuantos minutos durante los cuales el éxito o el fracaso de toda la excursión iba a depender del “chaval”.

Los días que siguieron al de la partida fueron para los cuatro hermanos de lo mejor que cualquiera pueda desear para sí. Dejaron atrás Londres, y el ajetreo y estrépito del denso tráfico fluvial dio paso a un río cuya navegación se hacía grata y apacible. Lugares que ahora están edificadas, eran en aquellos días prados amenos.

En los días calurosos, el ganado permanecía con el agua hasta las rodillas, metido en la mansa corriente del río para abreviar y refrescar. Las garzas chapoteaban a largas zancadas, en los meandros de poca profundidad, para arponear con sus agudos picos a los gobios, sin prestar la menor atención a la barca, comportándose con toda la dignidad de los antiguos caballeros de la aristocracia, a no ser que se aproximase demasiado.

Warington elegía los lugares donde debían acampar. No disponían de dinero suficiente para gastar en man-

jares refinados, y preferían agenciarse la carne para sus comidas de los recursos que pudiera brindarles el campo circundante. Acampaban cerca de un bosque, y mientras uno de ellos descargaba la barca y levantaba la tienda de campaña si amenazaba lluvia, otro empezaba a preparar el fuego, en tanto que los dos restantes se daban una vuelta por los alrededores para ver lo que podían procurarse para el pote de la cena; pescado o aves, conejos, y hasta algún erizo.

Ste era el cocinero y friegaplatos oficial. Traía el agua y realizaba las faenas de una "chica para todo". Eso era lo convenido y nunca se quejó de ello. Años después en Charterhouse, cuando era asistente de un alumno de Sexto Curso, le resultó muy fácil su cometido. Asistir a una persona era bien poca cosa comparado con asistir a tres hermanos.

Una de las cosas que deleitaba a Ste, cuando había concluido sus faenas "domésticas", era sentarse, con papel y lápiz en la mano. Disfrutaba dibujando. A veces era simplemente un árbol lo que dibujaba, tal vez un abedul cuyo tronco de color castaño y blanco, con la corteza desprendiéndose en tiras abarquilladas, no era cosa fácil de reproducir en el papel.

Otras veces era un claro bosque salpicado de manchas de sol, lo que dibujaba, tratando de plasmar en el papel los árboles viejos con troncos como columnas de catedral, cubiertos de musgo por su parte orientada al Norte y con raíces que aparecían al descubierto hasta un metro de distancia de la base del tronco, antes de desaparecer bajo tierra.

Un atardecer, acamparon en un lugar no lejos de una pequeña población, y sus tres hermanos decidieron hacer una expedición de compras. Les quedaba poca ha-

rina y azúcar y tenían necesidad de algunos otros artículos. Como extraordinario, decidieron comprar algo para la cena, en vez de tratar de coger un conejo o dos, como de costumbre.

Ste plantó la tienda de campaña, arrancó un poco de césped para encender el fuego y recogió la leña suficiente para mantener la lumbre encendida para la cena así como para el desayuno del día siguiente. La dejó apilada en sitio cubierto, pues el cielo aparecía nublado amenazando con una tormenta de verano.

Fascinado por las movedizas nubes de color azul pizarra, Ste se apartó de la tienda para tratar de ejecutar un dibujo que abarcara no sólo la tienda de campaña y el río, con uno o dos árboles desmochados en su orilla, sino también la masa de nubes cargadas de tormenta.

Trazó rápidamente el boceto del paisaje, luego puso el bloc de papel encima de un tocón y se dedicó a completar los detalles, dibujando con ambas manos a la vez. Con el lápiz de la mano izquierda, trataba de captar la impresión producida por la corriente del río deslizándose de manera sombría, al no mostrar el cielo ningún resplandor que pudiera reflejarse en su superficie. Con el lápiz manejado por la mano derecha, ejecutaba el sombreado de las nubes tormentosas.

Arrodillado detrás del tocón en el que tenía colocado el bloc de dibujo, debía estar completamente confundido con el paisaje que le rodeaba, puesto que el hombre que llegó hasta el campamento dio pruebas inequívocas de creer que se encontraba solo. El intruso se detuvo junto a la tienda de campaña y, durante un momento, escudriñó con la vista los alrededores. Luego, convencido de que no había nadie por allí, se in-

trodujo en la tienda, de la que sacó al instante las tres mochilas. La cuarta se la había llevado consigo Warington, con el fin de utilizarla para meter en ella los artículos alimenticios que habían ido a comprar en la cercana población.

A pesar de estar absorto en la ejecución del dibujo, Ste había visto al hombre cuando se acercaba. Se encogió un poco pegado al suelo, observando la escena por un lado del carcomido tocón. No sospechaba que el hombre tuviese intención de causar algún perjuicio; pero era tan aficionado a practicar las tretas del bosque, que quiso comprobar si era capaz de pasar inadvertido para el inesperado visitante.

Pero tan pronto como se hizo evidente que el hombre era un ladrón, que se aprovechaba de la circunstancia de lo que él debía suponer un campamento desierto, Ste dejó sus lápices en el suelo. Los latidos de su corazón se aceleraron un poco, pues se daba perfecta cuenta de que era demasiado pequeño para enfrentarse con el ladrón en lucha abierta.

"Tengo que hacer algo, decidió Ste. Si se lleva nuestras cosas... no nos será posible proseguir la excursión. Me gustaría que llegase Warington. El sabría cómo..." Y en este punto interrumpió sus pensamientos. Warington *no* llegaría. Junto con George y Frank, estaría en ese momento en la pequeña población cercana; y ellos habían dicho que pensaban darse una vueltecita por ella. Lo más probable era que permanecieran allí otra hora, por lo menos.

Entonces, Ste tuvo una idea. Alejándose del lugar que ocupaba, reptando lo más rápida y silenciosamente que le fue posible, llegó hasta el borde de la arboleda y allí se puso en pie repentinamente. Mirando de frente

al pequeño campamento, cuando el ladrón se hallaba ocupado en revolver el contenido de las mochilas, Ste demostró que, incluso en momentos como aquel, poseía excelentes dotes de actor.

Con voz fuerte, gritó al vagabundo:

"¡Eh! ¿Qué hace usted?" Luego, cuando el hombre levantó la vista sobresaltado, Ste giró sobre sus talones, y corriendo a ponerse al abrigo de la arboleda, gritó con todas sus fuerzas: "Tío... tío, hay un hombre que se está llevando nuestras cosas. ¡Ven corriendo!".

Acto seguido se oyó el ladrido agudo de un perro pequeño, seguido un momento después del ladrido grave y profundo producido por un perro mucho mayor. Después, Ste se llevó ambas manos a la boca formando bocina con ellas y, volviendo la espalda al ladrón, gritó:

"Rover, ven aquí. Eh, Rover, ven. Ven, Floss. ¡Rápido! ¡A él... a él!".

El presunto ladrón se enderezó, dudando entre emprender una retirada rápida o echar mano de alguno de los objetos que ya tenía apilados.

El bronco y amenazador ladrido de lo que le parecía ser un perro grande le decidió a tomar una determinación. Luego, el ladrido de un terrier, aparentemente mucho más cercano, imprimió rapidez a sus acciones. No escapó corriendo por el mismo camino que había llegado, sino que se dirigió recto hacia el río y lo atravesó chapoteando, mientras el concierto de ladridos iba aumentando de tono.

De no haberse dejado ganar por el pánico, el hombre hubiera podido preguntarse el por qué los dos "perros" no ladraban al mismo tiempo. Pues se oían alternativamente el ladrido casi histérico del terrier y el la-

drido de tono mucho más profundo del perro más grande. Ni siquiera Ste, que parecía haber nacido con la facultad de imitar voces y sonidos, era capaz de producir el ladrido de dos perros simultáneamente.

Ste descendió corriendo hasta la orilla del río, y cuando el vagabundo se zambulló de un salto entre los matorrales de la orilla opuesta, le gritó:

“Vuelve atrás, ladrón. ¡Vuelve acá!”

El hombre ni siquiera osó mirar hacia atrás, sino que adentrándose en lo más espeso de los matorrales desapareció de la vista. Pensando acertadamente que el hombre podría muy bien detenerse para averiguar lo que pasaba, Ste dio media vuelta y regresó a la cubierta de la arboleda, ladrando primero en tono agudo y luego imitando el tono bronco y profundo de un perro mayor.

Cuando alcanzó el abrigo protector de los árboles más cercanos, gritó en alta voz:

“Ya no pasa nada, tío, se ha ido y no se ha llevado nada. Quieto... quieto, Rover. Tranquilízate, Flossie. —Luego, empleando el tono cariñoso y suave propio para tranquilizar a los perros que están excitados, prosiguió—: Bueno, bueno... está muy bien. No ha sucedido nada. Se ha marchado. Sí, se ha ido. Vamos, vamos... hay que portarse bien... A sentarse. Eso es”.

Después de lo cual, todavía durante unos minutos siguió ladrando de vez en cuando, primero imitando a un perro del tipo terrier, a continuación remedando el tono ronco y profundo de un perro mucho más grande. Quería llevar al ánimo del presunto ladrón, si es que aún continuaba al alcance del oído, la convicción de que no sería muy saludable para él volver por el campamento.

La siguiente fue una hora de ansiedad. Ste se preocupó muy bien de permanecer oculto, pero hablaba en voz alta y aún trataba de imitar la voz de un hombre, cosa que no le resultaba fácil, ni mucho menos, puesto que era la suya una pura voz de falsete que, más adelante, le valdría un puesto en el coro de la escuela.

De vez en cuando, dejaba el refugio de los árboles para llegarse hasta la tienda de campaña y avivar el fuego; después recogió y colocó en su lugar los objetos y las mochilas que habían quedado esparcidos sobre la hierba. Permanecía constantemente alerta por si acaso el ladrón regresaba, pero había ganado su primera batalla mediante la estrategia, habiendo llevado al presunto ladrón el convencimiento de que, lejos de estar desierto, el pequeño campamento estaba custodiado por un hombre, un muchacho y dos perros.

Su relato del intento de robo en el campamento fue tan jocoso que sus hermanos apenas si se dieron cuenta de lo que Ste había hecho para salir del apuro. Sin embargo, Warington decidió después que sería conveniente no volver a dejar al “pequeño” solo en el campamento.

La excursión los llevó hasta el Mendips, lo que impuso la necesidad de que cada uno tuviera que transportar algo del equipo y parte de la barca. Resultó ser un trabajo duro y agotador, mas finalmente llegaron al Avon. Armandó la barca nuevamente, navegaron río abajo hasta la desembocadura del Avon. En aquel punto se enfrentaron con el dilema de navegar un largo trecho río arriba por la orilla meridional, o bien decidirse por la arriesgada navegación de siete millas atravesando el río Severn, cuyas aguas son bastante peligrosas a causa de las mareas.

Warrington, marino nato y además bien instruido en el buque "Conway", decidió que valía la pena correr el riesgo. Pusieron manos a la obra remando, y aunque pasaron por algunos momentos de ansiedad, alcanzaron la orilla septentrional en seguridad, desde donde, remontando el Wye, continuaron hasta finalizar su viaje en Llandogo.

Deseando dar una sorpresa a su madre, transportaron secretamente la barca desmontada y empaquetada al cobertizo de la parte posterior de la casa, se vistieron y acicalaron con esmero y después se presentaron por la puerta principal. Tenían muchas cosas que contar a su madre sobre sus aventuras, pero una de esas aventuras fue relatada en privado. Warrington, George y Frank eran contrarios a todo cuanto significase jactancia, por cuya razón el pequeño Ste no había relatado el caso del presunto ladrón con el carácter de seriedad que el asunto tuvo en sí. Como el resto de la familia, se lo contó todo a su madre, haciéndole el relato detallado de su primera victoria mediante la estrategia, lo cual fue para ella una revelación, si es que ya no lo había supuesto, de que en este hijo pelirrojo había un muchacho poco común, incluso en una familia tan fuera de lo corriente como la suya.

De Galopin en Charterhouse

Al minuto de haber tocado el bedel su campanilla a la puerta del pequeño dormitorio, unos veinte alumnos de los más jóvenes se vestían apresuradamente. Eran las siete, y la mañana era cruda, el aire cortante. No existía nada parecido a la calefacción central en Charterhouse, en el año 1870.

Sin detenerse a darse un mal lavado, los "asistentes" salieron precipitadamente para asegurarse de que sus "superiores", los alumnos de Quinto y Sexto cursos a quienes asistían, salían con tiempo para la primera clase de las ocho. Que salieran a buena hora y con buen humor, si ello era posible.

Al menos, un gran hombre que asistió a Charterhouse, W. M. Thackeray, recordaba sus días escolares con pesadumbre, a causa de lo que tuvo que soportar allí siendo un muchacho pequeño. Entre los que se levantaron aquella mañana particular a que nos referimos estaba B-P, que a los trece años de edad acababa de convertirse en alumno de Charterhouse. Era un Gownboy, lo que significaba que había ingresado allí como ganador de una beca.

Habiendo aprendido a servir a sus tres hermanos mayores durante sus excursiones campestres de fin de

semana y diversas correrías por el campo, B-P cumplía su misión en la escuela con agrado, aceptando los cachetes así como los medios peniques que con poca frecuencia le deparaba su suerte. Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación donde dormía su majestuoso superior, y como no hubiese respuesta volvió a llamar, luego entró silbando suavemente.

Como el "superior" no diera señales de moverse, su silbido subió de tono. B-P continuó silbando mientras merodeaba por la habitación, pero sin perder de vista al muchacho que estaba acostado en la cama. Observó que movía un poco los párpados y aumentó su cautela. Enjuagó la palangana, descolgó la toalla que había tendido a secar la tarde anterior, y viendo emerger una mano de entre las mantas para coger del suelo una zapatilla, esquivó fácilmente dicho adminículo cuando fue lanzado silbando a través de la estancia en dirección suya.

—Las siete y media, y hace frío —anunció B-P al tiempo que con una sonrisa esquivaba la segunda zapatilla que fue lanzada contra él—. ¿Desea agua caliente?

Contempló cómo su "superior" se pasaba la mano apreciativamente por una barba que mostraba indicios de necesitar un afeitado, bajo la forma de un ligero césped amarillento.

—Yo necesito siempre agua caliente... en una mañana fría —fue la hosca respuesta—. Y date prisa o te zurraré con la zapatilla.

B-P se apresuró a salir de la habitación llevando el jarro del agua, corrió por el pasillo y regresó al cabo de unos minutos con el agua caliente. La vertió en la palangana, aunque su "superior" estaba todavía arre-

bujado entre las mantas con los ojos cerrados. Colocó la toalla en su sitio, limpió la suciedad que había adherida al jabón y anunció:

—Todo listo ahora. Mucho me temo que el agua se enfriará rápidamente, y no me será posible traer más. Luego se marchó, pues vio cómo las mantas de la cama fueron echadas hacia atrás.

B-P regresó ligero al dormitorio silbando, pues había empezado el día con buenos auspicios. Al entrar en la habitación se detuvo al ver a otro muchacho de su misma edad que estaba llorando.

—¡Hola! ¿Qué sucede?

—Se trata de ese grosero de Jenkins —dijo el muchacho entre sorbetones de nariz, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Está tumbado justamente como si estuviera muerto. Le he zarandeado, he hecho todo cuanto puede hacerse para que se levante... y si llega tarde a la primera clase... a mí me espera la zapatilla, y es un grandísimo bellaco.

—Te vapuleó ayer, ¿verdad? —le preguntó B-P, y el muchacho afirmó desconsoladamente, llenándose los ojos de lágrimas nuevamente.

—Está tendido justamente como si estuviera muerto.

B-P meditó durante un momento, luego cruzó la habitación corriendo hacia su armario. Cuando regresó, traía un silbato metálico en la mano. Con un gesto pícaro en su rostro, dijo:

—Vamos, yo le despertaré.

—No le va a gustar —dijo el otro lloriqueando—. Es la bestia de peor talante que me he encontrado jamás. Me estoy acostumbrando a tener miedo de que llegue la mañana.

—Vamos —y el muchacho siguió a B-P de mala gana.

El pasillo presentaba un espectáculo de inusitada actividad, con los asistentes llevando jarros de agua, o corriendo de un lado para otro haciendo recados, o incluso esperando ante las habitaciones de sus “superiores”, llamando esperanzados a la puerta para despertarlos.

—Aquí es —dijo el muchacho que acompañaba a B-P, y un momento después había cambiado el panorama en el pasillo. Empezó a oírse el silbato y se volvieron las cabezas para mirar, y rostros que hasta entonces habían estado serios ante la inmensidad de la tarea de conseguir que un “superior” se levantara sin ponerle de mal humor, cambiaron su ansiedad y preocupación en muecas maliciosas.

La tonada producida por el silbato era una que había hecho furor en Londres el invierno anterior. Era brillante, desenvuelta, con un compás alegre que hacía zapatear los pies de cualquiera que la escuchase.

B-P tocaba con gusto y demostró que, además de su habilidad con el violín o con las teclas de un piano, podía también ejecutar música con un instrumento tan humilde como un silbato de hojalata.

En el espacio de treinta segundos, empezó a elevarse un concierto de voces malhumoradas procedentes del interior de la Sala de Estudios. B-P continuó tocando, en tanto que el muchacho cuyo “superior” mostraba signos inequívocos de un despertar malhumorado, se ponía pálido.

Dejando de tocar, B-P abrió la puerta y, metiendo la cabeza, gritó:

—¿Caliente o fría?

¡Zás! Una zapatilla pegó en la puerta rajando un panel de la misma. B-P empezó a tocar de nuevo, mientras que el muchacho a quien estaba tratando de ayudar permanecía a su lado temblando como un azogado. Se oían las risas en el pasillo, y uno o dos de los superiores, alumnos de los cursos Quinto y Sexto, atisbaban a través de sus puertas para averiguar quién estaba ejecutando la música.

B-P estaba disfrutando de lo lindo cuando, repentinamente, se abrió de un tirón la puerta y una mano salió disparada por ella para arrancarle el silbato de los labios.

“¡No, no hagas eso, Jenkins; no se lo rompas!” —gritó una voz autoritaria desde el otro extremo del pasillo—. “Déjale que toque, es una variante agradable por la mañana.”

“Yo te enseñaré a...”

Jenkins, con el rostro congestionado de furor, se detuvo dudando. Había estado a punto de doblar el silbato por la mitad, pero el alumno de Sexto curso que le había gritado que no lo hiciera no era hombre a quien se pudiera desdeñar con ligereza. Encarándose con B-P, mientras los circunstantes del pasillo permanecían quietos y en silencio, esperando y observando, Jenkins preguntó:

—¿Cómo te llamas? Tú no eres mi asistente.

—Estaba simplemente ayudando —fue la calmosa respuesta, y B-P sonrió con desenfado—. Me llamo Baden-Powell.

—¿Cómo?

—¡Baden-Powell!

Jenkins le miró con intensidad durante un momento, luego en su rostro apareció una mueca de compren-

sión, como si hubiera sido asaltado por un pensamiento repentino.

—Bathing Towel¹. Tienes un nombre muy curioso... Bathing Towel, ¿eh? ¿Eres uno de los Toallas de Baño? A esta salida, los asistentes que llenaban el pasillo de un extremo al otro, prorrumpieron en carcajadas regocijantes. Siempre se consideraba una buena cosa conseguir hacer reír a un "superior" a esa hora de la mañana.

B-P quedó indeciso por un momento; luego, preparándose a saltar para ponerse fuera del alcance del otro, dijo:

—No, señor. ¡Nuestra familia procede del Lincolnshire Wash!¹. Y hasta Jenkins tuvo que reírse.

Ya de vuelta en su dormitorio, B-P se convirtió en el héroe del momento. Haber salido airoso de su agarrada con Jenkins, consiguiendo, además, hacer reír al dormilón, era algo digno de ser contado. El muchacho a quien B-P había ayudado no era capaz de hacer otra cosa que mantenerse en un admirativo silencio.

Aquella misma tarde, durante la hora de *Banco*, como llamaban al período de descanso entre ocho y nueve, el muchacho trató de excusarse con su nuevo ídolo.

—Escúchame, Baden-Powell; siento mucho lo que pasó esta mañana. Me parece que te han puesto un mote bien chocante. He oído a algunos que hablaban de ti llamándote Toalla de Baño. La culpa es mía.

¹ Aquí, el autor presenta en el diálogo el vivo y chispeante ingenio de los interlocutores, valiéndose de un gracioso juego de palabras. Pues, en la fonética inglesa, Baden-Powell y Bathing Towel se pronuncian de manera muy parecida. Baden-Powell es un apellido; Bathing Towel significa toalla para el baño. Wash significa lavar y también remolino de un río.

—No te preocupes por ello —dijo P-B, palmeando a su amigo en el brazo al tiempo que le hacía un gesto risueño—. ¿Qué importancia tiene eso? Prefiero que alguien me llame Toalla de Baño sonriéndose con sorna, a que me llame por mi nombre verdadero atizándome una bofetada que me deje los oídos chillando.

Apenas había terminado de hablar, cuando un pequeño grupo que se hallaba en un rincón solicitó de B-P que les obsequiara con una tonada de su silbato, así que, durante el resto de la tarde, el Viejo Toalla de Baño, por cuyo mote sería conocido desde aquel momento hasta el final de sus días escolares, tocó para un extasiado auditorio de alumnos "asistentes".

Aproximadamente una semana después, se ganó en alto grado el aprecio del estudiante a quien servía de asistente, a la terminación de las clases de ese día, preparando un *plato* nuevo, un cambio bien recibido siempre para variar el consabido pan tostado, mantequilla y té. Los alumnos de los cursos Quinto y Sexto aumentaban con frecuencia sus raciones con abastecimientos que conservaban en la escuela, o bien comprándolos especialmente para la ocasión. Esta vez había un huevo para freír y extenderlo en la rebanada de pan tostado.

Recordando sus comidas hechas en las excursiones campestres, B-P decidió ofrecer a su superior un cambio. Cascando el huevo y echándolo en una taza, le añadió un poco de leche de la que había para el té; luego, batiendo el huevo junto con la leche, vertió la mezcla en una cacerola que puso al fuego. Poseía un trocito de queso que había pensado comérselo con la cena. Lo cortó en pequeños trocitos que echó en la cacerola, removiendo la mezcla de huevo, leche y queso con un tenedor hasta que el líquido cremoso y ama-

rillo se convirtió en una masa caliente, uniforme y humeante.

La aderezó con sal y pimienta, echó unas gotas de agua caliente en el pan tostado, en lugar de la mantequilla que había empleado para freir la mezcla, y acto seguido se apresuró a entrar en la Sala de Estudio para servir su primera comida extraordinaria.

Con la mezcla de huevo y queso extendida sobre la tostada, que con las gotas de agua caliente que le había puesto ofrecía un aspecto empapado, aparentando tener untada una buena capa de mantequilla, el *plato* resultó un gran éxito. Como recompensa a su habilidad culinaria, así como por haber empleado su propio queso, B-P recibió para sí un trozo del manjar.

Debido a la iniciación de unas nuevas relaciones entre "asistente" y "superior", el período que pasó como alumno de Primer curso fue para B-P bastante más dichoso de lo que pudiera haber sido.

En aquellos días ya lejanos, Charterhouse estaba situada en el centro de Londres. Era una reliquia de la Orden de los Monjes Cartujos fundada en La Chartreuse por San Bruno, en el siglo XI. La Orden Cartuja de Londres fue suprimida por Enrique VIII, y después de pertenecer a varios nobles, el edificio fue adquirido por un hombre de negocios londinense en 1611. Fue abierto como hospital para caballeros empobrecidos en 1613, y el donante, Thomas Sutton, añadió una escuela para cuarenta hijos de "pobres". En aquel tiempo eran llamados los "muchachos de la tú-

nica", debido al pintoresco atuendo que vestían. Posteriormente, fueron a Charterhouse los hijos de los ricos, pero siempre había un cierto número de plazas reservadas para Gown boys (muchachos de la túnica), y B-P era uno de esos hijos de "pobres".

Los lejanos días de Charterhouse, sus amplios espacios, se habían esfumado ya por el año 1870. Por todos los lados surgían los edificios, mientras que el mercado de Smithfield era una creciente fuente de quebraderos de cabeza para el director del Centro, el Dr. Haig Brown, a causa de la guerra intermitente mantenida entre los escolares y los muchachos carniceros. En una *batalla* extraordinariamente encarnizada, se vio envuelto el director como Comandante en Jefe, y B-P como Jefe de Cuerpo de Ejército. Era la hora del mediodía y todo estaba tranquilo. Los muchachos se paseaban de un lado para otro por los campos de recreo de la escuela, aislados del agitado mundo exterior por la cerca que rodeaba el edificio. De pronto aparecieron por encima de la cerca la cabeza y los hombros de un muchacho.

"¡Eh, los de la túnica!" —gritó, y arrojó un cascote de ladrillo al pequeño grupo de muchachos, los cuales se habían vuelto para mirar sorprendidos. Alguien de los del lado de afuera de la cerca entregó una segunda piedra al muchacho carnicero, y los chicos de Charterhouse hubieron de esparcirse para evitar ser alcanzados.

Esta maniobra provocó en el atacante una exclamación de mofa, y luego aparecieron sobre la cerca otra cabeza y los hombros, y la lluvia de cascotes se intensificó a medida que nueva munición era entregada a los tiradores.

En menos de cinco minutos se había entablado una batalla campal. Los dos que la habían iniciado fueron obligados a desaparecer de la vista, pero las piedras y los medios ladrillos volaban por encima de la cerca. En el campo de los del mercado de Smithfield abundaba la munición, mas en los terrenos de Charterhouse, los combatientes tenían que esperar a que la munición les llegara silbando por los aires y rebotara en el césped, para proveerse de ella.

Existía una ley no escrita, pero acatada, de que los muchachos más pequeños no debían tomar parte en esas batallas, por lo que B-P, junto con un grupo de muchachos de su misma edad, se mantenía apartado de la contienda, aplaudiendo y estimulando a los de Quinto curso, así como a unos pocos del Quinto Superior, que lanzaban de vuelta medios ladrillos y guijarros al invisible enemigo.

De repente, alguien cuchicheó:

“¡Ojo, que viene... que viene... el Viejo Bill!”.

El grupito de los pequeños se volvió para mirar boquiabierto. El mismísimo Dr. Haig Brown había llegado por una puerta practicada en la pared que separaba ese campo de césped de los otros jardines de recreo. Y lo que era aún más asombroso; caminaba derecho hacia el lugar más crítico de la contienda.

“Deberá andar con cuidado” —murmuró B-P, y luego dijo con súbita excitación: “Mirad muchachos, me pregunto si no irá a echar una mano”.

Ninguno esperaba que el gran hombre hiciera eso, pero lo hizo. En vez de seguir su marcha hacia el lugar donde las piedras y los ladrillos rebotaban sobre el césped reseco por el sol, el “Viejo Bill”, como era conocido generalmente en Charterhouse, se volvió dirigién-

dose hacia donde se hallaba el grupo de los más jóvenes.

“Se me ocurre —dijo— que si vosotros salieseis por aquella puerta de la cerca lateral podríais atacar a esos granujas por el flanco.”

Ante ese gesto tan completamente inesperado, los componentes del pequeño grupo quedaron mudos de asombro durante un momento. Luego, alguien dijo:

—Pero la puerta está cerrada, señor, y nosotros no tenemos la llave.

—Tal vez podamos remediar eso —dijo el “Viejo Bill” disimulando una sonrisa, y un momento después les entregaba su propia llave. Luego, como si nada hubiese pasado entre él y sus jóvenes discípulos, el Dr. Haig Brown se volvió paseando por el mismo camino que había venido.

“No abráis la puerta todavía —ordenó B-P. Tenemos que recoger dotaciones de munición antes. No menos de cuatro cascotes cada uno. A medida que los vayáis consiguiendo, esperad junto a la puerta.”

Esquivando las piedras que, casi continuamente, entraban silbando por encima de la cerca, lanzadas por los excitados muchachos de Smithfield, los refuerzos reunieron sus piedras. Uno a uno, los muchachos se fueron agrupando junto a la puerta lateral. La llave giró en la cerradura y el grupo de flanco se escurrió a través de la puerta.

Una veintena o más de golfos, cuyas edades oscilaban entre los once y los dieciocho años, se lo estaban pasando en grande, enviando una barrera casi continua de piedras a los campos de recreo de la escuela.

“¡Ahora!” —gritó B-P— y vociferando lo más alto que podían, los muchachos se lanzaron al ataque. Una

andanada de piedras cogió a los de Smithfield por el flanco. Muchas de ellas fallaron, pero algunas dieron en el blanco, y las exclamaciones de mofa y los silbidos de rechifla se tornaron en gritos de alarma.

Sin percatarse de lo pequeña que era la expedición de flanco que les atacaba, los sitiadores volvieron la espalda y escaparon por pies, dispersos por aquel inesperado movimiento. Antes de que pudiera ser descubierto lo exiguo de sus efectivos, B-P se retiró con su pequeña partida. La batalla estaba terminada y ganada. En lo sucesivo, la puerta lateral constituyó una amenaza perpetua para los pilletes, los cuales nunca se recobraron completamente del ataque por sorpresa.

Para B-P aquello fue una lección de estrategia que nunca olvidó, y el valor de un movimiento de flanco le sería de gran utilidad durante algunos de los más reñidos combates del Sitio de Mafeking.

“Pensaréis que ésta es simplemente la tarde de un lunes ordinario —dijo B-P solemnemente a los muchachos que estaban sentados en derredor suyo en la Sala Común, disfrutando su descanso de una hora, conocido por el nombre de ‘el Banco’—. ¡Lástima que seáis tan inocentes! ¿Sabéis lo que los antiguos gladiadores acostumbraban gritar al César? *¡morituri morituros salutant!*”

Las frentes de sus oyentes se contrajeron con arrugas según trataban de recordar aquella frasecita de latín.

“En beneficio de los mal informados —dijo B-P haciendo guiños— significa: Los que van a morir saludan a los que van a morir. Y ese es nuestro caso. Vos-

otros, los nuevos camaradas, *¡mortis causa!* ¿No sabéis lo que es eso? ¡Vaya, hombre, vaya!”

Se encogió de hombros y puso una cara que era imitación perfecta de la expresión desaprobadora del maestro de latín. Este gesto disipó el fruncimiento de los ceños de sus oyentes que empezaron a hacer muecas inmediatamente.

“En beneficio de aquellos cuyo dominio del latín es algo flojo —prosiguió B-P— *mortis causa* significa: *a la vista de muerte inminente...* Recordad esta frase; pues mañana es la Batalla de la Peladura de Limón y habrá pocos que dejen el campo de batalla saliendo ilesos.”

Miró los rostros que le rodeaban, mostrando todos una viva expectación, puesto que sabían que cuando el “Viejo Toalla de Baño” estaba de aquel talante podían esperar que algo divertido surgiese. Apuntando dramáticamente con el dedo extendido hacia cada uno de los muchachos que todavía no habían visto un Martes de Carnaval en Charterhouse, prosiguió:

“Mañana pienso hacer algo que pasará a la historia de Charterhouse. Durante un momento, tal vez durante un minuto, mantendré mudos de asombro a los presuntos guerreros. Me meteré entre las apretadas filas y nadie osará empezar el combate”.

—No podrías hacerlo —dijo uno de los muchachos que había ingresado en Charterhouse cuando B-P—. ¿Quieres decir que cuando estén dispuestos a iniciar la Batalla del Limón podrás detenerlos?

—Mi querido Chepstow, eso es justamente lo que haré mañana. Sin pronunciar una sola palabra, mantendré a toda la Escuela en la palma de mi mano. Me contemplarán con mirada estupefacta y...

Desde algún lugar de la casa partió una voz estentórea de "¡Toalla de Baño!", y B-P se levantó.

—Alguien que tiene autoridad llama —dijo con rostro sereno y digno continente—. Mañana recordaréis mis palabras. Si no soy capaz de hacer lo que os he dicho ... entonces...

—¡Toalla de Baño!

—¡Ya voy! —gritó B-P, y deteniéndose un momento en la puerta antes de abandonar la Sala Común, dijo al pequeño grupo de muchachos—: Si no detengo la batalla, podréis repartiros mi próxima caja de dulces, de la que no probaré nada. ¡Es una promesa!

Fue una promesa que muy pocos de ellos recordaban al día siguiente cuando, después de comer las tradicionales frutas de sartén del Martes de Carnaval, para lo que cada miembro de la Escuela recibía un limón, todos salían apresuradamente al gran campo de juegos cubierto de césped.

Nadie podía recordar cuándo surgió la costumbre, mas era tradicional que a los muchachos de Charterhouse se les sirviese a cada uno un limón el Martes de Carnaval, para comerlo con los dulces de sartén. Sin embargo, ni uno solo osaba partir su limón, puesto que tan pronto terminaba la comida, toda la Escuela, desde los muchachos más pequeños hasta los más dignos alumnos del Sexto curso, salían a entablar la batalla.

En un principio había sido Túnica contra Escuela; es decir, los muchachos pobres contra aquellos cuyos padres podían permitirse pagar las no despreciables tarifas de Charterhouse.

En el tiempo a que nos referimos, ya la pugna había pasado a ser de la Ciudad contra el Campo. Los

muchachos de Londres y otras ciudades se enfrentaban a los que procedían de los medios rurales.

Llegó la tremenda excitación acostumbrada del momento en que los muchachos se alineaban a toda prisa en sus respectivos bandos. Limones en ristre, aguardaban hasta que el último rezagado, que se había alineado con los de la ciudad cuando debía haberlo hecho con los del campo, fue enviado apresuradamente a colocarse en su bando.

Hubo un momento de intensa emoción cuando las manos empuñaron firmemente los limones y todos esperaban a que fuese lanzado el primero. Entonces, mientras se oían murmullos y frases de advertencia a lo largo de las dos filas enfrentadas, alguien gritó repentinamente:

—¡Eh, mirad!

Se volvieron unas pocas cabezas. Luego se oyeron murmullos de estupefacción, y los de la fila que permanecía de espaldas a la casa, se volvieron para averiguar por qué todos los de la fila de enfrente estaban señalando y mirando tan fijamente.

Los murmullos se extinguieron, porque enmarcada en el dintel de la puerta estaba la figura de una persona. No era lo bastante alta para tomársele por uno de los maestros o de los servidores de la escuela. Era un muchacho de estatura mediana y aparecía envuelto de vendajes como si hubiera sufrido el más terrible accidente.

La batalla inminente quedó olvidada. Luego, la figura vendada se dirigió al césped. Siguió un silencio absoluto y desconcertante hasta que se sentó entre las dos filas de muchachos. Entonces, levantando una mano, anunció con una voz de todos conocida:

“Que empiece la batalla”. ¡Era el Viejo Toalla de Baño! Así lo atestiguaron una veintena de voces. Según había prometido a sus camaradas, mantuvo en silencio a más de un centenar de muchachos durante más de un minuto. Un torrente de carcajadas rompió la tensión y los limones cruzaron silbando al dar comienzo la batalla, mientras que el Viejo Toalla de Baño, protegido por sus innumerables vendas, se dirigió con paso majestuoso hacia el bando de los de la ciudad antes de arrojar su limón, uniéndose luego a la rebatida general de los limones lanzados por el otro bando.

Otra conversación mantenida también en la Sala Común tuvo como consecuencia el que B-P realizara un experimento que sobresaltó a uno de los maestros, convirtiendo a aquel bizarro muchacho en materia de discusión entre los maestros de Charterhouse.

B-P estaba ocupado dibujando cuando otro muchacho le preguntó:

—¿Por qué andas siempre enredando con un lápiz en la mano izquierda? Eres un tipo curioso. Deberías ser zurdo o diestro. No eres ni una cosa ni otra.

—Es ambidextro —le contradijo otro muchacho—. Sigue, Toalla de Baño; demuéstrole cómo puedes hacerlo. Mi padre tiene en casa algunos cuadros de una diosa India llamada Shiva o Shriva, que tiene seis brazos. Apuesto a que podría hacer un montón de cosas si pudiera dibujar con todas las manos a la vez.

—Sí, ¿pero por qué lo haces tú? —preguntó el primer interlocutor, mientras B-P se cambiaba el lápiz de la mano derecha a la izquierda y seguía dibujando con la misma soltura—. No veo su utilidad.

—Imagínate que quiero dibujar mientras me como una naranja —explicó B-P haciendo un guiño—. Des-

de luego, cualquiera puede hacer eso, pero si me canso de tener la naranja en mi mano izquierda, la cambio de mano sencillamente... Con lo cual puedo seguir dibujando y comiendo la naranja al mismo tiempo.

—Bueno, eso es una sandez. Yo creo, sencillamente, que eso es puro exhibicionismo.

—No, no lo es —aseguró B-P—. Imagínate que sufriese un accidente a consecuencia del cual ya no pudiera seguir empleando mi mano derecha. Pues bien, me podría valer usando la mano izquierda.

—¡Oh, vamos! Si deseas presentar las cosas de ese modo —se mofó el primer interlocutor— podías también decir que todos debiéramos aprender a emplear los pies para dibujar. Si tuvieses un accidente, podrías muy bien perder ambas manos... ¿Qué harías entonces?

—Aprendería a dibujar con los pies.

—¡Hum! Sí, me atrevo a decir que podrías hacerlo —concedió el otro, añadiendo luego con una mueca repentina—: Pero me gustaría verte tocando un silbato. Apuesto a que no serías capaz ni aun de llevártelo a la boca: Y doblándose para comprobar hasta qué punto podía acercar los pies a su boca, el que así hablaba rodó al suelo desde la silla en que estaba sentado, provocando la hilaridad de los circunstantes.

—Bien, eso me ahorra a mí el intentarlo —dijo B-P riendo entre dientes—. De todos modos, si perdiese mis dos manos ni siquiera me tomaría la molestia de intentar tocar un silbato. En lugar de eso, me dedicaría al piano.

Aquella nueva idea produjo un silencio momentáneo, hasta que uno de los muchachos, que era pianista, sacudió la cabeza y riéndose burlonamente dijo:

—Ni siquiera una octava podrías abarcar con los dedos de los pies. En realidad, no creo que nadie pudiese... excepto, quizás, un mono.

Todas las miradas se volvieron hacia B-P que, dirigiéndose hacia la puerta, dijo elevando la voz:

—Bien, al hombre se le considera superior al mono; por consiguiente, si tú crees que los monos podrían tocar un piano con los pies... ¿Quién sabe? A lo mejor yo también podría hacerlo.

* * *

Era aproximadamente una semana antes de que fuese descubierto el secreto de B-P. Estaba haciendo un período de tiempo delicioso y los jardines de la escuela resplandecían bañados por el sol. Todos los muchachos que gozaban de buena salud estaban fuera en los campos de recreo, por lo que un maestro que pasaba cerca de la Sala de Música quedó muy sorprendido al oír el piano.

Deteniéndose en el pasillo, el maestro se puso a escuchar, con el ceño fruncido. Nunca había oído a nadie tocar el piano de aquel modo. La melodía era ejecutada correctamente, mas con tal lentitud que producía la sensación de que el pianista tenía que mirar a cada tecla antes de pulsarla.

Como el invisible músico terminó una correcta ejecución de "Dios Salve a la Reina", y después inició un aire sencillo de himno, la curiosidad se apoderó del maestro y abrió la puerta de la Sala de Música.

La escena que se presentó a su atónita mirada era la más extraña que jamás presenciara, y eso que habían tenido lugar algunas escenas extrañas en Charterhouse

de vez en cuando, ya que habían pasado muchos muchachos extraordinarios por la escuela.

Sentado en un banco de apariencia bamboleante, colocado en equilibrio sobre otro banco, estaba un muchacho. Tenía las manos apoyadas en las caderas para ayudarse a mantener el equilibrio. Sus botas y medias estaban sobre el banco, mientras sus pies descalzos se movían lentamente recorriendo el teclado del piano. No tenía nada de extraño que tocara despacio, lo que sí era sorprendente era el hecho de que pulsase tan pocas notas equivocadas.

Temeroso de que si le llamaba la atención, el muchacho pudiera echarse hacia atrás y caer, el maestro permaneció quieto durante un largo minuto, luego entró en la habitación despacio. Con la vista puesta en el teclado del piano, B-P estaba tan absorto en la práctica a que se dedicaba, que no vio al intruso hasta que el ruido de una tosecilla le hizo levantar la vista.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué es lo que cree usted que está haciendo? —Y el maestro fue a la parte delantera del piano para averiguar si las teclas habían sufrido algún daño—. Baje de ahí inmediatamente y póngase las medias y las botas.

—Sí, señor —contestó B-P, recogiendo serenamente sus medias y empezando a ponérselas, ambas manos trabajando independientemente, pero con idéntica habilidad—. Estoy tocando el piano con los dedos de los pies, señor.

—Eso ya lo veo, por supuesto, ¿pero qué significa eso? ¿No está usted satisfecho de tocar con las manos?

—No, señor. —Y como el maestro parpadeara de asombro, B-P se apresuró a añadir—: Verá usted, se-

ñor, suponga que yo sufriera un accidente... la gente suele sufrir accidentes.

—Sí, desde luego que los sufre —fue la áspera respuesta—. Y si no tiene usted más cuidado, es seguro que sufrirá un accidente. Perderá el equilibrio y vendrá a parar en el suelo con los bancos encima.

—No, señor; uní los dos bancos atándolos. B-P recogió sus botas y se las puso las dos a la vez con una celeridad que hizo parpadear al maestro. Más tarde, encerrado en su habitación, el mismo maestro trató de ponerse las dos botas al mismo tiempo, y se encontró con que era demasiado desmañado para conseguirlo.

No hubo más preguntas hasta que B-P se hubo colado de pie en el suelo y desató rápidamente los dos bancos unidos. Una vez hecho eso, dijo el maestro:

—Powell, estaba usted practicando el tocar el piano con los pies... en previsión de que sufra un accidente. Me temo que no le entiendo bien.

—No es que espere sufrir un accidente y quedar privado del uso de ambas manos, señor —dijo B-P con vehemencia—, pero si me sucediera semejante cosa, entonces me sería de utilidad. Cuando tenemos amigos invitados en casa, tocamos el piano para distraerlos. Así pues, si puedo tocar con los pies lo mismo que con las manos, estoy preparado para cualquier eventualidad, ¿no le parece?

—¡Hum! Sí, pero creo que le sería más provechoso estar jugando al fútbol o los "rackets". Este tiempo veraniego no durará mucho. Debe usted aprovechar estos días para estar al aire libre todo lo que pueda.

—Sí, señor.

Más tarde aquel mismo día, en la Sala de Profesores, la manera de tocar el piano por parte de B-P fue materia de una ligera discusión.

—No sé qué nueva treta se sacará de la manga el muchacho —dijo el maestro que había descubierto el experimento de B-P—. A veces creo volverme bizco cuando le veo dibujar, trazando el contorno con el lápiz, de una mano, mientras que con el de la otra mano va sombreando el dibujo.

Mr. Girdlestone, a cuya clase había pasado B-P recientemente, aprobó con un movimiento de cabeza al tiempo que sonreía.

—Ya saben ustedes que su nivel era muy bajo cuando vino aquí... verdaderamente bajo; y aunque yo sería el último en calificarle de listo, como quiera que sea, consigue salir adelante airoosamente. Da la impresión de que le gusta realizar sus deberes. Sin embargo, está muy lejos de ser el tipo corriente de alumno estudioso. Ya está en cuarto curso, como ustedes saben.

—No hay duda de que el muchacho se sale de lo corriente, en eso estoy de acuerdo —dijo otro de los maestros—. No es frecuente dar con un sujeto que reúna en sí las condiciones que se encuentran en "Toalla de Baño". ¡Oh, ya sé que no debemos prestar oídos a los apodos, mas todos sabemos cómo le llaman. Como iba diciendo... una mezcla de bazarra, afición a la diversión y al mismo tiempo la habilidad para progresar regularmente en la escuela. Encuentro en él una personalidad atractiva... muy atractiva.

Uno de los otros maestros, que estaba sacudiendo su pipa golpeándola contra la palma de la mano, fue repentinamente acometido de un golpe de risa. Respondiendo a las miradas interrogantes de los demás, dijo:

—Eso me ha hecho recordar algo. Ya saben ustedes que Jack, aquí presente, ha convencido recientemente a una señorita muy encantadora para que se convierta en su esposa. El asunto se ha mantenido muy callado, y se suponía que sólo unos pocos privilegiados estaban enterados.

El maestro aludido se mordió el labio inferior, empezando a sonrojarse. Era un hombre tímido que, cuando los muchachos trataban de acercársele, tenía la costumbre de sacudírseles de encima con la frase: “¿No ven que estoy ocupado?”.

—Por casualidad me hallaba yo cerca cuando el joven Toalla de Baño se le acercó. Había un grupo de los alumnos más jóvenes parados allí muy cerca. Oí que el perillán decía: “Dispéñeme, señor, ¿puedo...?”, a lo que Jack le interrumpió con su consabido: “¿No ve usted que estoy ocupado?”¹. El maestro esbozó una sonrisa y prosiguió: Bien, indudablemente eso era lo que el joven Toalla de Baño esperaba, puesto que con expresión sobresaltada en su rostro levantó la vista y dijo: “¡O... o... oh, señor!”. Y saltaba a la vista que él y el resto de la pequeña banda habían planeado todo el asunto, para hacer saber así a Jack que estaban enterados de la boda en perspectiva. ¡Pobre Jack...!

—¡Oh, sí, ya lo sé! —dijo el desolado Jack apresuradamente—. Supongo que se me puso el rostro tan colorado como una puesta de sol. Podía haberle corrido a puntapiés por todo el pasillo. Sólo que, claro está, bien mirado, yo no tenía ningún motivo razonable

¹ El gracioso equívoco consiste en la interpretación dada a la palabra “ocupado”. Para ello, el autor emplea el vocablo inglés “engaged”, que también significa “estar comprometido para casarse”.

para tocarle. Fue la entonación que dio a su voz, tergiversando deliberadamente el sentido de mis palabras.

Hubo un murmullo de risas reprimidas en la Sala de Profesores, mientras se vestían apropiadamente para la última fase del trabajo del día.

Fue Mr. Girdlestone quien, sin sospecharlo, emitió una observación profética.

—Yo no sé lo que está destinado a ser ese muchacho —admitió—. Es un buen pianista, toca el violín muy bien...

—No se olvide usted de la armónica, Girdlestone —le interrumpió uno de los maestros.

—Perfectamente, la armónica también —dijo Girdlestone sonriendo—. Tiene cierto talento para el drama y posee todas las características de ser un jefe nato. Si su familia tuviese dinero, no me cabe la menor duda de que llegaría a ser un príncipe del comercio.

—Pero, habida cuenta de que no tiene dinero, Girdlestone, ¿qué me dice?

—No quisiera profetizar, lo único que digo es que cualquier cosa que emprenda, él la convertirá en un éxito.

Traslado a Godalming

No olvidéis, amigos, que podía haber estado lloviendo cuando nos hemos mudado aquí —dijo B-P, dirigiéndose al pequeño grupo malhumorado reunido en la estancia que iba a ser su nuevo dormitorio, ahora que Charterhouse había dejado Londres para trasladarse a la pequeña ciudad mercantil de Godalming—. Pensad en cómo nos habríamos sentido si hubiésemos llegado aquí calados hasta los huesos.

—Supongo que podría ser peor —concedió Bertie Pollock, pero añadió: Aun así, no parece que sea muy agradable, ¿no te parece? Mira las camas.

—Sí, debían haberlo acondicionado como es debido —dijo otro muchacho acaloradamente, mezclándose en la conversación—. ¿Quién deseaba dejar Londres de ninguna manera? Y ahora, fíjense a lo que hemos venido a parar. Seis camas, y somos dieciocho. ¿Dónde vamos a dormir?

La espaciosa habitación, oliendo aún a pintura, mas resplandeciendo agradablemente debido al sol que se filtraba a raudales por las ventanas todavía sin cortinas, aparecía muy grande y muy desnuda.

Aunque Londres sólo distaba unos cincuenta y cinco kilómetros, la tarea de trasladar una escuela de ciento

veinte muchachos con toda su impedimenta y enseres, prepararlo todo y acomodarlos en el nuevo local, no podía ser realizada sin algunos tropiezos y dificultades. Algunas de las camas y ropas habían llegado, otras no. Algunas de las maletas de los muchachos habían sido ya traídas, otras estaban aún en la estación de ferrocarril de Godalming, o ni siquiera habían llegado allí. En 1872, el ferrocarril era lento y distaba mucho de ser un medio de transporte cómodo; de forma que, incluso un viaje relativamente corto de unos cincuenta y cinco kilómetros, en un caluroso día del mes de junio, podía resultar una dura prueba.

El grupo del cual B-P formaba parte había sido conducido a la estancia que iba a ser su dormitorio y dejado allí. Los trabajadores se movían de un lado a otro, transportando maletas y piezas del mobiliario. Lo que, según los planes del Dr. Haig Brown, debía haber sido una suave transición, se tornó en un declarado fiasco, y parecía fuera de toda duda que transcurrirían varios días antes de que los escolares pudieran incluso empezar a instalarse.

Una comida de circunstancias no contribuyó tampoco a mejorar la disposición de ánimo de los descontentos a los que, desde un principio, no les había gustado la idea de dejar Londres. El Dr. Haig Brown había recomendado a todos que fueran pacientes y trataran de tomar el asunto por el lado divertido, pero hubo refunfuños mientras los muchachos que tenían que dormir en la misma habitación que B-P iban subiendo lentamente la escalera.

—Escuchad —dijo B-P—. Podemos hacer una de estas dos cosas: Podemos sortear las camas, o podríamos compartirlas.

—¡Compartirlas! —exclamó alguien con disgusto—. ¿Cómo vamos a compartir seis camas los dieciocho que somos?

—Podríamos probar juntando dos camas y acostándonos de través —sugirió B-P haciendo una mueca—. O podríamos colocar las seis camas juntas y ver cuántos cabíamos en ellas de ese modo. A ver, Parrish, tú que estás fuerte en matemáticas. Las camas tienen una anchura de tres pies. Si juntamos seis camas, ¿de cuánto espacio disponemos cada uno?

—Conque gracioso, ¿eh? —dijo Parrish con tono desabrido—. Incluso tú deberías ser capaz de dividir dieciocho entre dieciocho y hallar el resultado correcto.

—Podíamos hacernos a la idea de que estamos en un campamento —sugirió B-P—. No hará frío, así que podríamos tomar cada uno una manta y acostarnos en el suelo.

—¡Cómo! —surgió un coro de exclamaciones de desaliento ante la perspectiva de la sugerencia, aun cuando las habitaciones de la nueva Charterhouse habían sido todas fregadas de la manera más meticulosa, antes de haberse mudado la escuela.

Estaban todos todavía indecisos sobre la actitud a adoptar cuando el propio Dr. Haig Brown entró en el dormitorio. Percibió inmediatamente la hostilidad que flotaba en el ambiente y sospechó la razón. Muchos muchachos y pocas camas. Hizo como que contaba las camas.

—Seis camas y dieciocho muchachos, ¿eh? Va a ser un caso de “tres dentro de una no caben” —y su sonrisa consiguió verse correspondida por la sonrisa de solo media docena de rostros—. Siento mucho esto, pero parece ser que un vagón cargado con nuestras ca-

mas ha seguido, por error, hasta la próxima estación... o hasta la siguiente. Todos tenemos que arreglarnos con menos de lo que tenemos de ordinario; pero mañana la cosa mejorará. ¿Puedo esperar de ustedes que traten de arreglarse lo mejor posible con lo que tienen sólo por esta noche? Traten de imaginarse que son soldados ocupando un trozo de territorio enemigo. Los soldados deben sacar el máximo provecho de lo que encuentran a mano. ¿Puedo confiar en que harán ustedes lo mismo? Con ello me harían un gran favor.

—Sí, señor —respondió B-P, y su mueca de buen humor ayudó al desolado Dr. Brown a continuar con su tarea de pacificar a otros muchachos, mayores que éstos, que se enfrentaban con lo que prometía ser una incómoda noche.

Tan pronto como se hubo cerrado la puerta, dijo B-P:

—¡Hala, muchachos! Coloquemos las camas unidas a través de la habitación. La primera cama apoyada contra la pared, de manera que al que le toque acostarse en ese extremo no pueda caerse. Los demás podemos empujar contra él. Haremos de tal forma que dieciocho quepan en seis camas.

Sin embargo, cuando las seis camas estuvieron colocadas formando una sola y amplia cama con una anchura de dieciocho pies, los dieciocho muchachos sencillamente no consiguieron acomodarse en ese espacio, por más que se apretujaron. B-P y otros tres más quedaron de pie al lado de la cama.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de ellos.

B-P se frotó su enmarañado y rubio cabello, y dirigiéndose a una de las ventanas se asomó a ella mirando hacia abajo. Desde allí distinguió el patio con los

establos, lo que le dio una idea. Donde había establos, había paja generalmente.

Llevando con él a sus tres remisos compañeros, se deslizó a la planta baja desde donde salió al patio. Sobre el empedrado suelo había múltiples señales de que se había estado efectuando una mudanza, evidenciadas por las briznas de paja extendidas por todas partes, procedentes de los cajones que habían contenido vajilla y utensilios de cocina.

Echaron una mirada a los establos, en los que no había habido caballos desde hacía varios meses. Sin embargo, en uno de los cobertizos había una capa de paja de casi un pie de espesor. Allí había tenido lugar el desembalaje de los cajones.

Llevando un gran brazado de paja cada uno, los cuatro regresaron a su dormitorio, y catorce muchachos no muy cómodamente instalados en la gran cama, volvieron la cabeza para mirar cuando se abrió la puerta y entró en la habitación lo que parecía ser una enorme masa de paja moviéndose sobre piernas que caminaban bamboleándose. La mitad de los catorce muchachos se sentaron en la cama, preguntándose qué podría ser aquello. Luego, uno de los que estaban situados en el centro de la cama arrojó de sí la manta que lo cubría y se descolgó al suelo.

—Si hay paja, prefiero dormir en el suelo —dijo—, no se puede dormir en la cama; hace demasiado calor. ¿De dónde podemos traer la paja?

En cuestión de solo unos segundos, su ejemplo fue seguido por otros varios. En la mente de todos los que estaban en la gran cama, había penetrado ya la idea de que una calurosa noche de junio no era el tiempo a propósito para pasárselo prensados como arenques.

—Esperad —les aconsejó B-P—. Hay más paja, pero hemos de cuidar de no echar el asunto a perder. Si armamos jaleo, alguien además de nosotros sentirá curiosidad por ver qué estamos haciendo, y entonces bajarán a compartir con nosotros los despojos de guerra. Vosotros permaneced aquí. Nosotros cuatro iremos a traernos el resto de la paja. Que todo el mundo se esté quieto y en silencio.

En cosa de veinte minutos, la apariencia del dormitorio había cambiado completamente. Las camas estaban ahora colocadas por parejas conteniendo tres presuntos durmientes acostados de través. Los otros nueve muchachos estaban arrebujados en cómodas posiciones sobre una capa de paja extendida sobre el suelo y cubierta por mantas.

A eso de las diez y media, unas pisadas por el corredor daban la impresión de que el Dr. Haig Brown, bastante cansado, efectuaba una última inspección personal para asegurarse de que sus ciento veinte muchachos estaban todos instalados tan cómodamente como lo permitían las circunstancias del momento.

—Ahí viene —cuchicheó alguien, y los que estaban sentados se echaron. Cuando se abrió la puerta suavemente, dieciocho pares de ojos aparecían como si estuviesen cerrados por el sueño.

Una cansada sonrisa se dibujó en el rostro del Dr. Haig Brown mientras tiraba suavemente de la puerta cerrándola de nuevo. Se había dado cuenta de la paja, y pensó que podía muy bien suponerse de quién había partido la idea.

—Les felicitaré por la mañana —pensó el Dr. Brown—. Aunque también he de insistir en que lo dejen todo bien limpio.

Cosa de un minuto después, susurros de “buenas noches” se oyeron en el dormitorio, y antes de que sonaran las once, a pesar de que las ventanas estaban abiertas de par en par, permitiendo que el aroma del heno recién cortado penetrara en la habitación, dieciocho muchachos dormían a pierna suelta.

Fueron despertados por el trinar de los pájaros al despuntar el alba, algo completamente nuevo para ellos, a lo que no estaban acostumbrados. Nunca hubo un coro matutino semejante en la Charterhouse de Londres.

—Ahora escuchad, muchachos —dijo B-P mientras los dieciocho empezaban a estirarse sus trajes bastante arrugados—. Tenemos que devolver esta paja al cobertizo antes de que nadie se levante y ande merodeando por ahí.

—¿Por qué?

—Porque podemos necesitarla de nuevo a la noche, y si la ve el enemigo, es decir, los compañeros de las otras habitaciones, puede muy bien tratar de apropiársela. Así pues, debemos ocultar nuestras huellas. B-P contempló a sus hombres, adoptando su rostro pecoso un aire de fingida severidad. Cuando entre aquí el “Viejo Bill”, esperará encontrarse con un grupo de malhumorados alumnos de Cuarto curso. Pero el caso es que todos hemos dormido bien y deseamos poder decir lo mismo mañana. ¡Andando! Empaquetad la paja en las mantas y, de esa manera, la llevaremos a su sitio.

Dirigió el traslado y empleó a la mitad de sus diecisiete hombres para barrer hasta la última brizna de paja. Luego, cuando la habitación estuvo bien limpia, hizo limpiar el pasillo y la escalera, su ojo escrutador

asegurándose de que no quedaba ni una sola mota de paja para revelar su secreto.

Ya se habían lavado cuando el Dr. Haig Brown, mostrando con sus ojeras señales evidentes de haber pasado una incómoda noche, entró en la estancia para averiguar qué tal lo habían pasado.

—Hemos dormido maravillosamente —le aseguró B-P.

—¿De manera que, por fin, han cabido “tres en uno”? —preguntó el gran hombre señalando las seis camas, que ahora se hallaban en los que habían de ser sus sitios adecuados, espaciadas a lo largo de una de las paredes—. Tres muchachos para cada cama, ¿eh, Powell?

—No, señor. Algunos de nosotros hemos dormido... como si estuviésemos en un campamento —y B-P señaló hacia el suelo. En aquel momento, el Dr. Haig Brown reveló un aspecto de su carácter por el que se había hecho querer por centenares de muchachos que habían pasado por Charterhouse. Había un guiño de complicidad en sus ojos cuando dijo:

—Después de haberos visitados anoche, algo me hizo recordar el hecho de que había una cierta cantidad de paja limpia en uno de los cobertizos, donde habían desembalado la vajilla y el menaje de cocina. Por supuesto, era ya demasiado tarde para poder hacer algo. —Al llegar a este punto, el guiño de sus ojos se hizo más pronunciado—. Sin embargo, es un punto que vale la pena recordar, en caso de que se vieran ustedes nuevamente en una situación tan incómoda, que en ciertas circunstancias los cobertizos y otras dependencias son lugares que vale la pena explorar. Seguramente ustedes pensarían en ello, pero con toda probabilidad desearían el asunto de sus mentes, porque conocían

las reglas que prohíben salir de los dormitorios después de las nueve.

Contempló las caras recién lavadas de los que le rodeaban y les sonrió; luego dio media vuelta y les dejó.

—¿Qué piensas de todo eso? —preguntó Pollock después de un profundo silencio—. ¿Crees que lo sabía?

—¿Cómo podía saberlo? —preguntó otro—. No había señales de paja por ninguna parte.

—Si el Viejo Bill hubiese pensado en la paja *antes que nosotros* —dijo B-P—, habría ordenado a la servidumbre que nos la distribuyese. Apostaría algo a que sabe que la hemos usado, pero no dirá nada sobre ello, porque sabe también que para traer la paja salimos de la escuela quebrantando las normas.

Todos estuvieron de acuerdo en que B-P tenía razón cuando, durante la lectura de la Sagrada Escritura aquella mañana, los versículos elegidos fueron del Antiguo Testamento, y versaban sobre cómo los israelitas cautivos en Egipto eran obligados a hacer adobes sin paja. Al menos para dieciocho muchachos en la nueva Charterhouse, la estimación sentida por el Viejo Bill alcanzó un grado más alto a partir de entonces.

La campanilla del jefe de estación

Los empleados de la estación de ferrocarril de Godalming dejaron escapar suspiros de alivio cuando, por fin, partió el tren de Londres. Había habido allí un alboroto de mil diablos durante dos horas, mientras los alumnos de Charterhouse eran embarcados en varios vagones del tren para marchar a sus casas a pasar las vacaciones de verano.

Con las ventanillas abiertas de par en par, los muchachos se asomaban al exterior gritando a los amigos de otros compartimientos, pues aquéllos eran los tiempos anteriores a los coches con pasillo y también anteriores a los trenes expresos. El tren en cuestión paraba en todas las estaciones entre Godalming y Londres.

En Guildford, pareció como si los muchachos de Charterhouse fueran a dejar el tren en masa, y a los treinta segundos de traquetear y rechinar los coches para la parada, el andén estaba lleno de un griterío ensordecedor. Muchos de los muchachos cruzaban de un andén a otro para tomar un enlace que les llevase a Farnham y para el Sur-Oeste.

El jefe de estación y sus mozos, haciendo gala de buen humor, hicieron regresar apresuradamente a los coches a cuantos muchachos les era posible, encon-

trándose entre éstos B-P y su hermano más pequeño, Baden Fletcher Powell.

Desde su compartimiento, los dos se asomaron, apoyados sobre la ventanilla, para contemplar la maniobra y, al fin, dijo B-P:

—Me estoy preguntando qué sucedería si el jefe de estación perdiera su campanilla. No podría dar la salida al tren.

—Desde luego que podría —dijo Baden—. Supongo que le silbaría al maquinista, o le enviaría recado con un mozo para partir.

—El maquinista no arrancaría simplemente porque alguien le silbara, amiguito —insistió B-P—. Pues si lo hiciera, cualquiera podía dar la salida a un tren sólo con silbar. ¡Mira! —Se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido penetrante que fue a perderse en el tumulto general.

Unos pocos muchachos se volvieron a mirar y una señora sufrió un pequeño sobresalto nervioso, pero el tren no dio señales de ponerse en marcha.

—¡Ahí tienes! No ha sucedido nada.

—¿Y por qué había de suceder? —preguntó Baden algo enfadado—. El jefe de estación tiene su campanilla.

—¡Hum! —Los ojos de B-P se perdieron en una mirada lejana, y una sonrisa se extendió lentamente por su cara. Luego, con una mueca picaresca, dijo: —Oye, ¿no sería una buena juerga si le quitásemos la campanilla? Seguro que no sabría qué hacer.

—¡Quitarle la campanilla! —Durante un momento Baden miró a su hermano mayor con cara de asombro, luego, también él empezó a sonreír—. Sí, sería una juerga. Pero, ¿cómo podríamos hacerlo? El no debe

enterarse, o se armaría la gorda. Yo no quiero meterme en un conflicto justamente al principio de las vacaciones.

B-P no dijo nada, pero se acarició el mentón pensativo. Luego, cuando el plan que había estado tramando en su fértil cerebro hubo madurado completamente, explicó a Baden lo que tenía que hacer exactamente.

Para entonces, el ruido ensordecedor producido por los muchachos y su equipaje empezaba a decrecer algo y no había tiempo que perder. B-P saltó del vagón al andén y se dirigió corriendo hacia el sudoroso jefe de estación, quien tenía su campanilla colocada bajo el brazo derecho. Terminaba de guardarse un libro del que había estado dando datos del paso de trenes a una señora que iba acompañada de su criada y dos perros.

—Señor —y B-P consiguió dar a su voz tal tono de horror que el jefe de estación se volvió a mirarle rápidamente—. ¿Qué sucederá si una caja ha caído del andén a la vía?

—¿Qué sucederá? ¡A ver! ¿Dónde está? —Y apartando con brusquedad a otra persona que le preguntaba con ansiedad datos sobre los trenes, el jefe de estación siguió presuroso a B-P, dirigiéndose hacia la cola del tren.

En ese momento, un pequeño grupo de muchachos estaba congregado alrededor de Baden, que se hallaba arrodillado en el borde del andén mirando fijamente a una caja de cartón caída entre los raíles. El jefe de estación tuvo que levantar literalmente a los muchachos para apartarlos de allí, a la vez que él mismo se ponía a mirar para ver qué sucedía. Cuando vio la caja, se quitó la campanilla de debajo del brazo y la depositó sobre el andén.

Aquel fue el momento que B-P esperaba. La reluciente campanilla de bronce, con su badajo inmóvil y callado, estaba junto al brazo izquierdo del jefe de estación.

Mientras este último contorsionaba su corpachón para, desde el borde del andén, alcanzar con una mano la caja de cartón que yacía en el fondo de la vía, B-P retiró suavemente la campanilla, cuidando de sujetar el badajo para que no produjese el más leve "toque" de alarma. Luego, escurriéndose fuera de la multitud que seguía engrosando el grupo, ocultó la campanilla bajo su chaqueta y marchó tranquilamente hacia su propio compartimiento del tren, donde ya Baden le estaba esperando.

—¿Se fijó mucho en ti? —le preguntó B-P, y su hermano menor le hizo un guiño mientras sacudía su cabeza negativamente.

—Yo estaba arrodillado mirando hacia abajo cuando el jefe de estación llegó allí, y además había otros varios muchachos a mi lado mirando también —le contestó Baden riendo entre dientes—. Tan pronto como él se arrodilló para mirar, yo me levanté y me largué de allí. Me estoy preguntando qué dirá cuando eche de menos su campanilla.

Se asomaron a la ventanilla del compartimiento, con la apariencia de dos espectadores poco interesados en lo que les rodeaba, que no deseaban unirse al creciente barullo que, para entonces, ocultaba completamente al jefe de estación.

Llegó el guarda de trenes, seguido por un mozo grueso que empezó a apartar a los muchachos hacia atrás. Un minuto después, el jefe de estación se incorporó con la caja en la mano. Era una caja de cartón igual a

otras muchas, pues los bocadillos para el viaje a casa habían sido colocados en tales cajas por el personal de la cocina de Charterhouse. En los trenes de 1870 no había coches restaurantes.

—Bueno, muchacho, no sé qué estarías haciendo para hacerla caer del andén —refunfuñó el jefe de estación, su cara roja por el esfuerzo realizado, cuando levantó la caja en alto y buscó con la mirada a su propietario. Luego, como nadie la reclamaba, dijo con tono enojado—: ¡Bien! ¿De quién es? ¿Dónde está el muchacho ese que la dejó caer?

Las cabezas se volvieron de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda. La multitud seguía aún engrosando a medida que más y más muchachos llegaban para enterarse de lo que sucedía. El mozo de estación y el guarda de trenes se unieron al jefe de estación en sus llamadas al propietario de la caja, y entonces alguien dejó escapar una risita burlona. Las risas se propagaron estallando en ruidosas carcajadas cuando el jefe de estación, abriendo la caja para ver si en el interior de la tapa había escrito algún nombre, descubrió que estaba completamente vacía.

Con un repentino gesto furioso la arrojó al suelo y a grandes zancadas atravesó la multitud, ordenando coléricamente al mozo: "¡Haga subir al tren a los mocosos; ya vamos retrasados!".

El andén fue despejado, las portezuelas fueron cerradas de golpe, y el jefe de estación empezó a buscar su campanilla. Hubiera querido ordenar un registro del tren, pues tenía la aguda sospecha de que le habían engañado como a un chino, pero la máquina que esperaba empezó repentinamente a escupir vapor por su válvula de escape. Ello era una señal recordando que

ya se había gastado demasiado tiempo en la estación de Guildford.

Miró de soslayo al guarda, que tenía preparado su banderín verde, y masculló algo entre dientes. El hombre esperaba a que tocase la campanilla del jefe de estación, avisándole de "todo listo", ¡y no había campanilla!

En un arranque desesperado, el jefe de estación se llevó dos dedos a la boca, tal como B-P había hecho con anterioridad, y lanzó dos agudos silbidos; mas como el guarda todavía permaneciese dudando, le gritó:

—Vamos, guarda, dé la salida. He perdido mi campanilla.

Ondeó el banderín verde, se oyó el fuerte chuff-chuff de la locomotora al arrancar, estallaron ruidosos aplausos en los compartimentos de los coches y el tren de Londres se puso en marcha de nuevo. En su compartimiento, con la campanilla escondida detrás de la maleta de B-P, los dos muchachos permanecieron prudentemente sentados hasta que el tren hubo dejado atrás la estación. B-P no se olvidó de la circunstancia de que tenía el cabello rojo, un color no muy corriente entre los muchachos de Charterhouse.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Baden cuando, una vez más, viajaban atravesando el campo—. ¿Se la enseñarás a madre? —y apareció una maliciosa sonrisa en su cara mientras hacía la pregunta.

Desapareció la sonrisa divertida del rostro de B-P. Estaban enseñados a ser corteses y bien educados. Tenía un vago sentimiento de que quizás su madre no aprobaría la jugarreta hecha a un afanoso y atareado jefe de estación.

Contemplaron la campanilla. Grabada en el metal, aparecía la inscripción "Estación de Guildford", con las iniciales indicadoras de la compañía de ferrocarriles. Si fuera encontrada allí, no ofrecería la menor duda el saber a quién pertenecía.

—Pues... la dejaremos en terreno de la compañía —dijo B-P recobrando su sonrisa—. En cierta ocasión, leí en algún sitio que, para prevenir accidentes, la vía férrea es examinada a intervalos frecuentes por los guardavías.

Cuando el tren aminoró la marcha, mientras el maquinista pitaba avisando para que la señal de peligro que se divisaba en la distancia fuera cambiada por la de vía libre, B-P, valiéndose de un trozo de cuerda, hizo descender la campanilla a la franja recubierta de grava situada entre vías, y tuvo la satisfacción de ver que su trofeo quedaba colocado de pie en el lugar deseado.

La campanilla permaneció allí durante varias semanas, y cuando por fin fue hallada y devuelta a la oficina del jefe de estación de Guildford, ocasionó la tramitación de algún papeleo por el iracundo jefe. Para el personal empleado de la estación, la desaparición de la campanilla fue un misterio; pero el jefe no era ningún tonto. Tenía una clara idea de que el muchacho que le había ido con el cuento de una caja en la vía era el culpable, y a partir de entonces mantuvo una estrecha vigilancia durante largo tiempo sobre los muchachos de Charterhouse. En cuanto a B-P, nunca se apeaba del tren en Guildford, ni cuando iba para la escuela, ni cuando marchaba a casa de vacaciones. Intuía que cualquier muchacho cuyo pelo fuera rojo despertaría desagradables recuerdos a alguien que tenía autoridad en dicha estación.

Un marinero bisoño se embarca

—Ya está bien, pequeño; menos estar ahí parado mirando embobado, o no partiremos nunca. Si has de tener un sitio en el yate, tendrás que trabajar para ganártelo.

—Sí, Warington, lo siento. —Y B-P apartó de mala gana su mirada de las aguas del Solent. Los hermanos habían estado ahorrando y rebañando cuanto podían durante mucho tiempo para adquirir su yate de cinco toneladas, y aunque ya habían navegado con él algunas veces antes, era la primera ocasión en que B-P había sido considerado con edad suficiente para probar sus pies marinos.

Hubo vigorosas protestas por parte del hermano menor de B-P, Baden, que consideraba que también a él le debía ser permitido ir en el yate. Warington, que era el capitán y el único que realmente poseía conocimientos del arte de navegar, se negó firmemente a llevar con él a otro "marinero bisoño" más. Su teoría era que un aprendiz a bordo era el máximo que él y sus otros hermanos podían soportar.

B-P permaneció mirando embelesado cuando la bonita y pequeña embarcación se alejó de lado internándose en el tráfico general de la navegación. Le fasci-

naba el ambiente marítimo en su conjunto. La era del vapor no había llegado a extenderse realmente todavía, y aún los más modernos acorazados de la Marina de Guerra de Su Majestad llevaban todavía altos mastiles y penoles, si bien empezaban a depender cada vez más de sus ruidosos motores y de las hélices, que estaban empezando a reemplazar a las ruedas de paletas.

Un remolcador holandés, expeliendo enormes nubes de humo negro por su alta y estrecha chimenea, medio ocultó al pequeño yate de cinco toneladas, y una lluvia de hollín ensució las planchas color crema de su cubierta. Warington rezongó disgustado, mas poca cosa podía hacer para evitarlo, toda vez que por entonces se hallaban fuera de la influencia de la brisa que soplabla en alta mar, por lo que debían aprovechar las ventolinas, más suaves, para mantener su ruta.

Hasta que tuvieron Cowes a babor, no empezaron a recibir una buena brisa para navegar, y entonces la pequeña embarcación enderezó su rumbo y empezó a deslizarse veloz cortando las olas.

B-P contempló a sus tres hermanos, Warington, George y Frank, con envidia y admiración. Parecían saber con toda exactitud lo que tenían que hacer, y lo hacían sin necesidad de una sola palabra de mando. El sol brillaba, el aire salino era pesado, y durante tres cuartos de hora el miembro de la familia Baden-Powell que había sido el último en embarcarse, no se habría cambiado por un emperador.

Cuando navegaban teniendo Hurst Castle a estribor, con Sconce Point a babor, sobrevino un cambio brusco en el mar. El aspecto de las aguas era distinto. La embarcación empezó a elevarse y descender bailando sobre las olas de bastante altura, que al ser hendidas

enviaban penachos de siseante espuma a ambos lados y a gran altura. A veces las punzantes ráfagas espumosas alcanzaban hasta el lugar donde se hallaba B-P.

El joven no se sentía ya tan feliz. Anteriormente, se había sentido con bastante hambre; ahora experimentaba una extraña sensación de náuseas y había perdido completamente el apetito. Tampoco estaba tan atento como de costumbre, por lo que la borrasca que se aproximaba y que provocó en sus tres hermanos mayores una repentina e intensa actividad, le pasó desapercibida hasta que les pilló de lleno.

Durante algunos minutos siguientes al momento de haber sido cogidos por la borrasca, B-P quedó pálido y sobrecogido por la impresión recibida. El yate se comportaba como animal enloquecido. Había emprendido una veloz carrera, aun cuando Warington y sus dos ayudantes habían amainado el velamen en todo lo posible antes de la borrasca.

Agarrado desesperadamente al mástil, B-P estaba pálido y aterrorizado. El agua, que unos pocos minutos antes aparecía azul, mostraba ahora un color verde oscuro ominoso. Inmensas olas se perseguían veloces unas a otras, algunas de las cuales iban coronadas de blanca espuma burbujeante. El agua barría la cubierta y toda la embarcación se estremecía de vez en cuando al ser sacudidas sus velas por las rachas de viento, siendo zarandeada de un lado para otro, juguete de las olas.

Warington, dirigiendo una rápida mirada al "pequeño", se apercibió de que B-P estaba asustado. Era aquel el momento en que un muchacho podía empezar a temer al mar, y una persona no se libra fácilmente del miedo al mar.

—¡Eh tú, memo! —gritó, y su voz era profunda y penetrante—. Sujeta ese bichero antes de que se vaya por la borda.

Los miembros de la familia Baden-Powell no disponían nunca del dinero suficiente para poderse permitir el lujo de perder algo sin deplorarlo dolorosamente. La sola idea de perder el bichero, comunicó a B-P energías para entrar en acción. Olvidándose de su creciente miedo, se arrojó al suelo con la rapidez del relámpago, consiguiendo agarrar el bichero en el último momento, cuando ya estaba a punto de caer al mar saliendo despedido sobre la borda por el agua que barría la cubierta.

El agua fría se arremolinó sobre B-P, pues el yate se inclinaba peligrosamente batido por la furia del vendaval, intenso aunque de corta duración. B-P escupió una bocanada de agua salobre, luego retrocedió dificultosamente, agarrando el bichero tan frenéticamente como un náufrago se aferraría a su posible salvador.

Una vez vuelto al mástil, se enderezó de nuevo y se apoyó firmemente, para mantenerse en equilibrio, en el bichero que acababa de rescatar.

—¡Buen trabajo, pequeño! —gritó Warington, y George, a pesar del hecho de haberse partido dos uñas en la lona mojada y rígida, también se volvió hacia él dirigiéndole un signo de aprobación con un rápido movimiento de la mano.

En aquel momento, la razón triunfó sobre la materia. Los temores de B-P se desvanecieron y, en cierto modo, desapareció la sensación de náusea de su estómago.

Se irguió cuadrando sus hombros y sonrió, aunque todavía permanecía adherido al mástil como una lapa

y la espuma siguió barriendo la cubierta a intervalos durante los diez minutos siguientes.

Haber ganado una alabanza de Warington y hasta un gesto aprobatorio de George, ya era algo.

A la caída de la tarde, habiéndoles sido imposible remontar el Solent navegando, anclaron en un lugar resguardado, y mientras los tres miembros más viejos de la tripulación revisaban los aparejos para comprobar su estado, B-P preparó la comida.

No habían esperado tener que permanecer embarcados y, por consiguiente, había pocos alimentos a bordo. B-P fue encargado de hacer una buena y espesa sopa, cosa que él no había hecho hasta entonces. Había una botella de extracto de carne, harina, agua, sal, pimienta y, según la apreciación de B-P, poco más que pudiera servir para el caso.

—Veamos, supongo que si lo pongo todo junto en una cacerola y lo pongo a hervir, obtendré una sopa —se dijo B-P, y habiendo tomado su decisión, echó agua en la cacerola hasta cubrir sus tres cuartas partes, luego echó el extracto de carne, le añadió un buen puñado de harina y le puso sal y pimienta. Sabía por experiencia que la sal era cosa esencial, y recordando la cantidad que solía echar cuando cocía patatas, saló la sopa con mano generosa. En cuanto a la pimienta, no tenía la más ligera idea de la cantidad que debía ponerle, pero decidió hacer la sopa buena y espesa, por lo que una abundante dosis de pimienta fue a unirse a la mezcla.

El hornillo de petróleo ardía con llama viva, y B-P removi6 el potingue con una cuchara de madera. Era una ardua tarea desleir los grumos formados por la harina. Parecían decididos obstinadamente a continuar

bajo la forma de pequeñas bolas de color tostado que se endurecían rápidamente.

—Confío en que se desharán cuando hierva el agua. —Y con ese confortante pensamiento B-P se dedicó a atender a sus ropas caladas, de las que se había despojado una hora antes.

Retorció las prendas quitándoles el agua todo lo posible, estiró las arrugas de los pantalones y los colgó junto al hornillo. Allí les llegaría algo de calor y hasta pudiera ser que estuviesen secos para la mañana siguiente.

El cumplido puñado de harina que había echado en la cacerola se posó en el fondo de la misma. Mientras B-P trajinaba limpiando el camarote y silbando alegremente, el fuego calentó el fondo de la cacerola en tanto que la harina mojada podría haber sido fácilmente inducida a cumplir con su misión de espesar la sopa, sólo con que B-P hubiera pensado en usar la cuchara de madera.

Su alegre silbido prosiguió en el estrecho camarote alumbrado con la mortecina luz de un farol, mientras el líquido de la cacerola empezó a burbujear al romper los primeros hervores. B-P apenas si notó el olor, debido a que él estaba allí desde el momento mismo que empezó a esparcirse por el aire.

No era el aroma que procede de los mejores platos que se condimentan en las cocinas y que al percibirlo nos hace la boca agua. Había una ominosa acritud en aquel olor; era el olor de algo que se está quemando.

Pasado un rato, B-P se dio cuenta de que había allí un cierto olor que no era el propio de las prendas mojadas. Miró la sopa. Para entonces estaba hirviendo con alegres borbotones, y durante unos minutos estuvo tra-

tando de deshacer los tostados grumos de harina que surgían danzando a la superficie, se movían rodando lentamente por ella y luego se perdían de vista sumergiéndose de nuevo.

Tuvo los primeros presentimientos del desastre cuando decidió remover la mezcla posada en el fondo de la cacerola. La cuchara se quedó pegada allí de la misma manera que un palito se queda pegado cuando se mete, por primera vez, en una lata de pintura que ha permanecido en reposo tanto tiempo que el colorante se ha posado todo en el fondo.

Incluso la acostumbrada expresión optimista y alegre de B-P se eclipsó un poco cuando sacó la cuchara de la sopa. Pegado a la misma había una porción de comistrajo ennegrecido y de horrible apariencia. En cierto modo, aquello le trajo a la memoria la cola de carpintero en el momento de empezar a derretirse.

Terminaba de meter la cuchara de nuevo en aquella masa, cuando oyó a Warington llamar a George y a Frank para "el rancho".

Un momento después, los tres hermanos se hallaban en el camarote, torciendo el gesto cuando percibieron el horrible olor a "algo quemado".

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Warington señalando la hirviente cacerola.

Sonriendo para ocultar su aprensión, B-P respondió que era sopa.

—Pensé que como no era mucho más lo que teníamos para comer, sería mejor hacer aproximadamente medio litro de sopa para cada uno, y hacerla espesa... y sustanciosa —añadió, temblándole un poco la voz.

Warington tomó la cuchara de madera en silencio. Arrugó aún más la nariz cuando vio el trozo de en-

grudo quemado, parecido a la cola, que salió pegado a la cuchara. Entregándosela a B-P, cogió una cuchara sopera y probó con gravedad lo que estaba destinado a ser la cena de los cuatro.

—¿Y eso es sopa, pequeño? —dijo ceñudo, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Bien, si te sucede como a nosotros, debes de tener mucha hambre. Así pues, como una lección que espero no olvidarás, ya puedes sentarse y comerte esa bazofia tú solito.

B-P miró a George y a Frank.

—Pero es que he hecho sopa para cuatro —dijo al fin con sonrisa desmayada—. ¿No queréis vosotros? Los tres denegaron moviendo la cabeza. Warington se volvió hacia Frank y George diciendo:

—Id a tierra y traer lago para cenar. Yo me quedaré aquí para ver cómo nuestro cocinero aprende su lección. Vamos, coge esa cuchara. Sírrete una escudilla llena hasta arriba. En la Armada te la hubieran hecho pasar por el gaznate con un cucharón. Aquí somos más amables... puedes comer con la cuchara normal.

—Eso es demasiado fuerte para el muchacho —dijo Frank cuando él y George se acomodaron en el pequeño bote para dirigirse remando a tierra—. Supongo que lo hizo lo mejor que sabía.

—Bueno, Warington es el capitán —dijo George—. Y no se equivoca con frecuencia, ¿no te parece? Espero que eso le servirá de lección al pequeño Ste.

Aquella escudilla llena de horrenda bazofia quemada, a la que B-P había dado el nombre de sopa, fue una lección que nunca olvidó. Como mejor pudo, B-P se tragó hasta la última cucharada y, de un modo o de otro, consiguió retenerlo en el estómago sin arrojarlo.

* * *

Cuando estuvieron de vuelta en casa, B-P aprovechó la primera oportunidad para cambiar unas palabras con la cocinera. De la manera más casual posible y tratando de aparentar que era simple curiosidad, se metió en la cocina.

—Emma, si te pidiesen hacer una sopa, ¿cómo la harías?

—¿Si me pidiesen hacer una sopa, señorito Ste? —dijo Emma frunciendo el ceño—. Todos los días me mandan hacer sopa. Y la hago siempre de la misma manera. ¿Es que tiene usted alguna queja de la sopa?

B-P la contempló apreciativamente por un momento, luego le hizo un guiño.

—Júrame que me guardarás el secreto, Emma —dijo, y le contó toda la historia de su desventurada hazaña a bordo del yate con la cacerola de sopa.

—¿No había verduras para echarle? —preguntó Emma.

—Oh sí, pero ellos querían sopa —dijo B-P sorprendido.

—Quédese aquí y fíjese en cómo lo hago —dijo Emma—. Y durante la hora siguiente B-P siguió un curso de instrucción sobre la manera de hacer varias clases de sopa, de verdura y de carne. Tomó notas, y después decidió entrevistarse con el panadero al que compraban el pan y la repostería, para que le instruyese sobre la manera de hacer pan. No estaba dispuesto a tragarse más ofrendas quemadas, y la próxima vez que se embarcó lo hizo provisto de un cuaderno conteniendo instrucciones referentes no sólo a hacer sopa, sino también cómo cocer pan, incluso en el microscópico espacio del camarote de un pequeño yate.

El matorral

—No comprendo la razón de que no se nos permita entrar ahí, ¿la comprendes tú? —preguntó B-P la soleada tarde de un sábado—. Parece como si nadie hubiese entrado ahí desde que murió el último hombre de la Edad de Piedra.

Baden Fletcher miró a su hermano, y palmeándole en la espalda, dijo:

—El Matorral está fuera de los límites permitidos, y eres un loco si entras en él. Puedes estar seguro de que te pillarán. Siempre que he pasado por sus inmediaciones, he visto a uno o dos maestros que estaban dentro, o entrando allí. Yo creo que el Viejo Bill tiene establecido una especie de turno de centinelas con los maestros, justamente para asegurarse de que nadie de la escuela traspasa los límites fijados. Si entras ahí, estás sencillamente buscándote complicaciones.

B-P hizo una mueca a su hermano.

—Hasta luego —dijo, y saltando la verja desapareció deslizándose por entre la maleza.

Una vez dentro del terreno boscoso, B-P pareció transformarse inmediatamente. Su mente retrocedió a los días en que el lejano antepasado Smith le había inspirado tantas gestas aventureras. En este lugar, los

feroces pielesrojas estaban emboscados para caer sobre el primero que fuese lo bastante loco y osado para intentar atravesar su territorio, y B-P se movió con felina cautela.

Encontró un lugar admirable para sentarse, oculto por los arbustos a su espalda y por la frondosidad de los grandes helechos que tenía por delante. Se dio cuenta de que tan pronto penetró en el bosque, cesaron la mayoría de los ruidos del mismo.

—Me están observando —murmuró, y colocándose en una posición cómoda, decidió permanecer inmóvil y en absoluto silencio hasta que los naturales moradores del bosque empezasen de nuevo a dedicarse a sus cotidianas ocupaciones.

Hubo un sutil palpar de la vida de los insectos, y transcurrido un minuto, aproximadamente, un pájaro empezó a lanzar sus trinos. La aguda vista de B-P captó un leve movimiento entre la fronda de helechos, y mirando atentamente distinguió la forma de un conejo. Había surgido de una madriguera que le había pasado inadvertida hasta entonces y ahora permanecía agazapado allí, casi invisible en un medio ambiente con el que su cuerpo se confundía perfectamente.

Entonces se dejó oír el chillido sobresaltado de un mirlo y el citado pájaro, brillándole como el oro su pico amarillo al atravesar una franja iluminada por el sol, huyó volando y lanzando chillidos. B-P arrugó el ceño. Algo había sobresaltado al pájaro, pero, ¿qué era?

La respuesta la obtuvo al cabo de un minuto, pues con la suave brisa, llegó hasta él el aroma del humo de tabaco. Recordando la advertencia de su hermano de que los maestros iban allí no sólo a patrullar vigilando

el Matorral, sino también a gozar la delicia de fumarse tranquilamente una pipa, resistió a la tentación de dar una palmada a un insecto que se paseaba por su mejilla.

El cosquilleo en la mejilla se le hacía insoportable, mas el apagado murmullo de conversación le advirtió de que los maestros se aproximaban hacia donde él se encontraba. El más leve ruido atraería su atención, y por otra parte, él no se atrevía a intentar alejarse de allí.

Mientras estaba allí sentado, oyó el sonido de una cerilla al ser frotada contra el rascador de la caja, y se sorprendió de lo fuerte que sonó el chasquido del fósforo al inflamarse.

Los dos maestros reanudaron su paseo, y B-P percibía no sólo los ruidos que producían según caminaban por la hierba seca, sino también los agudos chasquidos producidos cuando alguno de ellos pisaba una ramita seca. Todos los demás sonidos del bosque habían cesado. No era solamente B-P el que estaba escondido, sino que lo estaban también todos los seres silvestres. El conejo que había salido de su madriguera se había escurrido otra vez al interior de la misma, y sin duda permanecía a la escucha mientras los ruidos de los intrusos se esfumaban lentamente alejándose.

Durante veinte minutos, B-P hubo de aguantar el reptar de los insectos sobre el rostro y cuello, ya que los vigilantes que patrullaban por el bosque no tenían prisa alguna en marcharse. El maestro que fumaba su pipa la sacudió por fin para limpiarla de los residuos de tabaco, y un momento después se incorporó B-P.

Su primer movimiento después de haberse frotado las mejillas y el cuello para aliviarse de la irritación pro-

ducida por tantas patas diminutas como habían paseado por su piel, fue dirigirse hacia el lugar donde estaba la ceniza sacudida de la pipa. Un tenue hilillo de humo empezaba a elevarse.

B-P lo estuvo contemplando y finalmente lo aplastó con el pie cuando algunas briznas de hierba amarilla, secas desde hacía largo tiempo, empezaron a humear. Fue una lección que nunca olvidó; no dejar nunca un fuego encendido, por pequeño que fuera, ni siquiera ascuas apagándose. Le quedaba poco tiempo para explorar ahora, pues tenía que regresar a la escuela para la merienda y para pasar lista, pero tomó buena nota fijándose en uno o dos árboles a los cuales le sería fácil trepar, y cuyas espesas ramas bajas podrían ofrecerle un buen escondrijo, caso de encontrarse otra vez en el Matorral cuando uno o más maestros vinieran a patrullar por él.

El sábado siguiente B-P fue de nuevo al Matorral. Fue temprano, y esta vez llevaba cuerda, cerillas y un pequeño jarro. Otra vez se hizo el silencio durante unos minutos después de haber entrado, y luego la vida en el Matorral se reanudó. Los conejos salieron de sus madrigueras, los pájaros empezaron a cantar y algunos de ellos descendieron al suelo en busca de lombrices junto a las raíces de los árboles.

Fue entonces cuando observó por primera vez que alrededor de la mayor parte de los árboles no crecía la hierba, y especialmente en el lado orientado al Norte había una verde capa de musgo. Se preguntó por qué existiría sólo en la parte del Norte, y tardó algún tiempo en darse cuenta de que ello era debido a que en ese lado nunca daba el sol.

—¡Hum! Eso sería útil si uno se perdiera y no tuviese brújula —pensó para sí—. Siempre sabría uno hacia qué lado estaba el Norte.

Después de contemplar a los conejos jugando durante un rato, hizo un cepo, colocando el nudo corredizo a tres o cuatro centímetros del suelo y dejándolo suspendido de un largo palo flexible que había cortado de un sauce. Este palo, clavado firmemente en tierra por uno de sus extremos, fue mantenido combado colocando en el otro extremo una rama equilibrada con delicada precisión, de forma que al más leve tirón del palo de sauce combado la rama caería permitiendo al sauce enderezarse recobrando su posición vertical.

B-P se pasó media hora observando en silencio. Transcurrido ese tiempo experimentó una gran emoción al ver aparecer a una comadreja. Parecía moverse torpemente como si fuera rodando, y su cuerpo tenía la apariencia de un cigarro puro, con la elasticidad de la goma. Durante un tiempo bastante largo el animal estuvo parado a la distancia de unos cuatro metros del vigilante muchacho, husmeando con su pequeña nariz negra como si en realidad estuviese pasando por un tamiz los muchos olores que transportaba el aire cálido y soleado.

Luego, como si hubiera tomado una determinación, se encaminó en línea recta hacia la entrada de una madriguera que estaba oculta a la vista de B-P por un matojo de hierba seca. La comadreja se detuvo allí un momento y en seguida desapareció en el interior. Tan pronto como se esfumó en el agujero, una ardilla que B-P había visto varias veces mientras permanecía sentado inmóvil, empezó a lanzar furiosos chillidos de protesta y descendió casi hasta el suelo como si estuviese

decidida a enterarse de lo que estaba haciendo la comadreja. Después, como si de repente se hubiera asustado, trepó por el tronco del árbol de nuevo con más rapidez casi de la que la vista podía seguir. Su colérico cotorreo parecía como una señal de peligro para todos los demás moradores del bosque, y un mirlo partió raudamente de un árbol lanzando sus aflautadas notas de alarma.

Un instante después, tres conejos salieron disparados de la madriguera frente a la cual había colocado su cepe B-P. Bajo tierra, el temido olor de la comadreja había llegado a la familia conejil, cuyos miembros salían huyendo al aire libre con toda la rapidez que sus patas les permitían.

El primero de los tres corrió veloz hacia el cepe. El palo combado y mantenido en dicha posición por la delicada precisión de la rama equilibrada sobre su extremo, fue liberado y según se ceñía el nudo corredizo al cuello del conejo, la estaca recobró su posición vertical. El lazo, ciñéndose ya cuando el conejo corría, acalló el aterrozierado chillido del animal. Un momento después B-P había cazado a lazo su primer conejo en el Materral.

La comadreja salió de la madriguera un momento después. Se relamía el hocico y le brillaban malignamente los ojos. A diferencia de la mayoría de los animales que viven de lo que cazan, la comadreja solamente prueba la sangre de su víctima, lo que parece que la llena con un ansia insaciable de seguir matando.

Se alejó de allí, pareciéndose más que nunca a un largo cigarro puro, y ya no se dejó ver más por aquella tarde. B-P desolló su conejo, lo limpió y luego encendió

un fuego de cazador muy pequeño en un punto bien oculto a cualquier mirada extraña. Estaba seguro de que ni aun el más curioso de los maestros iría allí, puesto que para ello tendría que abrirse camino a través de un trecho cubierto de altas ortigas por un lado, mientras que por el otro lado tendría necesidad de atravesar una tupida maraña de espinos y zarzales.

Arrodillado junto a su diminuto fuego, tan pequeño y tan candente que cuando se echaba en él una rama seca ardía sin que apenas despidiera la más leve señal de humo, B-P asó su conejo. Ya había asado conejos con anterioridad, pero siempre había sido uno de sus hermanos mayores quien había colocado el cepe para cazarlos. B-P consideró que se estaba haciendo mayor.

—La próxima vez que vayamos de excursión campestre pondré mis propios cepes. Se sonrió pensando en ello y en cómo podría demostrar a Warrington, George y Frank que él podía realmente cuidar de sí mismo.

Estaba probando una pierna del conejo cuando el centinela del bosque lanzó sus dulces notas de aviso. B-P pensó para sí que cuando el mirlo, que estaba incubando su segunda puesta de huevos, salía disparado del nido chillando tan desesperadamente, era señal de que había intrusos a la vista.

Sentado completamente inmóvil, B-P escuchó. Esta vez no había aroma de tabaco para decirle que los intrusos eran maestros de Charterhouse. Contempló por un momento los trozos de césped que tan cuidadosamente había cortado en el suelo para construir el hogar. ¿Debía tapar el fuego? Decidió que no debía hacerlo. Era un fuego ideal para asar en él; una capa de ascuas muy vivas, produciendo el mismo calor y la ausencia de humo del carbón vegetal. Si lo cubría con el cé-

ped, con toda seguridad despediría un acre olor a quemado durante un par de minutos.

Las voces se acercaron más y entonces oyó decir:

—Oiga, ¿no percibe usted un olor extraño? —seguido de un sonoro olfateo.

B-P no esperó a más. Como zorro perseguido se escabulló por una pequeña abertura que había hecho en el zarzal, se encaramó a un árbol que ya había seleccionado como fácil de trepar a él, y se hallaba situado a un altura de unos cuatro metros del suelo cuando el chasquido entre los arbustos le indicó que los hombres que dirigían Charterhouse eran completamente capaces de abrirse camino por entre las espinas de las zarzas si consideraban que la urgencia del caso así lo requería.

Desde la altura a que se halla, B-P miró hacia abajo a su pequeño fuego. Dos hombres lo habían encontrado. Uno de ellos se había arriesgado a atravesar el campo de ortigas, cuya altura llegaba a la rodilla, y mostraba señales de pesar por no haber elegido el otro camino. El segundo maestro había tenido que ir apartando penosamente las colgantes ramas de las zarzas a medida que avanzaba abriéndose camino hacia donde el conejo, que entonces aparecía muy pequeño y deliciosamente dorado, colgaba hecho trozos sobre el brillante fuego.

—Pero, ¡por todos los diablos! —oyó B-P que decía uno de los maestros—. ¿Qué opina usted de esto, Weekes? No es extraño que pensáramos que había un olor apetitoso. Es parte de un conejo.

Weekes, desembarazándose de una rama de zarza enganchada en su manga izquierda, miró atentamente al fuego y al conejo.

—¿Cree usted que es obra de un cazador furtivo? Quiero decir un cazador furtivo ordinario... un hombre.

Weekes meditó durante un momento; luego denegó con la cabeza.

—No, no lo creo. Si fuese un hombre, ¿por qué se iba a molestar en asar el conejo aquí? Pudo habérselo llevado a su casa y comérselo tranquilamente sentado junto al fuego de su hogar. Si fuese un vagabundo que va de paso, no habría tomado precauciones semejantes a estas que estamos viendo aquí. Como puede usted ver, este lugar ha sido bien elegido.

—Sí, ya lo veo —concedió el otro maestro—. ¿Está usted pensando que pudiera ser obra de uno de los muchachos de Charterhouse?

—¿Por qué no? Hay varios muchachos en la escuela que proceden del campo.

—¿Y no podría ser un muchacho de los de la ciudad? ¿Qué me dice del joven Tollada de Baño, como le llaman los muchachos? Me refiero al pelirrojo. Ese siempre parece estar dispuesto a realizar cualquier clase de travesura, y yo creo que probablemente ésta es una cosa con la cual él disfrutaría.

—Pero, ¿por qué él precisamente? —preguntó Weekes.

—Bien —y el otro se detuvo meditando un momento—. En realidad, no lo sé exactamente. En cierto modo, es una especie de lobo solitario. No parece tener ningún amigo en particular.

—Me sorprende usted. Yo creía que era bastante popular. Siempre parece encontrarse en todos los fre-gados.

—Así es, y estoy de acuerdo con usted en que parece ser popular; pero observe usted, si tiene ocasión

de hacerlo, que nunca parece andar con un camarada en particular. No sale mucho con su hermano menor.

—Con todo, no creo que pueda haber sido él —murmuró Weekes, sacudiendo la cabeza—. Como usted sabe, es un londinense, nacido y criado en esa ciudad. Ahora bien; cazar un conejo y preparar un fuego como éste no es obra de un muchacho de ciudad. Un chico de ciudad, sencillamente, no sabría por dónde empezar. Si esto es obra de un muchacho, es uno que ha nacido y se ha criado entre las costumbres del campo.

—¿Qué hacemos? ¿Nos llevaremos el conejo?

—No, no; nada de eso. Si hacemos eso, le espantaremos asustado. Se dará cuenta de que hemos descubierto su pequeño escondrijo. No, nos arrastraremos... no, nos encaminaremos paseando hacia fuera del bosque como si no estuviésemos preocupados por nada en absoluto. Uno de nosotros no se irá de verdad, sino que permanecerá en un sitio desde donde pueda vigilar. Si alguien aparece... le echaremos el guante.

Weekes bajó el tono de la voz de manera que, aunque escuchaba con el oído más atento, B-P no pudo captar el más leve indicio del plan expuesto por aquél. Desde su escondrijo en el frondoso árbol, contempló cómo Weekes y su colega forcejeaban para salir del círculo de zarzas y ortigas, luego seguir caminando durante un corto trecho adentrándose en el bosque, volverse, hablando todavía animadamente y así hasta perderse de vista. B-P escuchaba atentamente el murmullo de la conversación.

Sin embargo, aquella conversación era mantenida por un solo hombre. Weekes no era tonto, y cuando dejó a su amigo escondido siguió su marcha hablando regularmente fuerte y alterando su voz para contestar a

sus propias preguntas. Era una forma de actuar que le acreditaba como a hombre que amaba a los muchachos y sabía mucho sobre sus manera de comportarse. Confiaba en que quienquiera que fuese el que había cazado el conejo y lo dejó abandonado tan silenciosamente cuando el "enemigo" se aproximó, estaría escondido en alguna parte simplemente esperando hasta que no hubiese "moros en la costa".

Diez minutos después, Weekes regresó silenciosamente al lugar del Matorral donde había dejado a su amigo.

—¿Ha vuelto?

—No, Weekes; he estado escuchando tan atentamente que no creo que hubiese dejado de oír ni el vuelo de una mosca, de haberse producido. No he oído el más leve ruido.

—Muy bien, entonces creo que apagaremos el fuego; el muchacho debe haber tomado miedo, y no es prudente que dejemos un fuego encendido. Se propagan muy fácilmente en un bosque reseco. Así pues, entraré yo. Creo que mis pantalones son más a prueba de ortigas que los suyos. Si yo fuese usted, cogería un puñado de hojas de malva. Frótelas en los pinchazos; con eso desaparecerá el escozor. —Dicho lo cual Weekes se metió intrépidamente por entre las ortigas, rodeó un arbusto y se detuvo en seco.

Por un momento pensó que se había equivocado de sitio. No había rastro del conejo ni del fuego. Y lo que era aún más sorprendente, en el césped no se notaba la más leve señal de que allí hubiese existido jamás un fuego.

—¿Qué sucede, Weekes? —preguntó el otro maestro al oír lo que le pareció ser una exclamación de sorpresa—. ¿Le ha ocurrido algo?

—¡Venga aquí!

Un momento después, el segundo maestro estaba al lado de Weekes mirando al suelo con igual perplejidad que éste. Luego, agachándose y colocando las manos sobre el césped, en el lugar que había visto el fuego anteriormente, empezó a tantear el suelo. Al cabo de un instante levantó la mirada.

—Sí, Weekes, viejo; estoy de acuerdo con usted. Decididamente esto no es obra de un muchacho criado en la ciudad—. Empezó otra vez a tantear por el suelo hasta que sus dedos encontraron un corte en la superficie. Un momento después había levantado, uno después de otro, dos trozos de césped limpiamente cortados. En la cavidad de diez centímetros de profundidad que quedó expuesta a la vista al ser levantados los trozos de césped, estaban las brasas aún encendidas de un fuego que se extinguía y que, incluso mientras le miraban, empezó a reavivarse al quedar expuesto al aire, la falta del cual lo había casi apagado.

Los trozos de césped fueron cuidadosamente colocados de nuevo en su sitio y los dos maestros permanecieron de pie durante un momento atisbando a uno y otro lado a través de la maraña de zarzas.

—No sé cómo lo hizo, Weekes —dijo el maestro que se había quedado acechando—, yo habría jurado que nadie atravesó las zarzas y, con toda seguridad, nadie pasó por entre las ortigas.

—¿Nos marchamos? —sugirió Weekes, y añadió con una sonrisa—: Si el amigo que tan limpiamente se ha burlado de nosotros es uno de los muchachos de Charterhouse... yo me atrevería a vaticinarle un futuro brillante si le diera por ser cazador furtivo.

Desde su escondrijo en el árbol, donde había estado

comiendo felizmente la pierna de su conejo, B-P observó por entre el follaje mientras los dos maestros abandonaban el Matorral.

—Me pregunto por qué no miraron hacia arriba —murmuró cuando, una vez más, fue el único ser humano que quedó en el Matorral—. Tal vez las personas no acostumbran a mirar hacia arriba cuando están en un bosque. Afortunadamente para mí, esos dos no lo hicieron —se dijo sonriendo—. Cuando se bajó del árbol y enterró con sentimiento lo que quedaba de su conejo asado, le asaltó repentinamente un pensamiento.

—Apostaría cualquier cosa a que Weekes andará al acecho de nuevo el próximo sábado buscándome. Y podría haber sorprendido a la pareja fácilmente con solo dejarme caer del árbol. —Rió entre dientes al ocurrírsele tal idea, pero se dijo que tal “sorpresa” no habría sido un buen negocio para él. Lo que le hizo sonreír fue el pensamiento de que en el futuro sus viajes al Matorral serían más excitantes, puesto que, evidentemente, los maestros vigilarían la posible existencia de cazadores furtivos.

Saliendo con precauciones del abrigo que le brindaban los árboles, se encaminó hacia la escuela por la parte de los campos de juego de Godalming, andando y corriendo alternativamente, y entraba justamente para tomar la merienda cuando llegaron Weekes y su colega. Había estado vigilando la llegada de ambos para asegurarse de que le viesen bien en la escuela cuando ellos entraran, y sin duda habría disfrutado si hubiera podido oír el retazo de conversación mantenida entre los dos maestros, pues Weekes dijo:

—Bueno, a ver qué me dice usted ahora. ¿No es aquel el muchacho que usted creía era el que estaba

en el Matorral? Evidentemente él no puede haber sido el cazador furtivo. De haber sido él, no podría haber llegado aquí a tiempo, ¿no le parece?

—Tiene usted razón —admitió el otro maestro—. Pero no puedo imaginar quién de los muchachos podría haber estado allí si no ha sido él. El joven Powell es el sujeto más a propósito para hacer una cosa semejante. Sin embargo, como dice usted muy bien, no ha podido ser él.

Los druidas

—Mirad, camaradas, tengo una idea —dijo B-P cuando terminó de ordenar sus libros en los estantes—. Ahora que estamos en Sexto curso deberíamos formar una sociedad de la índole que sea.

La sugerencia arrancó una protesta inmediata de sus dos compañeros.

—Mi querido Toalla de Baño —dijo uno de ellos con tono gruñón—, en esta escuela existen más sociedades que muchachos. Y tú debes pertenecer prácticamente a cada una de las que ha inventado el Viejo Bill.

—Sí, deberías estar satisfecho —dijo el otro alumno de Sexto—. En fin de cuentas, llevas sólo tres años en Charterhouse, ¿no es eso? Sin embargo, del grado inferior has subido al sexto, perteneces al Comité Deportivo, al Comité Escolar, eres corneta en el Cuerpo de Cadetes de la escuela, perteneces al Equipo de Rifles...

—Pero esto es algo distinto —le interrumpió B-P—. Nosotros cuatro somos más jóvenes que la mayoría de los que están en el Sexto Grado. Siendo así, ¿por qué no hemos de formar una sociedad secreta? Yo creo que es una buena idea. Dudo que haya existido una sociedad como la que yo he ideado. Propongo que resucite-

mos un nombre que en otros tiempos fue muy poderoso en Gran Bretaña. Un nombre que sembraría el terror y el espanto en las masas. Un nombre que...

—Está bien, está bien —accedió apresuradamente uno de los dos amigos, y dirigiéndose a su compañero dijo—: Lo mejor que podemos hacer es dejarle que suelte todo el rollo. Ya sabes cómo es cuando se le mete una idea en el caletre. Continúa, pero, por lo que más quieras, suelta la noticia con suavidad. Mi sistema nervioso ya no es lo que era.

—Y cuando sueltes la noticia —dijo el otro— ten presente esto sencillamente... Si lo que quiera que sea implica el tener que pagar grandes cantidades de dinero, puedes estar seguro de que tendrás en mí a un socio moroso. Este es el estado de mis finanzas hasta que llegue el próximo mes. —Y metiendo su mano en el bolsillo del pantalón, la sacó mostrando en ella tres peniques, dos medios peniques y un cuarto.

—El dinero formará parte del programa —concedió B-P—, pero lo primero es dar un nombre a la sociedad. Creo que tengo uno bueno para el caso. ¿Qué os parece el nombre de "Los Druidas"? ¿Qué tal suena?

—A mí me suena bastante fantasmal —fue la rápida respuesta del que tenía en su mano las monedas de cobre.

—Como la llanura de Salisbury al rayar el alba —respondió el otro riendo entre dientes—. Nunca oigo la palabra "druida" sin asociarla con una historia escalofriante que leí en alguna parte, sobre un sujeto con blancas patillas permaneciendo de pie dando frente al sol naciente, en el centro de Stonehenge. Tendida en una losa estaba una joven a la que iban a cortar su narcarado cuello, y...

—No te pediremos que hagas nada semejante a eso que dices —le aseguró B-P haciéndole un guiño—. Elegí el nombre de Druidas sencillamente porque no creo que haya en el país otra sociedad que lleve ese nombre.

—Bien, en el supuesto de que nos convirtamos en Los Druidas, ¿qué haremos?

—Vestirnos de blanco, llevar patillas blancas y marchar a Stonehenge al alba, por supuesto —se oyó otra burlona sugerencia—. Continúa, Toalla de Baño, ¿qué hará la sociedad de los Druidas? ¡Debes tener alguna idea sobre ello!

—Desde luego que la tengo —le aseguró B-P—. Incluso he pergueñado un borrador con algunas normas. Pero la idea de los Druidas es que tengamos sesiones cuando queramos sacudirnos un poco la rutina de la vida escolar. Ya sabéis, mantenernos alerta unos a otros; aguzar nuestro ingenio.

—¡Esa sí que es buena! Yo creía que eso es lo que empiezan a hacer en Charterhouse desde el preciso momento en que uno pone los pies en ella. ¿Qué es lo que hacemos aquí durante todo el día, sino aguzar nuestro ingenio?

—Nos mantenemos en una rutina —insistió B-P—. Vamos a la clase de francés y sabemos de antemano el asunto a tratar. Vamos a la de matemáticas... perfectamente, ya sabemos exactamente lo que haremos allí. Pues bien, mi idea es que cuando los Druidas se reúnan en cónclave secreto...

—¡Ya surgió! —murmuró uno de los amigos, levantando las manos con angustia—. ¡Cónclave secreto! Prosigue... siento haber interrumpido.

—Fijémonos en la primera regla, por ejemplo —dijo

B-P, mirando una hoja de papel que tenía en la mano—. Dice así: "Cualquier hermano que no improvise una canción o un discurso (en el término de cinco minutos después de ser requerido para ello), el discurso no más corto de cinco minutos de duración...

—¡O una yarda!

B-P hizo una mueca al ser interrumpido, pero aplicando el lápiz al papel añadió algo a lo escrito, luego empezó de nuevo:

—"Cualquier hermano que no improvise una canción o un discurso (en el término de cinco minutos después de ser requerido para ello), el discurso no más corto de cinco minutos o una yarda, será multado con una botella de limonada." ¿Os dais cuenta de lo que quiero decir sobre aguzar nuestro ingenio? Yo podría decirte: "Hermano, háblales a los Druidas sobre la fabricación de... hm... el cuero", por ejemplo. Eso pondría a prueba tu inventiva, ¿no es verdad?

—Claro que no. Lo que haría es vaciar mi bolsillo de las últimas monedas de cobre que poseo. Lo que yo quiero decir, ¡maldita sea!, es que, ¿quién sería capaz de hablar durante cinco minutos sobre el curtido del cuero? ¡Hombre!, te voy a demostrar la imposibilidad de lo que propones. Hermano Toalla de Baño, muéstrale a la reunión tus conocimientos sobre cómo se hace el cuero —y sacó el reloj del bolsillo del chaleco diciendo—: Son ahora las seis, tres minutos, treinta y cinco segundos. La tribuna es suya, señor. Manos a la obra, mientras el resto de los presuntos Druidas se reclinan cómodamente en sus asientos y esperan relamiéndose la llegada de la botella de limonada.

Se acomodaron en sus asientos mientras B-P, con un destello en la mirada, se acariciaba la barba me-

ditando. Luego, aclarándose la garganta, empezó diciendo:

—Hace ya muchísimo tiempo, antes de que el tejido fuera inventado, las personas usaban como vestido el glasto, lo cual era un tinte azul hecho de una planta llamada... hm... *Isatis Tinctoria*. Embadurnado con esto, el color del cuerpo cambiaba del blanco (o rosado, dependiendo de la clase de verano que hubiese hecho), a un azul oscuro. Esto era agradable para aquellos que eran los árbitros de la moda, pero en invierno no ofrecía mucha comodidad cuando el tiempo era frío y el viento soplaba con fuerza.

—Está dejando correr el tiempo —dijo uno de los oyentes, con un susurro burlón—. Aún no ha mencionado el cuero. ¿Cómo va la aguja del reloj?

—Ha gastado un minuto y cinco segundos.

—Me estáis interrumpiendo, compañeros Druidas —les reprochó B-P, brillándole la mirada—. Para continuar. En aquellos rudos tiempos la sastrería era desconocida, y los hombres llevaban a casa los alimentos echados al hombro... generalmente bajo la forma de un solomillo cortado de algún animal que habían cazado y degollado. El desgraciado animal era despojado de su piel, y la piel era dejada en la tierra. La experiencia ha demostrado que en cuestión de unos días la citada piel se ponía tan áspera y rígida que no era aprovechable para nada, excepto para ser utilizada como cortina colocada en la entrada de la cueva familiar.

—Cuero, cuero, mi querido Toalla de Baño —le advirtieron, y el reloj fue esgrimido en alto.

—Un día, un cazador (me imagino que se llamaba Tan) mató una res, la desolló y arrojó la piel contra un viejo roble. Allí permaneció varias semanas durante

un período de tiempo muy lluvioso. La piel yacía allí mientras el agua descendía por el tronco del roble y le caía encima. Cierta día sucedió que nuestro amigo Tan, muerto desde hace tanto tiempo, acertó a pasar de nuevo por aquel lugar. Vio la piel y pensó que tenía una apariencia extraña. La tanteó con el pie y comprobó que estaba suave, incluso tan suave como el mejor cuero de hoy día.

—Me parece un poco fantástico...

—Te equivocas —dijo B-P sin dar al que le había interrumpido tiempo para desarrollar sus refutaciones—. La lluvia había arrastrado algo que había en la corteza del árbol, depositándolo sobre la piel y convirtiéndola en cuero. Durante mucho tiempo Tan no supo la causa de que las pieles se pusieran suaves cuando las dejaba junto al tronco del roble, pero finalmente se dio cuenta de que en tiempo seco se mantenían rígidas y duras, mas cuando llovía se tornaban suaves.

—¡Y así el amigo Tan se hizo curtidor! —dijo uno de los oyentes¹.

—Exactamente —concedió B-P sonriendo—. Incluso hasta en nuestros días, la corteza de roble es ampliamente usada en el curtido del cuero.

—¿Es eso cierto? —sus amigos estaban ya realmente interesados y habían dejado de chancearse. Y cuando B-P asintió con la cabeza para asegurarles que era cierto, desearon saber cómo había adquirido él aquellos conocimientos.

¹ Para comprender el sentido de esta conclusión, hay que tener en cuenta que la palabra Tan, empleada como nombre imaginario, significa en inglés "curtir", y curtidor se traduce al inglés por *tanner*, que es la palabra empleada en el original.

—No sabía que hubiese en tu familia ninguno que se dedique al negocio del cuero, Toalla de Baño.

—Andamos sobre el cuero —dijo B-P, riendo entre dientes—. Como quiera que sea, creo que he probado mi teoría. He hablado durante cinco minutos... sacándome el discurso de la manga, si se me permite emplear la expresión que oí usar a un hombre en Hyde Park cuando alguien le preguntó que quién le preparaba sus discursos. Respondió que se los "sacaba de la manga", y tirando del puño de su manga derecha lo mostró con algunas notas que había escrito en él.

—Pero tú no llevas puestos puños, viejo —puntualizó uno de los amigos—. Tú debías tener en la memoria los detalles para formar la base de tu discurso. ¿Cómo has adquirido esos detalles? Eso es lo que deseamos saber.

—Ha sido durante las temporadas de vacaciones —confesó B-P—. Salgo con mis tres hermanos, Warrington, George y Frank. Warrington se las pinta solo para enterarse de las cosas. Hacemos nuestras excursiones a pie, ¿comprendes? Y cuando llegamos a una ciudad, Warrington encuentra generalmente a algún negociante que nos muestra lo relativo a su trabajo. Te aseguro que es muy divertido. Así es como yo llegué a aprender las cosas sobre el curtido del cuero.

—Es una idea endiabladamente buena —concedieron los otros; luego, uno de ellos dijo—: Pero imagínate por un momento que yo hubiese sugerido que nos hablaras sobre... hm... sobre los huevos de hormiga, por ejemplo. O sobre carpas doradas.

—Pues ese es el caso; ahí es donde es necesario demostrar la viveza del ingenio —dijo B-P—. Hay que pensar con rapidez, inventar algo si es preciso. Después

de todo, cinco minutos no es mucho tiempo para hablar, ¿no te parece?

—Yo creo que practicaré unas cuantas canciones —dijo uno—. Cantar será mucho más fácil que inventar una historia original.

—Eso es cuenta tuya. Ahora bien, como formamos una sociedad secreta, hemos de tener nombres secretos.

—¿Y por qué nombres secretos?

—Muy sencillo. Imagínate que deseo convocar una reunión de los Druidas —explicó B-P—. Al pasar por tu lado te digo simplemente... er... "Capitán Perriwinkle", con lo que en enseguida sabes que hay una reunión de la sociedad en mi habitación.

—Capitán Perriwinkle. Pues mira, me gusta el nombre. —Dijo el recién bautizado, ahogando la risa—. Sí, es una buena idea. ¿Cómo llamaremos a Richards?

—Oh, me parece que su nombre está ya elegido de antemano —y B-P rompió a reír a carcajadas—. Yo creo que "Profesor Piel de Oveja" le vendría pintiparado, ¿qué os parece a vosotros?

Durante un momento, permanecieron en silencio con las frentes arrugadas; luego cayeron en la cuenta del chiste. El aludido alumno de Sexto que sería conocido con el nombre de Profesor Piel de Oveja hasta que marchara de Charterhouse, tenía la costumbre de decir "Bah" cuando quería expresar su disconformidad con algo. Para muchos era conocido como "Bah", pero en la sociedad de los Druidas siguió siendo el Profesor Piel de Oveja, incluso hasta después de haber dejado atrás sus días escolares.

—Ya sé cuál será tu nombre —dijo sonriendo el recién bautizado Profesor Piel de Oveja—. ¿Qué otro

podría ser sino el de Lord Toalla de Baño? Justamente hecho para ti, viejo... digo, Su Señoría.

—Bueno, ¿qué hay sobre las otras normas?

—Oh, sí tengo escritas algunas notas, y si hemos de... —se interrumpió al sonar una llamada en la puerta—. Adelante.

Era el asistente de B-P, y dijo dirigiendo a éste:

—Me dijo usted que le recordara que la reunión para elegir gente para representar los papeles de la obra teatral del Curso Primero empieza a las seis y media. Ahora son aproximadamente las seis y veinte, y los del Curso Primero se están reuniendo ya.

—Ah, sí. Gracias, Charris. Puedes marcharte.

—Será mejor que nos larguemos ahora —dijo B-P cuando hubo salido el muchacho—. Podemos terminar la redacción de las normas para los Druidas en cualquier otra ocasión.

El Profesor Piel de Oveja se hizo a un lado, y con una reverencia burlona, dijo:

—Después que usted, Lord Toalla de Baño, y que usted, Capitán Perriwinkle. La nobleza y el ejército siempre van en vanguardia. La aristocracia y la ignorancia son siempre seguidas por los hombres instruidos.

Cuando llegaban cerca de la Sala Común, donde los aspirantes a los honores del escenario estaban esperando a ser probados, B-P se detuvo repentinamente. Con un extraño fulgor en la mirada, se volvió hacia el Profesor Piel de Oveja y le dijo:

—Oye, mantén a esos en silencio durante algunos minutos, ¿quieres? Acaba de ocurrírseme una idea. Vamos, Capitán Perriwinkle, necesito de tu ayuda.

El Profesor Piel de Oveja dudó un momento, luego se apresuró a dirigirse a la Sala Común para tratar de

imponer un poco de silencio entre los alumnos del Primer Grado, quienes veían en esta elección de actores para la próxima obra teatral una buena ocasión para armar jaleo.

Un cuarto de hora después, cuando el Profesor Piel de Oveja empezaba ya a mostrar signos de que su paciencia se agotaba, el Capitán Perriwinkle irrumpió en la Sala y dijo con tono imperioso:

—¡Silencio... silencio... silencio! Tenemos un visitante distinguido. Tratemos de mostrarle que Charterhouse sabe enseñar a las personas a comportarse con orden.

En cuestión de un momento reinaron el silencio y el orden. Luego, el Capitán Perriwinkle salió al pasillo y, un momento después, regresó acompañado de un hombre cuya erizada barba, hirsutas cejas y fiero mostacho sugerían que se trataba de algún militar de gran nombradía.

Sin molestarse en quitarse el sombrero, el visitante se dirigió rápidamente a la pequeña tribuna, donde permaneció en pie, teniendo a su lado al Profesor Piel de Oveja. Sin esperar a ser presentado, empezó a dirigir la palabra al auditorio, y apenas pronunció las primeras palabras se hizo evidente que debía ser francés, puesto que su acento era abominable.

—De manera, muchachos, que deseáis ser actores, ¿eh? Daréis vida a la obra. Habéis de hacer reír y llorar a la gente a medida de vuestros deseos. Eso es lo que un gran actor debe ser capaz de hacer. Debe ser capaz de hacer creer a la gente que le escucha que él es realmente otra persona distinta. ¿Estáis de acuerdo conmigo? ¿No? ¡Permanecéis callados! Si creéis que un actor debe ser lo que he dicho, levantad la mano.

Ah, eso está mucho mejor, sí. Ahora voy a daros una lección. Tú... ¿quieres hacer el favor de subir aquí?

Hubo un ligero murmullo de comentarios cuando el muchacho aludido se levantó de su asiento y se dirigió obedientemente a la tribuna. Era un caso misterioso cómo el visitante había escogido, para sacarle a la palestra, a un muchacho que realmente se jactaba de sus dotes de actor.

—Vamos a ejecutar ahora una pequeña representación —dijo el visitante, después de estrechar la mano al muchacho, sacudiéndosela vigorosamente—. Yo simularé que soy tu maestro de francés. Tú simularás que eres un alumno respondiendo a las preguntas que se le dirigen. Simularás que no estás muy fuerte en la lengua francesa, ¿eh?

Hubo un rumor de risas contenidas en el auditorio. Simular que no estaban muy fuertes en el francés habría sido una cosa sumamente fácil para la mayoría de ellos.

—Bueno, yo soy el maestro de francés. Vamos a empezar. Me dirá usted, en francés, algo sobre un acorazado de combate.

Con una sonrisa ambigua, el muchacho miró con fijeza al que le preguntaba y luego se llevó la mano a la cabeza rascándose la coronilla.

—¿Una oveja embotellada, señor? —preguntó.

—Desde luego, desde luego. Tú sabes lo que es un acorazado. Vamos, dime algo sobre un acorazado.

—¿Se refiere usted a un acorazado "dreadnaught", señor?

—No tengas miedo a nada. Pues claro que no tengo miedo a nada. ¿De qué hay que temer? Yo no tengo

miedo a nadie. Vamos, dime algo sobre un acorazado. Seguramente sabes lo que *hace* un barco...

—Hace: ¡baaa!

—¡Que un acorazado hace baaa! —gritó el profesor “extranjero”, y pareció perder completamente los estribos—. Baaa... baaa... baaa. ¡Que un barco hace baaa! ¹.

El acceso de risa que se había iniciado en las últimas filas de la Sala, y que se había extendido llegando hasta las mismas filas delanteras de bancos, se extinguió súbitamente, pues se había abierto la puerta y entró en la estancia el mismísimo “Viejo Bill”. Cerró suavemente la puerta, miró al hombre que estaba en la tribuna, luego hizo señas al desolado Profesor Piel de Oveja para que se le acercara.

El repentino silencio que se había producido en la sala surtió su efecto en los dos que permanecían en la tribuna. El profesor “extranjero” levantó la vista y recuperó la calma. Palmeando en la cabeza al muchacho,

¹ El origen de la confusión que da lugar a que el muchacho “oiga” oveja cuando el pretendido profesor de francés “dice” barco, consiste en la defectuosa pronunciación del inglés que deliberadamente hace el fingido maestro. En el original, el autor juega con las palabras inglesas “sheep” (oveja) y “ship” (barco), cuya pronunciación sólo varía en un ligero matiz de la vocal “i”, así como con el vocablo “battle” (combate) pronunciado como “bottle” (botella), y con “dreadnaught” (tipo de acorazado pesado inglés) y “dread naught” (no tener miedo a nada). De ahí la disparatada respuesta del muchacho, pues toma oveja por barco. Y el “profesor” no le saca del error, sino que, por el contrario, se aprovecha de la nueva palabra usada por el muchacho para seguir embrollando sin aclarar las preguntas que aquél le dirige.

le ordenó que regresara a su sitio; luego, atravesando la Sala, se dirigió al encuentro del augusto director de Charterhouse, Dr. Haig Brown.

—No tengo el placer de conocerle, señor —dijo el Dr.—. Pero antes de que pudiese presentarse a sí mismo, el visitante se inclinó y dijo en un susurro:

—Powell, señor; Baden-Powell. Estoy dándoles una lección sobre el arte de representar.

Durante un instante, la frente del Dr. Haig Brown se pobló de arrugas que presagiaban el principio de un tormentoso fruncimiento de ceño. Luego, los signos de la tormenta se desvanecieron cuando B-P prosiguió precipitadamente:

—Les he dicho que el arte de representar un papel en una obra de teatro es hacer creer al auditorio que el actor es alguien completamente distinto de sí mismo. De ahí mi... hm... caracterización.

—Encantado de conocerle, monsieur —dijo solemnemente el Dr. Haig Brown, estrechando la mano de B-P—. Estoy seguro de que la lección les será provechosa. Vuelva con sus alumnos.

—Sí, señor. Yo creo que, con esta explicación, habrá quedado justificada mi actitud. ¿Les digo que usted desea hablarles?

—Gracias.

El profesor “extranjero” regresó a la tribuna, y ahora el auditorio permanecía en completo silencio, mirando alternativamente a él y al Viejo Bill, que permanecía de pie junto a la puerta.

—Os he dado una lección sobre el arte de representar —dijo B-P—. La lección consiste en que debéis ser capaces de hacer creer al auditorio que sois otras personas distintas a vosotros mismos. Creo haber obte-

nido el resultado deseado—. Y con un movimiento rápido se despojó de la barba, del mostacho y de las pobladas cejas. Después se quitó el sombrero galo para mostrar la cabeza poblada de cabellos rojos tan conocida de todos.

Siguió un momento de estupefacto silencio, luego se elevó un estallido de carcajadas que no cesó hasta que el Dr. Haig Brown subió a la tribuna. La reputación de B-P como actor estaba asegurada, en lo que a Charterhouse se refería, y cada vez que era necesario hacer un reparto para obras que se iban a representar, su nombre estaba siempre muy a la cabeza de la lista de candidatos a los papeles principales.

El «Koh-i-noor» sale del puerto de Harwich

—Se cree que algunos de la tripulación están todavía a bordo —dijo Warrington, limpiándose el agua de las cejas y luego apretando la bufanda alrededor del cuello para impedir al agua que bajara por el cuerpo.

—¿No van a salir de nuevo? —preguntó B-P, mirando, desde el lugar de anclaje de los yates, hacia donde se hallaba el bote de socorro de Harwich, moviéndose agitado por las sacudidas contra el muro del malecón Parkeston—. Seguramente que... Oh, aquí llega Frank, él nos traerá alguna noticia cierta sobre el particular.

Frank Baden-Powell subió a bordo del balandro de diez toneladas, "Koh-i-noor", que se balanceaba suavemente, y expelió el aire con fuerza. También él se secó la cara mojada por la lluvia que azotaba el puerto, impulsada por un viento procedente del Este.

—¿No van a salir otra vez —le preguntó B-P con ansiedad—. Supongo que no dejarán el barco abandonado a su suerte... si hay alguien a bordo.

—Tú no has visto el estado del bote de salvamento —dijo Frank ceñudo, y apartándose de sus hermanos se dirigió al interior del barco en busca de una toalla—. Debe haber sufrido un golpe terrible contra el barco

averiado. Su amura de babor está hundida hacia adentro astillada y hace agua como si fuera una criba. Estarían locos si pensasen siquiera salir del puerto con ese armatoste.

Warington se acarició el mentón pensativo. Saliendo a cubierta, contempló las nubes plumizas que llegaban desplazándose veloces procedentes del mar del Norte. El viento venía rugiente de los Países Bajos y encrespaba las olas con el típico temporal del Mar del Norte.

—Creo que el viento amainará pronto —dijo por fin—. Cuando llueve de este modo significa, generalmente, que el viento va a calmarse—. Se volvió a mirar al menor de sus hermanos con mirada crítica. Se estaba preguntando si se arriesgaría a sacar el balandro a alta mar. El Koh-i-noor era bastante sólido y de buenas condiciones marineras, pero necesitaría de todos los brazos cuando se encontrasen fuera del puerto, y Warington se preguntaba si el miembro más joven de la tripulación estaría a la altura de las circunstancias.

B-P le facilitó el tomar una decisión, diciendo:

—¿No podríamos intentarlo, Warington? El tiempo no es peor que cuando navegábamos por la costa noruega, y esta costa la conocemos bien, ¿no es cierto?

—Veremos lo que dicen los otros. —Y Warington se dirigió bajo cubierta seguido por B-P, cuya mirada era grave ahora mientras pensaba en el aprieto en que se encontraba el barco que estaba batido por el vendaval, así como en los hombres que pudiera haber todavía a bordo del mismo.

Cuando la escotilla se cerró detrás de ellos, dejó de oírse el rugido del viento y los únicos sonidos que se percibían eran los producidos por el crujir y rechinar del maderamen del balandro.

El crujido procedente del costado de babor era producido por los palletes protectores que mantenían al Koh-i-noor separado del muro del malecón.

Los cuatro hermanos guardaron silencio durante unos momentos. Las miradas de los otros tres estaban fijas en Warington. George estaba en cuclillas removiendo el jarro de café que acababa de hacer. Frank escurría el agua del cuello y espalda de su camisa, retorciendo dicha prenda. B-P se mantenía de pie detrás del mayor de sus hermanos, esperando y deseando que Warington se decidiese a salir al mar con el balandro.

Era una de las varias ocasiones en que los cuatro hermanos parecían saber exactamente cada uno lo que pensaban los demás, sin necesidad de hablar una sola palabra. George echó una generosa cantidad de azúcar en el jarro, la removié vivamente y cogiendo cuatro vasos metálicos los colocó encima de la pequeña mesa.

—Será mejor que tomemos un sorbo ahora —dijo tranquilamente— puesto que después no tendremos ocasión para ello, ¿no os parece?

Cuando bebieron el café, Frank se puso de nuevo su camisa mojada. Sonriendo torcidamente, dijo que no valía la pena ponerse una seca, puesto que todos estarían calados hasta los huesos antes de que regresaran al puerto. Warington empezó a dar instrucciones a B-P sobre el modo de asegurar todo lo que fuera movable en el camarote.

—Y no te olvides de apagar el hornillo, pequeño —le recomendó George.

—Y cuando subas a cubierta —concluyó Warington— átate una cuerda de seguridad a la cintura. No queremos tener la molestia de tener que pescar a al-

guien sacándolo del mar cuando rodeemos Landguard Point.

B-P quedó solo bajo cubierta asegurando todos los objetos, mientras sus hermanos subieron a cubierta a enfrentarse con la tarea de llevar al Koh-i-noor a donde sus velas pudieran tomar algo de viento sin riesgo de ser estrellado contra el muro del malecón.

Apagando el hornillo, B-P vació cuidadosamente el combustible en una lata atornillando el tapón. Envolvió los colchones y ropas de cama, todo bien apretado, en una lona encerada y lo introdujo en un armario. Por encima de su cabeza oía pasos sobre la cubierta, luego el crujido y golpeteo de los palletes cesó y percibió que el balandro escoraba un poco.

Un minuto después, el balandro se había separado del alto muro protector y escoraba como si fuese a echarse de costado sobre el agua. Aunque Warington había izado sólo una vela, las rachas de viento eran tan furiosas que, a pesar del lastre que el balandro llevaba en su sentina, fue zarandeado por el viento durante un minuto aproximadamente, pareciendo que iba a zozobrar.

B-P empezó a oír un ruido sordo procedente de la sentina, lo que le dijo que algunos de los lingotes de hierro colado usados como lastre empezaban a moverse. Después el Koh-i-noor mostró la clase de barco que era. Afianzándose en una posición más erguida empezó a hendir las aguas, lanzando sábanas de espuma a ambos costados según navegaba dejando el malecón Parkston por su borda de estribor.

Tardó media hora en alcanzar la boca del puerto de Harwich, y después transcurrieron veinte minutos de lucha titánica mientras enderezaba su rumbo hacia el

Sur a una velocidad que B-P no recordaba que hubiera hecho nunca antes. Abajo en el camarote, sólo podía conjeturar dónde estaban, por lo que se dio prisa en su trabajo de asegurar todos los objetos movibles. La pequeña lámpara, oscilando en el techo del camarote, a veces parecía como si estuviese tratando de soltarse de su enganche para estrellarse contra el piso.

Cuando, al fin, quedó satisfecho de haber hecho todo cuanto podía hacerse para asegurar que nada pudiera quedar suelto y sufrir daños, se dirigió a la escotilla y llamó golpeándola con los puños; pero no obtuvo respuesta. Después de esperar durante un minuto, que le pareció un tiempo más largo, volvió a llamar, golpeando la escotilla. Tampoco ahora obtuvo respuesta, y el balandro parecía girar sobre sí mismo como si hubiese sido atrapado en una vorágine.

Por un momento, B-P casi presa del pánico. ¿Había ido algo mal arriba sobre cubierta? ¿Habrían sido sus tres hermanos arrojados al mar, barridos por una ola monstruosa? Si eso hubiese sucedido, entonces él estaba prisionero bajo cubierta hasta que el balandro se hundiera en alta mar, o bien hasta que fuera arrojado por las olas sobre las inclementes playas pedregosas al Norte de Harwich.

Golpeó la escotilla con los puños una y otra vez hasta que fue contestado mediante un "porrazo" dado por la parte de arriba de la citada escotilla. Esta siguió sin abrirse durante otros diez minutos, pero B-P ya no volvió a aporrearla llamando. Ahora ya sabía que había sido oído, pero que la tripulación tenía demasiado que hacer para entretenerse en liberarle de su encierro.

Por fin, la escotilla fue abierta de un tirón, y cuando

B-P se abalanzó hacia la bendita luz del día y al punzante aire salino, una tromba de agua se abatió sobre él casi derribándole de espaldas.

—Vamos, vamos —gritó Warington—. No puedes estarte haraganeando ahí abajo todo el día.

Esas palabras debieron haber encolerizado a B-P, especialmente cuando había estado esperando con impaciencia subir a cubierta, pero conocía a Warington, por lo que se limitó a dar un respingo cuando otra ola barrió la cubierta del Koh-i-noor. Recibió otro buen chapuzón, a pesar de la lona encerada con que se cubría, y también a pesar de la gruesa bufanda que llevaba arrollada al cuello destinada a impedir que se mojara su camisa.

Cuando salió a cubierta gateando, cerrándose tras él la escotilla de golpe, empujada por la fuerte mano de Warington, el cuadro que se presentó a su vista debería haberle producido un escalofrío de miedo.

Habían Rodeado Landguard Point y navegaban rumbo al Nordeste a tal velocidad, que el balandro se estremecía cada vez que su proa hendía una de las olas de color verde oscuro que se dirigían veloces a romper con estrépito contra la costa. Era la altura de aquellas olas lo que hacía tan peligrosa la tarea del Koh-i-noor. Podía hendirlas sin mayor daño que la mojadura de las camisas de su tripulación. La dificultad verdadera surgiría cuando Warington tratase de hacerle virar de bordo para ponerse a la par del barco averiado, un pesquero holandés de tonelaje aproximadamente doble que el del balandro.

B-P miró hacia la costa sólo una vez. Según había predicho Warington, el viento empezaba ya a calmarse y, como consecuencia de ello, las olas se encrespaban

a mayor altura. La violencia del viento las había mantenido como aplastadas. Ahora, la tripulación del balandro cambiaba un riesgo por otro; menos viento, pero más agitada.

Aquella sola mirada hacia tierra fue suficiente para B-P. En aquel lugar, la playa estaba sembrada de pedruscos, y podía ver cómo la espuma se elevaba a varios metros de altura al romper las olas en la pedregosa orilla. Visto desde el mar, ofrecía un aspecto bastante malo. Desde tierra sería todavía peor, puesto que las olas arrastraban mar adentro toneladas y toneladas de peñascos, sólo para ser de nuevo arrebatados por la ola siguiente y lanzados con ensordecedor estruendo a la playa una vez más.

Con una pericia marinera que provocó la envidia de B-P por la destreza de su hermano, Warington hizo virar al Koh-i-noor para colocarlo al Este de la embarcación holandesa, mientras la única vela que llevaban izada golpeteó durante un momento con un ruido semejante al trueno. Todo el barco retembló, y B-P temió por un instante que el mástil fuese arrancado de cuajo y arrebatado por el viento. Luego, pasó el peligro y el balandro se aproximaba al barco pesquero averiado, formando un ángulo con él.

Ese era el momento que habían estado esperando, y eran precisos valor, destreza y serenidad en el más alto grado. George y Frank estaban listos para arriar de golpe la vela. B-P se había situado en la proa, unos minutos antes, con un odre de aceite. Había practicado un pequeño agujero en el odre para permitir salir al aceite y extenderse formando una fina capa. Este "alisador" de aceite sobre el agua allanaba las crestas de las olas.

Por dos veces fallaron al tratar de establecer contacto con el pesquero, por solo cuestión de unos metros. Se acercaron rodeándolo por tercera vez. B-P se situó en la borda de estribor con un chaleco salvavidas de corcho bien sujeto a su torso y una cuerda delgada atada a su cintura.

Frank era el que debía haber intentado saltar a bordo del barco holandés, pero la última vez que él y George habían arriado la vela de golpe, se dislocó una muñeca. George ya tenía un tobillo vendado, lo que le imposibilitaba para saltar de un barco al otro. Sólo quedaba B-P para intentar el salto. Ninguno de ellos hubiera accedido a que Warington saltara a bordo del barco en peligro. Sólo él poseía la pericia necesaria para mantener al Koh-i-noor a salvo de un percance.

El balandro se dirigió una vez más hacia la embarcación holandesa y B-P ensanchó el orificio del odre de aceite que dejó colocado sobre la borda. El aceite caía ahora en mayor cantidad sobre el agua y las olas parecían engañosamente suaves según se alejaban de la nave.

Se oyó un grito de Warington y, por tercera vez, la vela fue arriada de golpe, para ser rápidamente aplastada antes de que pudiera coger aire entre sus pliegues y elevarse hinchada sobre la cubierta.

B-P se encogió tensándose para el salto. El corazón le latía con ritmo alterado. Tenía que saltar a bordo del otro barco, tirar de la cuerda que llevaba y a la que había atado un cabo más grueso, y después, si todo salía bien, el Koh-i-noor trataría de navegar con rumbo Sur y mantener su presa alejada de la costa todo el tiempo que necesitara para ganar la entrada del puerto de Harwich.

Con su vela arriada, se aminoró la velocidad del Koh-i-noor y parecía dirigirse casi suavemente hacia el barco holandés. La distancia entre ambas naves se acortaba cada vez más. B-P se agarraba con la mano izquierda a un obenque del mástil mientras trataba de medir la distancia con la vista. No debía cometer un error. Un salto corto significaría su caída al agua, y, si los dos barcos se juntaban lo bastante para que sus cascos se tocasen, podía muy fácilmente morir aplastado.

—¡Cuando yo avise! —gritó Warington elevando su voz incluso por encima del estruendo de las olas y del bramar del viento—. No antes.

B-P esperaba, ya estaban lo bastante cerca y, no obstante, Warington no daba la señal para saltar. B-P casi se volvió para mirar hacia popa, donde estaba su hermano empuñando la caña del timón, pero se contuvo. Era cuestión de calcular al segundo y si se volvía, el grito de aviso podría partir en aquel preciso momento.

—¡Ahora!

B-P saltó, y cuando puso su planta sobre la cubierta de la embarcación holandesa, inclinada y barrida por las olas, le pareció demasiado fácil, y por un momento se preguntó el por qué los latidos de su corazón se habían alterado de aquel modo.

Tiró con rapidez de la cuerda delgada, llegando a bordo el cabo más grueso con el lazo dispuesto para sujetarlo a una bita a propósito. B-P no tuvo necesidad de buscarla. Warington se la había indicado la primera vez que pasaron junto al barco. Era un ejemplo de sangre fría y rara vez cometía una equivocación.

Los dos barcos se movían hacia el Este en dirección a la costa, a merced del oleaje, el Koh-i-noor avanzando

un poco más rápido que el otro, siendo mantenidos sin tocarse por los esfuerzos unidos de George y Frank, quienes empujaban fuertemente con bicheros.

B-P pasó el lazo del cabo por la bita, luego se dirigió de prisa bajo cubierta. Tenía que asegurarse de si había o no algunos marineros holandeses todavía a bordo.

La puerta del camarote estaba abierta, con una de las bisagras arrancadas. El agua que inundaba el barco alcanzaba una altura de veinticinco a treinta centímetros, pero no había rastro de personas a bordo.

Volvió de nuevo a cubierta a tiempo para oír a Warington llamar:

—¡Ste! ¡Ste!

Después, George y Frank gritaron a coro:

—¡Salta, Ste!

El viento o la marea estaban separando al balandro del barco holandés, y el espacio entre las dos naves empezaba a ensancharse peligrosamente. No había tiempo de pararse a pensar. B-P atravesó corriendo la cubierta del barco holandés, luego se abalanzó a la borda de babor que era de madera y muy baja. Sin pensar siquiera en el riesgo efectuó el salto.

De haber saltado de aquel modo en los deportes de Charterhouse, no hay duda de que habría sido recordado como un atleta de facultades más que corrientes.

George le sujetó para mantenerlo derecho, y el grito de Warington de: "Magnífico, pequeño, magnífico" hizo que unos hombros jóvenes se cuadrasen y que un mentón se levantara con orgullo.

George y Frank estaban listos para izar la pequeña vela tan pronto como Warington diera la orden. Los cuatro observaban el cabo que conectaba las dos em-

barcaciones. Era el más grueso a bordo del Koh-i-noor, pero ahora aparecía muy delgado.

El balandro era ligero, elevándose a bastante altura cada vez que una ola pasaba bajo su quilla, descendiendo vertiginosamente al seno de la misma antes de ser elevado de nuevo por la siguiente. El barco holandés se movía pesadamente, lo que a los ojos experimentados de Warington significaba que había hecho mucha agua.

Se podían considerar afortunados si conseguían llevar su presa a aguas en calma. Y por otra parte, también podían considerarse con suerte, pues aunque deteriorado, el barco holandés sería una presa rescatada que valdría la pena coleccionar.

Se produjo un ligerísimo indicio de sacudida cuando se tensó el cabo de remolque. Se aflojó, volvió a tensarse y entonces Warington decidió probar suerte. Hizo una señal con la mano a George y a Frank, quienes izaron la pequeña vela en cuestión de unos segundos.

Lentamente, el Koh-i-noor empezó a avanzar. Fue largado más cabo ahora para liberarlo de la tirantez a que fue sometido al tensarse. Por espacio de diez minutos, durante los cuales hubo momentos de ansiedad cuando el cabo se tensaba una y otra vez con un ominoso crugido vibrante, todo marchaba bien; luego, la embarcación holandesa pareció reclinarse sobre un costado.

Durante un momento, ni siquiera Warington comprendía lo que pasaba. La embarcación se había inclinado antes con frecuencia, volviendo a recobrar su posición normal. Esta vez no se recobró. Durante cosa de un segundo pareció como si estuviera echando una última mirada al cielo tormentoso, luego desapareció plácidamente tragada por las aguas.

—¡El cabo de remolque! —gritó Warington, pero no tuvieron necesidad de emplear el cuchillo para cortarlo. Se oyó un chasquido. El Koh-i-noor pareció dar un tropezón inclinándose hacia adelante, sumergió su proa profundamente y una gran masa de agua pasó bariendo la cubierta. Luego se deslizó con rumbo Sur-Oeste, otra vez ligero como un corredor ahora que se veía libre del peso del desventurado pesquero holandés.

Aquella misma tarde, cuando la tormenta se alejaba, los cuatro hermanos se sentaron reunidos en el camarote con sus ropas puestas a secar y los restos de la comida sobre la mesa. Fue George el que dijo:

—Pronto irás al Colegio Balliol, ¿no es verdad, Ste? ¿No ha arreglado el Dr. Haig Brown el asunto para que vayas a ver al Dr. Jowett, sobre tu ingreso allí el próximo curso?

—B-P afirmó con un movimiento de cabeza, y Warington sonrió cuando dijo:

—Me pregunto si habrá alguna diferencia por el hecho de ser el Dr. Jowett un antiguo amigo de la familia. Ya sé que no debería haberla, pero tengo la impresión de que sí la hay. Consideremos el caso de Ste: Por nada del mundo puedo concebir al Dr. Jowett dejándole sin aprobar, aun en el caso de que no estuviese bien preparado para ingresar.

—De todos modos, no hay por qué pensar en eso —dijo Frank con calor—. Ste se ha portado normalmente en Charterhouse. Tú no estás flojo en ninguna asignatura, ¿no es eso, Ste?

B-P sonrió encogiéndose de hombros.

—Supongo que soy de los del término medio. Yo no diría que soy de los que inventaron la pólvora.

—Bien, si eres de los del término medio en Charterhouse, Ste, estarás en Balliol para el curso de otoño —profetizó Warington—. Y después sólo queda Baden. ¿Ha decidido a qué se va a dedicar? ¿Lo sabéis alguno de vosotros?

—Yo creo que al ejército —sugirió Frank—. ¿Qué vas a hacer tú, Ste?

—No lo sé en realidad —confesó B-P—. Supongo que ya debería ir tomando una decisión. Me gustaría un destino en el que me fuera posible viajar.

—¿Qué me dices de la Armada? —sugirió George—. Ahí sí podrías viajar, ¿no te parece?

—Oh, quiero decir viajar por países, no a través de los océanos. Supongo que todo depende de lo que resulte de mi entrevista con el padrino Jowett. Supongo que podría catearme.

—No lo hará —insistió Warington—. ¡Después de todo tú eres su ahijado y él es un amigo de la familia! No te preocupes, Ste, todo irá bien. Te aconsejo que no descuides tus deberes en la escuela.

¡Un fracaso de B-P!

Cuando B-P regresó de su visita al Colegio Balliol, encontró una nota en la mesa de su habitación. Era un requerimiento de que viese al Dr. Brown a la primera oportunidad, cuando regresara a la escuela.

No cambió la expresión de su mirada cuando cogió la nota y la leyó. Era la misma expresión que mantenía desde el momento en que saliera del Colegio Balliol. Ahora, en lugar de ir a entrevistarse con el Dr. Haig Brown, se deslizó fuera de la escuela y atravesando los campos de juego se encaminó lentamente hacia el Matorral.

Era el mes de mayo y el campo estaba en todo su apogeo. Los árboles conservaban todavía su primer verdor fresco y brillante. La hierba ondeaba en los campos distantes bajo la influencia de una suave brisa. Si el tiempo seguía así de bueno, alternando la lluvia con períodos de sol esplendoroso, los granjeros segarían el heno más pronto que de costumbre.

El Matorral estaba en plena actividad, pues muchos pájaros estaban criando sus hijuelos y había un constante ir y venir. Había muchos piquitos para llenar con comida, y los padres tenían poco tiempo para descansar.

B-P se sentó y miró en su derredor. La cañada, con sus márgenes musgosas y húmedas y el arroyo que aparecía engañosamente estrecho conservaban todavía el puente que él había construido con una rama primorosamente pulida. Su escondrijo en el árbol estaba todavía allí, si bien ahora era aún más difícil de descubrir que de ordinario, por estar los árboles completamente poblados de hojas.

En este lugar había pasado algunas de sus horas más felices. Ahora se sentó y trató de digerir la amarga píldora. El Dr. Jowett, el famoso director de Balliol, había estado todo lo suave que pudo cuando desaprobó a su ahijado. El creía que B-P no estaba "completamente apto para ingresar en Balliol". El golpe era aún más doloroso porque no sólo George y Frank habían ingresado en Balliol sin la menor dificultad, sino que este año George había ganado el Premio Chancellor.

No experimentaba rencor contra la decisión del Dr. Jowett. La sonrisa había desaparecido, temporalmente, del rostro de B-P porque tenía la impresión de haber defraudado a los suyos. Sabía que su madre deseaba que siguiera los pasos de sus dos hermanos mayores. Se hubiera sentido muy dichosa si él hubiera podido regresar a casa para darle la noticia de que entraría en Oxford el próximo curso, y en Balliol.

Gradualmente, según permanecía allí sentado, con el sol moteando la hierba de franjas amarillas, parte de su disgusto desapareció. Existían otras cosas. Warrington había sugerido el ejército.

—Y si se tiene suerte, en el ejército tiene uno asegurado el viajar —se dijo a sí mismo B-P—. Ingresaré en el ejército. Creo que me gustará.

Se levantó y su andar era más vivo cuando abandonó

el Matorral. Le dio la noticia al Dr. Haig Brown, y vio cómo los ojos de aquel hombre expresaban algo de asombro al repetirle la frase que había empleado el Dr. Jowett: "No completamente apto para ingresar en Balliol"; pero el Viejo Bill no le dijo al joven de diecinueve años, esbelto y de espalda recta, que él pensaba que el director de Balliol había cometido una grave equivocación. Puso una mano en el hombro de B-P y su sonrisa era cálida y afectuosa cuando dijo:

—En este mundo, no importa lo sabios que seamos, no podemos penetrar en el futuro. Por consiguiente, nunca sabemos si una contrariedad del presente puede ser una flecha indicadora para conducirnos por otra senda, tal vez mucho mejor que la que deseábamos seguir. Tómalo de esa manera, Toalla de Baño —y su sonrisa se ensanchó—. Sé que lo harás.

Aquella noche había una reunión de los Druidas. De los miembros primitivos sólo quedaban ahora el Capitán Perriwinkle y el Profesor Piel de Oveja para acompañar a Lord Toalla de Baño. Cuando el Capitán Perriwinkle irrumpió en la habitación de B-P, llevaba una botella grande de limonada y una caja pequeña de pasteles. El Profesor Piel de Oveja llevó también bebidas y comida. Iban a tener una pequeña reunión para celebrar el ingreso de B-P en Balliol.

—Bien, Milord —exclamó el Capitán Perriwinkle, dejando ruidosamente botella y caja sobre la mesa—. ¿Habéis dejado la alegre ciudad de Oxford regocijándose de que el gran Lord Toalla de Baño va a pasear pronto por sus limpias calles, mientras los salones y lim-

pios jardines de Charterhouse llorarán al hijo que los ha abandonado?

—Os ruego que nos deis la noticia, hermano —solicitó el Profesor Piel de Oveja, y luego dijo hablando normalmente—: Supongo que todo ha ido como imaginábamos.

En los labios de B-P se dibujó una extraña sonrisa cuando lentamente denegó con la cabeza.

—Hermanos —dijo, empezando a quitar el tapón de la botella de limonada—, contemplad a un hombre despojado de su orgullo... no iré a Balliol.

Sobrevino un embarazoso silencio, roto sólo por el siseo de la botella de limonada al ser destapada. El Capitán Perriwinkle y el Profesor Piel de Oveja se miraron uno a otro durante un momento, luego ambos estallaron en una carcajada.

—Continúa, nos ha gustado el chiste.

—No hay tal chiste —dijo B-P, y trayendo tres vasos del cajón de su armario escanció la limonada—. Sencillamente, el Dr. Jowett decidió, después que hubimos charlado durante un cierto tiempo, que quizás yo no era completamente apto para ingresar en Balliol.

—Pero él no puede hacer eso, viejo —estalló el Capitán Perriwinkle—. Tú me dijiste que era tu padrino.

—¡Y lo es!

—Y quieres decir... ¡Oh, estás bromeando! Incluso si no fuera tu padrino, tú deberías ingresar en Balliol por tus propios méritos; pero siendo tu padrino el director de Balliol... sencillamente, no puedo creer que te haya cateado.

—Por una parte, me alegro de que me haya cateado —dijo B-P, entregando a sus asombrados amigos sen-

dos vasos rebosantes de limonada—. Brindemos por el futuro. Intentaré ingresar en el ejército.

Sorbieron su limonada; luego, el Capitán Perriwinkle dejó el vaso y, con voz súbitamente entusiasmada, dijo:

—Oye, Toalla de Baño, eso es estupendo. Sabrás que los exámenes serán en julio. Me presentaré. Y si aprobamos, iremos dos años a la Academia de Sandhurst, luego adiós al patio del cuartel y después ¡ay! a los amplios y numerosos lugares del Imperio. Ya puedes imaginarnos a los dos cabalgando a medio galope a la cabeza de una columna, por la calle principal de El Cairo o de Alejandría, o tal vez por el patio de un poderoso príncipe de la India.

—Primero hay un examen —insinuó el Profesor Piel de Oveja, y dijo a B-P—: ¿Has visto las materias exigidas? —Y había algo en el tono empleado por el Profesor que hizo pensar a B-P.

—Me temo que no tienen nada que ver con tus métodos de aprender cosas haciendo excursiones campesinas —prosiguió el Profesor Piel de Oveja, alcanzando la caja de dulces más próxima y ofreciendo a sus camaradas Druidas—: Conozco esos exámenes, y puedo decirlos que las preguntas comprenden el contenido de varios libros de Geometría de Eúclides.

B-P detuvo su mano en el momento que se disponía a coger un trozo de delicioso pastel francés. ¡La Geometría de Eúclides! Ese era uno de sus puntos débiles. Nunca había conseguido penetrar los misterios de los problemas de Eúclides con sus figuras, ángulos y líneas.

Cogió el trozo de pastel y tomó un bocado, luego dijo, haciendo una mueca:

—Hermanos, de ahora en adelante seré un socio que faltará en las reuniones de los Druidas. Si piden Geo-

metría de Eúclides en ese examen, tendré que aprender a andar por ese laberinto.

—No puedes hacerlo —protestó el Capitán Perriwinkle—. Nadie sería capaz de hacerlo. Pero si eso...

—Puedo intentarlo —le interrumpió B-P—. De todos modos, si a Balliol no he de ir, ingresaré en el ejército, y en el ejército sólo puedo ingresar aprendiendo la Geometría de Eúclides... Entonces será Eúclides.

Fue al estante y alcanzó los volúmenes que estaban casi como recién salidos de la imprenta. B-P nunca había sentido interés por las materias tan caras al corazón de aquel mago del siglo v, cuyas obras sobre la ciencia de medir las líneas y ángulos de las figuras son la base de muchos de los libros de texto del siglo xx. Ahora, a medida que B-P volvía las páginas limpias y nunca antes hojeadas, tuvo la impresión de que durante las pocas semanas siguientes —pues el examen era en julio— el camino iba a ser duro, muy duro.

Cuando, por fin, terminó sus exámenes, estaba dispuesto a cambiar completamente de ambiente, y arrojando de su mente todo cuanto tuviese algo que ver con el estudio, aceptó una invitación para pasar unas cortas vacaciones navegando en el yate del Dr. Acland, quien había sido un antiguo amigo de su padre.

Una soleada mañana, estando el yate anclado en puerto, B-P fue con varios de los miembros más jóvenes de la partida a pescar róbalos. La suerte les favoreció en la pesca y estaban del mejor humor cuando volvieron a bordo del yate, exhibiendo sus capturas para que las viesen los otros invitados.

El deán Liddell, del Colegio Iglesia de Cristo, de Oxford, había arreglado ya el asunto para que B-P em-

pezara sus estudios allí en octubre, pero cuando la partida de pesca subió a bordo del yate, le llamó.

—Ste, te presentaste a exámenes para ingreso en el ejército, ¿no es verdad? Aquí tengo la lista de los admitidos —y levantó el papel en alto—. Según veo, un tocayo tuyo lo ha hecho notablemente bien; es uno de los seis primeros en la lista. ¿Quieres echarle un vistazo? No he visto tu nombre... pero, por supuesto, hay centenares de nombres en la lista, como de costumbre. Setecientos... sí, setecientos dieciocho. Espero que tu nombre esté entre ellos.

Se produjo un silencio curioso cuando B-P tomó el papel. Consideró muy extraño que hubiese algún otro Baden-Powell, pero no dudó ni por un momento de que se trataba de otro distinto a él. Al fin y al cabo, el deán Liddell había dicho que el sujeto era uno de los seis primeros de la lista. B-P se consideraría dichoso si había conseguido la puntuación suficiente para aprobar el ingreso en la Academia de Sandhurst.

Todas las miradas estaban puestas en él según permanecía de pie en la soleada cubierta del yate, recorriendo con la vista los nombres escritos en la lista. Parecían interminables, y a medida que iba llegando al final de la relación, sus esperanzas se iban esfumando. Por fin, llegó a la parte de la lista donde figuraban los aspirantes que habían obtenido la puntuación suficiente justo para aprobar, y ni el último de esos nombres era R. S. S. Baden-Powell. Durante un momento, quedó anonadado.

Luego, le asaltó un pensamiento distinto y casi jocoso. ¿Sería él el Baden-Powell que estaba casi en cabeza? Por un momento, apenas si se sintió con ánimos para empezar a leer los nombres otra vez. Luego, tomó

aliento y empezó a leer los nombres desde el mismo que estaba en cabeza:

LISTA PARA INFANTERIA

N.º POR ORDEN DE MERITO	NOMBRE	PUNTUA- CION
1	Onslow: Richard Cranley	6,611
2	Wallace: Alexander	5,970
3	Hand: William Hudson	5,367
4	Widdicombe: William Sutherland	5,363
5	Baden-Powell: Robert Stephenson Smyth.	5,350

LISTA PARA CABALLERIA

1	Dressner: Charles John Barnard Hough.	6,225
2	Baden-Powell: Robert Stephenson Smyth.	5,350

Parpadeó y se obligó a leer los dos renglones otra vez. No, no se había equivocado. ¡Allí estaba su nombre en negro y blanco!

—¿Has encontrado tu nombre, Ste? —Era el deán Liddell, quien se sentía algo apenado por aquel joven esbelto de diecinueve años a quien estimaba tanto. Había notado el cambio de color en el rostro de B-P, y dio por seguro que las iniciales R. S. S. no figuraban en la lista.

B-P se volvió hacia él y, entregándole el papel, le dijo:

—Gracias, señor. Sí, he encontrado mi nombre. He aprobado para ambas armas, Caballería e Infantería.

—Bien, ¡alabado sea Dios! —el deán Liddell se levantó para felicitarle, mientras los demás invitados se reunieron rodeándole para echar un vistazo al papel. En un instante se esparció la noticia. B-P había aprobado con el número cinco para Infantería y con el número dos para Caballería.

—Tú sabes lo que eso significa, ¿no? —le dijo uno de los más enterados—. Serás dispensado de los dos años en la Academia de Sandhurst y recibirás tu despacho de oficial dos años antes. Bien, bien; yo creo que esto bien merece que lo celebremos.

El once de septiembre, la Gaceta de Londres daba a conocer que Robert Stephenson Smyth Baden-Powell era ya subteniente del 13 Regimiento de Húsares. Este regimiento de caballería estaba de guarnición en la India, y el 30 de octubre, el nuevo subalterno debía embarcar en el barco transporte Serapis, en Portsmouth, rumbo a la India.

El coche de alquiler esperaba a la puerta del número 1 de Hyde Park Gate y el equipaje de B-P ya estaba a bordo. El caballo sacudió su cabeza haciendo tintinear el bocado y las bridas, como si quisiera recordar al joven vestido con el uniforme de los "lirios blancos", mote entonces en boga aplicado a los del 13 Regimiento de Húsares, que marchaba para formar parte de un regimiento de caballería que tenía un historial largo y glorioso. Había tomado parte en la Carga de la Brigada Pesada, en Balaclava, entre otros acontecimientos notables que contaba en su haber.

Henriette Grace Baden-Powell no estaba pensando en aquellos instantes en las grandes hazañas de los ejércitos. Aquel era el momento de la partida. Hasta entonces, Ste había sido siempre un muchacho. Era verdad que en el transcurso de los años había ido creciendo, haciéndose más fuerte y con menos necesidad de depender de ella. Al marcharse ahora de su lado, sería como el final de un capítulo de su vida. En lo sucesivo, sería un hombre.

—Cuando tenías ocho años, Ste —le dijo su madre, abriendo un cajoncito de su escritorio de roble —escribiste algo que he conservado. ¿Te acuerdas?

Los pensamientos de B-P estaban en el coche y en el tren que pronto le llevaría a los muelles del puerto de Portsmouth. Reflexionó un momento, luego sonrió.

—Sí, me acuerdo.

—No te lo voy a dar, porque estas cosillas se pierden muy fácilmente... a bordo del barco, o en el cuartel. Lo he guardado durante once años, Ste. No te importará que lo conserve un poco más de tiempo, ¿verdad?

—Guárdalo siempre, si así lo deseas, madre querida —dijo B-P.

—Quiero leértelo. Tal vez haya variado tu manera de pensar desde que lo escribiste; pero te gustará que te lo recuerden. Yo pensé que era maravilloso entonces, y todavía pienso que lo es. Cuando lo escribiste sentías cada una de las palabras que contiene el escrito.

—Se aclaró la garganta y empezó a leer:

“Leyes para mí cuando sea mayor:

Haré para que los pobres sean tan ricos como nosotros, considerando que por derecho deben ser tan fe-

lices como nosotros, y todo el que pase por la encrucijada dará al pobre barrendero algún dinero, y se debe dar gracias a Dios por lo que nos ha dado, y El hizo que los pobres sean pobres y que los ricos sean ricos, y te diré lo que hay que hacer para ser bueno. Ahora te lo diré. Se debe orar a Dios siempre que se pueda, pero no se puede ser bueno sólo con orar, sino que se debe intentar con todo empeño ser bueno.

R. S. S. Baden-Powell. 26 de febrero de 1865.

(Robert Stephenson Smyth Powell)”

—Lo consideré como lo más bello que había leído jamás, Ste. Y todavía pienso que es maravilloso. Es bello y sabio... la manera de vivir de un niño. —Calló un instante, después prosiguió—: Tú sabes que nunca hemos predicado en nuestra familia. Hemos tratado sencillamente de vivir como es debido. Cuando estés lejos allende el Océano sé que no olvidarás lo que pensabas cuando escribiste esas “Normas de vida”.

Ste contempló a su madre un momento. Sintió una ligera picazón en los ojos y un pequeño nudo en la garganta.

—Te escribiré tan a menudo como me sea posible, madre querida; trataré de que te hagas una idea de las cosas que yo haya visto, por medio de dibujos. Podrás juzgar por mis cartas si me he apartado de la idea que tenía a la edad de ocho años, de cómo vivir la vida. Adiós.

Un momento después subía al coche, y desde la ventana de una habitación del piso superior, su madre contemplaba cómo se alejaba resonando en el empedrado de la calle, para unirse al tráfico que se dirigía hacia el Sur.

Robert Stephenson Smyth Baden-Powell había dejado de ser un muchacho. A los ojos del mundo, era ya un hombre.

Lo que sucedió después

Los primeros años que B-P pasó en la India le resultaron laboriosos en extremo. Sin el beneficio de los dos años tradicionales en la Academia de Sandhurst, donde los oficiales aprendían normalmente el "oficio" de soldado, B-P tenía que mantenerse alerta todo el tiempo. Tuvo que aprender la instrucción y también a mandar; y lo que era, quizás, más importante, tuvo que aprender a manejar a los "Tommy Atkins" profesionales de aquellos días.

Además, por aquel tiempo la mayoría de los oficiales del ejército eran hombres ricos. B-P distaba mucho de ser rico y, de un modo u otro, tenía que arreglarse con su paga de ciento veinte libras esterlinas anuales. Sin embargo, consiguió convertir aquella desventaja en una ventaja, pues más adelante empezó a usar su pluma y su habilidad como artista para ganar dinero extra, colaborando en periódicos de la metrópoli.

A los dos años de estar en la India, regresó a la patria en uso de licencia por enfermo, después de padecer ataques periódicos de fiebre y algunas dolencias renales.

Mientras permaneció en Gran Bretaña realizó un curso de fusilería, aprobando con la calificación de primera clase y obteniendo el diploma de "extraordina-

rio". También pudo satisfacer su afición al arte de representar, y se preparó para cuando volviera a marchar para algún territorio lejano, donde las distracciones tendrían que procurárselas por sí mismos con frecuencia. Diseñó muchos vestuarios y los decorados para unas cuantas obras teatrales, de modo que cuando, en 1880, regresó a Lucknow, estaba capacitado no sólo para diseñar el vestuario para las obras, sino también para pintar la decoración.

Sin embargo, la vida no era todo estar en el cuartel y en el campo de instrucción; así, estuvo prestando servicio en la región fronteriza del Noroeste de la India, adquiriendo una valiosa experiencia en orientar y mover tropas por terreno difícil.

Algunos de sus permisos los pasó en el bello y agreste país de Cachemira, y por ese tiempo se inició en el deporte de la caza del jabalí con venablo. Esta clase de caza le sedujo, pues era un deporte que no sólo requería un perfecto dominio de la montura, nervios templados, buen ojo y mano firme con la lanza, sino que era un auténtico deporte, toda vez que la ventaja no estaba siempre de parte del cazador. El jabalí era a la vez artero y bravo; y lo que era más, poseía dos armas formidables en sus fuertes y curvos colmillos, y más de un caballo había sido derribado por una tarascada asestada hacia arriba, cuando el jabalí hacía frente al verse acorralado.

Cuando B-P ganó la Copa Kadir en 1883, empleando tres caballos que él mismo había adiestrado, el jabalí le llevó a una charca profunda donde B-P fue desmontado. Valiéndose de sus experiencias, escribió más tarde "La caza del jabalí con venablo", libro que le acreditó como una autoridad en la materia.

En 1883 escribió la primera de sus publicaciones. Era un folleto titulado "De centinela", el cual fue descrito como un Manual-Recordatorio útil. Un año después, cuando el 13 Regimiento iba a dejar la India para regresar a la patria, publicó "Reconocimiento y Exploración". En ese mismo año desembarcó en Africa del Sur en su primer período de servicio allí. Amenazaban disturbios en aquel territorio, y el barco atracó en Port Natal para desembarcar a los hombres que debían quedar como refuerzos, en previsión de que los citados disturbios se extendieran.

Más tarde, emulando en cierto modo a su antiguo héroe, el Capitán John Smith, realizó un servicio de espionaje en los Balkanes, consiguiendo con su caracterización como naturalista ser bien recibido, y hasta agasajado, por oficiales que ya se hallaban en plena fase de maniobras. Después sobrevino el período cuya culminación haría que su nombre fuera conocido en el mundo entero; pasó de nuevo a prestar servicio al Africa.

Del jefe indígena Dinizulu, de Swaziland, trajo como recuerdo un collar de cuentas de madera curiosamente talladas, de las que son imitaciones las que llevan en una correa alrededor del cuello los oficiales Exploradores de todo el mundo, como distintivo de que han sido instruidos especialmente para la labor en el movimiento de esa organización.

Después de Swaziland prestó servicio en Ashanti, luego sobrevino la rebelión de Matabele y, por fin, el antagonismo latente desde hacía ya tiempo entre boers y británicos desembocó en abierta lucha. Por entonces B-P había sido enviado nuevamente al Africa para instruirse en un aspecto especial del mando, y muy

pronto se vio sitiado en la pequeña ciudad de Mafeking.

Ahora que los historiadores pueden mirar hacia atrás con suficiente perspectiva para juzgar los hechos acaecidos entonces, casi parece que cada una de las cosas que B-P había hecho con anterioridad había sido una parte esencial en su preparación y adiestramiento, justamente para aquella ocasión específica. La guerra que iba a "estar liquidada para la Pascua de Navidad", empezó rápidamente a tomar un cariz adverso. Gatacre fue derrotado en Stormberg, Methuen en Magersfontein y Buller sufrió igual suerte en Colenso. Las ciudades de Kimberly, Ladysmith y Mafeking estaban sitiadas.

La Gran Bretaña y el Imperio todo esperaban con ansiedad noticias de aquellos tres puestos avanzados. Mafeking era el que se encontraba en peor situación. Sin embargo, con solo un puñado de hombres instruidos y con escaso armamento, B-P siguió resistiendo. Un extracto de su libro de órdenes muestra el temple del hombre que mandaba el puesto. A sus oficiales les dijo: "Engañad al enemigo con grandes despliegues de fuerza, siempre que se os presente la ocasión". Pues el caso es que, en un momento dado, 9.000 boers rodeaban la pequeña ciudad.

B-P no se olvidó de su madre durante ese período y, escribiendo en el papel más fino que tenía a mano, se las arregló para que recibiera dieciocho cartas durante los 217 días que estuvo sitiado, valiéndose de corredores nativos que cruzaban arrastrándose las líneas de los boers para llevar las cartas a Bulawago.

Fue por el tiempo que duró el sitio cuando Lord Edward Cecil organizó el Cuerpo de Cadetes (compa-

ñías de colegiales que reciben instrucción premilitar), cuyos miembros se encargaban del desempeño de múltiples tareas, lo que permitía que los hombres físicamente útiles quedaran disponibles para las misiones más peligrosas. El Cuerpo de Cadetes de Mafeking le sugirió a B-P la idea de que él podría hacer algo por la juventud de Gran Bretaña cuando terminase la guerra.

Cuando, por fin, fue levantado el sitio, entrando en Mafeking el hermano de B-P, Baden, y despertando a aquél a las tres de la madrugada, Gran Bretaña casi enloqueció de júbilo, y el Comandante en Jefe, Wolsley, escribió a la Reina Victoria sugiriéndole que el coronel R. S. S. Baden-Powell fuera ascendido al empleo de General de División. Con cuarenta y tres años de edad, B-P era el General de División más joven en el ejército británico.

Después de Mafeking, sobrevino un período durante el cual B-P organizó el Cuerpo de Policía Sudafricana. En los años que siguieron, no le abandonó el recuerdo del Cuerpo de Cadetes de Mafeking, y decidió intentar hacer algo para ayudar a los muchachos de su país a vivir una vida más feliz.

Después de consultar con otros hombres también interesados en los asuntos de la juventud, decidió constituir un campamento experimental en la Isla de Brownsea, en el cual muchachos de todas las clases sociales vivirían juntos durante un corto período de tiempo. Fue la siembra de una semilla —más tarde B-P la comparó a una bellota— que se convertiría en el mayor árbol que el mundo ha conocido jamás.

Estimulado por el éxito del campamento experimental de 1907, y a la vez alentado por su madre, B-P decidió seguir adelante con sus ideas y escribir algo que

sirviese como punto de partida inicial. No preconizaba en su obra la creación de un nuevo movimiento para muchachos, sino que más bien esperaba que su trabajo ayudaría a la Brigada de Muchachos a ramificarse en actividades más amplias.

El libro se titularía "La Exploración para muchachos" y fue publicado en partes quincenales, apareciendo la primera en los puestos de libros en enero de 1908. Su precio era de cuatro peniques y, debido a su baratura, las sententa y cuatro páginas de que constaba eran de un papel de calidad bastante mala. La primera edición completa de las seis partes fue publicada en mayo de 1908 al precio de dos chelines, y fue reimpressa cinco veces ese mismo año y otras cinco veces en 1909.

Desde la gesta de Mafeking, B-P era el héroe de la juventud de Gran Bretaña. Habían sido vendidos centenares de miles de escudos de solapa, mostrando al hombre del momento tocado con su famoso sombrero de "cowboy". A las pocas semanas de la aparición del libro "La Exploración para muchachos", fue iniciada la creación de los primeros grupos de Exploradores. El movimiento se extendió espontáneamente por todo el país, eligiendo los muchachos a sus jefes, e insistiendo hasta las muchachas en que también había lugar en la organización para "muchachas exploradoras".

Era algo con lo que no se había contado, pero B-P pronto se dio cuenta de que aquel desbordamiento de entusiasmo debía ser regulado. El difunto F. Haydn Dimmock, que durante más de treinta años fue editor del semanario "The Scout" (El Explorador), conservó como cosa muy apreciada una tira de papel en la cual B-P había calculado el coste de una sede central en

Londres, desde la cual pudiera ser dirigido el nuevo movimiento. Contaría con un escribiente y una oficina y, teniendo en cuenta los gastos de efectos de escritorio y sellos, la suma necesaria sería de unas mil libras esterlinas al año. Cincuenta años después, los miembros del citado movimiento contribuirían con unas 50.000 libras esterlinas al año, por medio de su semana "Bob-a-Job", para ayudar a impulsar la obra del movimiento con su instrucción y lugares para campamentos.

Antes de la muerte de B-P ocurrida el 8 de enero de 1941, el movimiento de los Exploradores se había ya extendido por el mundo entero. Eran pocos los países que no hubieran sido visitados por el Explorador Jefe para hablar del nuevo "juego" para los muchachos. La palabra "jamboree" que B-P inventó para significar con ella una alegre reunión de muchachos, había encontrado un lugar en los diccionarios, y las reuniones internacionales de Exploradores procedentes de muchos países se habían convertido en una de las normas aceptadas por los miembros de la organización.

Además, de la bellota plantada en 1907 habían brotado muchas nuevas ramas. En el campo masculino surgió una sección para los pequeños, los "Wolf Cubs", y también la sección de los "Rover Scout" para los jóvenes. En el campo femenino el reconocimiento de las "Girl Scout" había sido concedido con anterioridad, y las "Girl Guides", con su sección para las pequeñas, las "Brownies", y las "Rangers" (equivalente de la Rover Scout), estaban en pleno auge.

A pesar de las dos guerras mundiales, el movimiento de los Exploradores ha continuado floreciendo. Las cifras de un censo reciente revelan que en Gran Bretaña más de medio millón de muchachos son miembros, mientras que en todo el mundo el total ha alcanzado la fabulosa cifra de 8.000.000.

El muchacho que cazaba conejos en el Matorral, en Charterhouse, y daba esquinazo a los vigilantes maestros, había introducido una nueva forma de vida para los jóvenes del mundo entero. Bien mereció el amor y respeto que le ha sido tributado por algunos países al serle erigidas grandes estatuas en los lugares públicos. En la Gran Bretaña, la lápida dedicada a su memoria por el movimiento que él fundó fue descubierta el día de la Festividad de San Jorge, el año 1947, en la Abadía de Westminster. La sencilla inscripción dice: "A LA MEMORIA DE ROBERT BADEN-POWELL, EXPLORADOR JEFE DEL MUNDO 1857-1941".

El muchacho que escribió sus "Leyes para mí cuando sea mayor" a la edad de ocho años, había sido colmado de honores en su patria y por muchas potencias extranjeras. Cuando "Ste" murió, el mundo supo inmediatamente a quién se aludía con las iniciales B-P, aunque su título entonces era el de Lord Baden-Powell de Gilwell. Quizás, en lo más profundo de su corazón, el título del que más orgulloso se sintiera sería "Explorador Jefe del Mundo".

Los datos que se conservan de la niñez de B-P son en extremo incompletos, y quedo muy reconocido por el mucho material reunido de los libros "Baden-Powell"

de W. Francis Aitken, publicado en 1900; "Baden-Powell" por R. H. Kiernan, publicado en 1939; "La vida de Baden-Powell" por M. E. Carter, M. B. E., M. A., publicado en 1956 y "Baden-Powell" de E. E. Reynolds, cuya revisada y monumental segunda edición fue publicada en 1957, para señalar el centenario del nacimiento de B-P. También obtuve muchos datos del difunto F. Haydn Dimmock, quien publicó los artículos semanales de B-P en el "Explorador" durante muchos años, y que poseía un amplio conocimiento de B-P. Sin toda esta ayuda y un poco de imaginación para redondear algunos de los incidentes de la niñez de B-P, no hubiera sido posible escribir este libro.

Indice

	Págs.
Un chiquillo descubre la aventura	5
Cocinero mayor y lavaplatos	25
La barca plegable	41
De Galopin en Charterhouse	55
Traslado a Godalming	79
La campanilla del jefe de estación	89
Un marinero bisoño se embarca	97
El matorral	107
Los druidas	121
El "Koh-i-noor" sale del puerto de Harwich ...	135
¡Un fracaso de B-P!	149
Lo que sucedió después	161